



El Asesino
DEL BARROCO

Sergio Clavel

se

Lectulandia

En una noche lluviosa en Roma policías y carabinieri se encuentran con un brutal asesinato en una de tantas plazas, junto a la Fontana del Tritone descubren a un joven muerto imitando en una posición grotesca una estatua barroca.

El comisario Carlo Marini inicia la investigación y en los siguientes días se suceden más asesinatos parecidos. Un asesino en serie anda suelto y empiezan a sospechar conexiones entre los asesinatos y el arte Barroco.

Es aquí donde entra en juego Adriana Rizzo, profesora de Historia del Arte. Es ella quien entiende mejor el nexo entre el psicópata que anda suelto y las víctimas que va dejando allí donde el Barroco ha perdurado hasta nuestros días. El asesino es el Ser imperfecto, una imparable máquina de matar que se ha ido trastornando con los años.

Adriana Rizzo cree que el tema de la belleza y el arte son el motivo que lleva al asesino a cometer un crimen tras otro hasta que la prensa le pone nombre: El Asesino del Barroco.

Lectulandia

Sergio Clavel

El asesino del barroco

ePub r1.0

Titivillus 15.01.2018

Sergio Clavel, 2016

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

a Eli, y a todos los artistas del Barroco.

1

EL TRITÓN

Recogió las últimas gotas de agua de lluvia con calma, como si estuviera a punto de crear una obra de arte. El Ser Imperfecto llevó el bidón medio lleno desde la terraza de su casa hasta el interior de la vivienda mientras unas nubes ocultaban el atardecer en la ciudad de Roma.

Aquellas gotas limpias y purificadoras iban a procurarle su primer gran trabajo.

—*Cui amat periculum in illo peribit* —pareció decirle a la persona a quien tenía amordazada en el salón mientras dejaba el bidón a un lado. Aquel joven no amaba el peligro: simplemente había tenido la mala suerte de cruzarse con él, y terminó secuestrado en aquella casa por un ser a quien no conocía.

Lo único que atenuaba la cara de horror del joven a quien había escogido para sacrificar era la cinta adhesiva que le cubría la boca.

Una frase retumbaba en la mente de aquel ser perturbado:

Mientras te dedico una sonrisa, pienso en mil formas de matarte.

Acto seguido empuñó un gran embudo con la mano derecha mientras tiraba de la cinta adhesiva con tal rapidez que el joven no pudo ni gritar. El embudo le entró por la boca y se incrustó en el gástrico con violencia. Unas gotas de sangre salpicaron hacia fuera a través de aquel objeto.

Estiró el brazo hasta llegar al bidón. Lo elevó como si no pesara nada, y lentamente empezó a versar el agua por la trampa mortal en que se había convertido aquel embudo que no paraba de inundar la tráquea y poco a poco los pulmones mientras el joven empezaba a convulsionar con los ojos fuera de sus órbitas y el rostro completamente pálido.

Un minuto después, al joven se le paró el corazón. Su cuerpo inerte yacía sobre la silla a la que lo habían atado.

El Ser Imperfecto cubrió el cadáver con una manta oscura y cargó con él sin demasiadas dificultades hasta el exterior de la casa. Una vez allí, lo metió en una furgoneta chirriante. Era poco discreta pero efectiva, y lo suficientemente grande para transportar un muerto de un lado a otro de la ciudad sin levantar sospechas.

La noche ya había caído sobre la ciudad cuando cruzó esta desde un extremo hasta aproximarse al centro. Aquel ser despreciable aminoró la marcha cuando se percató de que estaba cerca de su destino. La Piazza Barberini se descubrió ante él. Aparcó justo enfrente de la *fontana* esculpida siglos atrás por el maestro Bernini.

Contempló la figura del tritón lanzando agua a través de una caracola gigante y se emocionó. Notó que sus pulsaciones se aceleraban y que su excitación iba en aumento.

—Yo también soy capaz de crear arte, maestro —dijo, como si hablara con el gran Gian Lorenzo Bernini, figura universal del Barroco.

Sacó de la furgoneta el cadáver del joven y lo llevó a rastras hasta el interior de la fuente. Dejó el cuerpo apoyado sobre la enorme concha de piedra que sostenía al tritón. Volvió a introducir el embudo por la boca del joven que permanecía allí, inmóvil como el tritón, embocando algo por donde el agua lo purificaba todo.

Se regocijó unos instantes viendo aquello.

También es posible crear belleza a través del mal. Perdóname, maestro, pero se ha establecido un nuevo orden dentro del Barroco, pensó el asesino mientras alcanzaba el éxtasis.

* * *

El comisario Carlo Marini aparcaba su nuevo Fiat 500 L mientras su teléfono móvil no paraba de sonar.

«¿Quién me estará llamando a medianoche? ¿Es que los servidores de la ley no tenemos derecho a descansar?», pensó mientras farfullaba para él palabras ininteligibles.

—*Pronto!* —se le oyó decir: el teléfono lo estaba sacando de sus casillas.

—*Dottore Marini. Le llamo de la comisaría de carabinieri de Roma-Centro. Se ha cometido un brutal asesinato en la Piazza Barberini. Me temo que necesitamos su presencia.*

—¿No pueden ocuparse ustedes de ello por lo que queda del día? —preguntó con voz colérica.

—Me temo que no, comisario.

«El hecho de que los *carabinieri* no dejen de interferir con la *Polizia di Stato* no hace más que complicarlo todo. Ni resuelven ni dejan vivir. Panda de cabrones».

La cólera de Carlo Marini iba *in crescendo*.

—Está bien: voy para allá.

No dio tiempo a que le contestaran, porque lanzó el móvil con violencia y este impactó contra el cristal posterior del automóvil. Se mesó los largos cabellos negros hacia atrás y volvió a arrancar el coche.

En vez de conducir a toda prisa por las calles desiertas de Roma, se lo tomó como un paseo nocturno. Las calles estaban vacías, apenas había peatones ni automóviles.

«Que se jodan. Cuanto más esperen, más van a lamentar haberme llamado a estas horas».

Llegó a la Piazza Venezia, donde giró a la izquierda y callejeó hacia el norte de la ciudad buscando el lugar del crimen. Cinco minutos después a su pesar ya pudo ver a lo lejos la Fontana del Tritone rodeada de las intermitentes luces de los *carabinieri* y sus automóviles, que bloqueaban todo acceso a la fuente.

El Fiat 500 L quedó atravesado entre dos vehículos de los *carabinieri* que

protegían, en forma de cuña, la fuente y el cadáver. Este seguía en el mismo lugar, intacto.

—Buenas noches, comisario. Soy el *maresciallo* Roberto Grecco, de los *carabinieri* de Roma-Centro.

—Sí. Creo que ya nos conocemos de otra ocasión.

—En efecto. Salvo que han pasado unos cuantos años, en el transcurso de los cuales me transfirieron a Sicilia. Me alegro de verle y de haber escapado de aquella maldita isla.

—¿Por qué dice eso? ¿Acaso cree que Roma es algo mejor?

—Si la gente nos repudia en Roma, imagínese en Sicilia. *Sbirri!* Es la palabra más suave que emplean cuando se acuerdan de nosotros.

—Bien. ¿Qué ha sucedido aquí?

El jefe de los *carabinieri* lo acompañó hasta la *fontana*. Allí pudo ver la macabra escena de un joven que engullía un embudo mientras el tritón expulsaba agua por una caracola gigante de piedra.

Carlo Marini puso cara de estupefacción. Guardó silencio por unos momentos, hasta que se hubo recuperado de la impresión.

—No recuerdo haber visto algo tan grotesco —dijo entonces—. ¿A qué esperan para retirar el cuerpo? Imagino que ya habrán hecho fotografías y todo eso. Saquen a ese desdichado de la fuente.

—Pero... comisario —objetó otro de los *carabinieri*—, todavía tiene que venir el forense.

—Está bien, esperaremos, pero olvídense de encontrar huellas: el cuerpo está completamente empapado.

Fue decir eso y aparecer la figura del *Dottore* Ciro Cappuccio, forense y profesor de medicina de la Università della Sapienza de Roma. El viejo profesor sacó un pañuelo y se secó los cuatro cabellos grisáceos que las gotas de lluvia habían mojado.

—No me dejan ustedes en paz nunca. Menos mal que me queda poco para jubilarme. *Cornuti!* —se le oyó decir mientras proseguía con una retahíla de insultos.

—Buenas noches, profesor —le saludó el comisario Marini. ¿Cómo va su úlcera de duodeno?

—Como el culo. ¿Cómo va su ascenso para comisario jefe?

—Como el culo, también.

—Veamos, pues. —El viejo profesor echó una mirada al joven inerte. Luego se acercó aún más, observó con detenimiento y prosiguió—. Creo que ya se pueden llevar el cadáver al anatómico forense de la universidad.

—¿Se va a llevar el cadáver a la facultad?

—Sí, ¿por qué no? Así, mañana puedo matar dos pájaros de un tiro. Doy clases y analizo cómo fue el final de este pobre desgraciado. Le prometo que en veinticuatro horas tendré hecho mi trabajo. ¿Le parece bien?

—Pero no puede hacer eso...

Una nueva impertinencia del profesor acalló al comisario.

—¿Cómo qué no? ¿Qué va a hacer, buscar otro forense de guardia a estas horas? ¿Piensa llevarse el cadáver a su casa?

Mientras decía eso, una ambulancia se hacía sitio entre los demás automóviles y el gentío que a pesar de la hora empezaba a arremolinarse junto a la fuente.

El cuerpo del joven fue liberado con cuidado del embudo mortal que parecía un convidado esperpéntico de la noche. La lluvia fina había comenzado a menguar, y la policía disuadió a los curiosos de permanecer allí. Un rechoncho *carabiniere* dio media vuelta e hizo gestos a la gente para que se apartara mientras fotografiaba con el móvil el supuesto lugar del crimen.

El forense le hizo un gesto al comisario, como si le dijera: «Si quiere saber más, ya sabe dónde encontrarme».

Carlo Marini encendió un pitillo y, con la primera bocanada de humo, quiso liberarse de la tensión del día. Se despidió de los carabinieri de forma maleducada y, por uno de los ángulos de la plaza, vio desaparecer la ambulancia con el cadáver que le abriría una nueva investigación.

* * *

Se subió las medias de seda negra y se calzó los zapatos de tacón. Adriana Rizzo cogió al vuelo su cartera al tiempo que su larga melena negra se movía de lado a lado con movimientos rápidos y sensuales.

Para llegar hasta la Università della Sapienza utilizaba siempre una vieja Lambretta que tenía más años que ella, que apenas veía la treintena en el horizonte y era ya una gran promesa en su trabajo: el arte.

A los veinticuatro años ya había terminado la carrera de historia del arte y hecho el doctorado. Una tesis titulada *La influencia de la Iglesia en el Barroco italiano* la convirtió en la doctora más joven de la facultad. Ahora frisaba la treintena y, a pesar de sus cualidades, había descubierto cuán difícil resultaba hacerse un hueco en un mundo profesional tan lleno de envidias e intereses.

Muchos superiores la menospreciaban por valorar su belleza más que sus méritos académicos. Ella era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de la situación. Se cerró muchas puertas tratando de demostrar sus cualidades tanto en el aula como fuera de ella; sobre todo cuando quien las abría solo pensaba en el placer personal.

Por el momento era una profesora que carecía de un puesto fijo. Hoy podía estar trabajando, y mañana mismo, dejar de hacerlo. De esa manera tan injusta la estaba tratando la propia universidad por la que se había doctorado.

Pero nada de eso le importaba.

«Adriana, el arte es lo único que importa. Ya sea aquí o en cualquier otro lugar», solía decirse a sí misma. No sentir apego por el lugar donde vivía o trabajaba la hacía más libre y feliz.

«Del amor ya me ocupó yo. A quien yo ame es decisión mía» era una de sus otras reflexiones favoritas.

La Lambretta pareció no quejarse mientras bajaba desde el norte las cuestas por las calles de Villa Borghese.

—Vamos a ver si resistes la vuelta, amiga —le decía siempre Adriana a su motocicleta quejumbrosa en cuanto acertaba por aquel atajo, que era uno de los escasos pulmones verdes de la ciudad.

Llegó al claustro de profesores a las tres y media de la tarde, justo a tiempo para buscar entre los libros unos detalles que debía consultar, y hacer acopio de energía para librar con su mayor enemigo: la timidez en público.

Pero la jefa de estudios de la facultad se le acercó con una cara que delataba cambios, y muy poco halagüeños.

«Me va a despedir hoy mismo. Se lo leo en la cara», pensó la joven historiadora.

—Adriana, venga un momento a mi despacho, por favor —dijo su jefa, quien parecía concentrar todo su mal genio en el cabello, recogido en una cola horrorosa que acentuaba una cara asimétrica y envenenada.

—Me va a despedir, no me diga más —le soltó Adriana sin esperar a que la puerta se cerrase.

Asombrada por lo que acababa de escuchar, la jefa de estudios jugueteó con sus gafas, que agarraba con las manos nerviosas y esqueléticas como si disfrutara dejando pasar unos segundos de silencio.

—No, cariño —replicó. Era la primera vez que Adriana oía esa palabra de labios de ella—. Sigues con nosotros —y rio como una loca.

«Pero ¿esta bruja se cree la facultad es como el *Gran Hermano*?», pensó Adriana casi de inmediato.

—Hoy no vas a dar la clase de las cuatro. Daniela se encargará de ella.

Y a Adriana le vino a la mente una idea: «Has caído en desgracia. Van a hacer contigo lo que quieran».

La jefa de estudios pareció coger aire para explayarse mejor con lo que le quería contar.

—Esta mañana hemos recibido un par de llamadas. Una de ellas, procedente de esta misma universidad. La otra... era de la policía.

—¿De la policía? —A Adriana le temblaron las piernas por unos segundos.

—¿Me dejas terminar y no ser tan impertinente conmigo? La llamada de la universidad provenía de la Facultad de Medicina. Del Departamento de Medicina Forense, para ser más exactos. No me preguntes cómo lo saben, pero se han enterado de que aquí tenemos un pequeño cerebritito que de arte barroco sabe un rato. ¿Qué tendrá que ver la medicina forense con el arte barroco? Ni idea. Solo sé que están muy interesados en ti. En concreto, el departamento de criminología de la policía. Te están esperando ahora mismo, así que quita esa cara de espanto y dirígete allí.

—Pero...

—Ni peros ni nada. Arreando. No quiero verte por aquí hasta que esa gente diga lo contrario. De momento, Daniela cubrirá tus clases.

Dicho esto, la bruja fijó la vista en unos papeles para que Adriana se fuera ya de una vez.

Cerró la puerta con cuidado y se dirigió hacia su Lambretta.

«¿Dónde estará la Facultad de Medicina? Me temo que en la otra punta de la universidad».

Tenía razón. La Lambretta sufrió las pronunciadas cuestas de la universidad, más empinadas cuanto más desorientada iba Adriana. Esta seguía buscando una facultad con la que no estaba familiarizada. Era como coger un avión y presentarse de golpe en un país desconocido. Teniendo en cuenta lo despistada que iba, lo más probable sería que se perdiese.

Por fin intuyó un cartel, desgastado por la crisis, que señalaba el camino hacia la Facultad de Medicina. Y unos metros más allá, una zona de aparcamiento.

Una duda le asaltó la mente:

«¿Por quién pregunto? ¿Será todo esto una broma?».

Se coló por lo que parecía una puerta de servicio y se adentró por los pasillos solitarios y tenebrosos.

«A veces soy tan torpe orientándome que podría acabar en una morgue sin quererlo».

Se le abrieron nuevos pasillos y vislumbró una secretaría a lo lejos. Caminó unos cuantos pasos más. Parapetada tras un mostrador, una mujer entrada en la cincuentena y con cara de funcionaria no despegaba la vista de la pantalla del monitor. Levantó la mirada por un momento y la volvió a clavar donde la tenía.

—¿Es esto la Facultad de Medicina? —acertó a preguntar la joven.

—Por supuesto. ¿Dónde cree que se ha metido?

—¡Esto parece un tanatorio, por Dios! —exclamó Adriana, sin poder contenerse.

—Señorita, si lo que busca es la sala donde trabajan los forenses, la encontrará al fondo a la izquierda; pero, por favor, no grite ni sea tan exagerada.

—Yo no busco nada. Me están esperando a mí.

—¿Y usted quién es, si puede saber? —inquirió, malcarada.

—Adriana Rizzo.

—Un momento, por favor.

Descolgó el teléfono y susurró unas palabras en voz muy baja.

Un minuto después, Adriana vio acercarse por el pasillo a un hombre alto y delgado que iba enfundado en una gabardina gris, no respetaba la prohibición de fumar allí y caminaba con la cabeza hundida entre los hombros.

El comisario Carlo Marini se sorprendió al ver la belleza de la mujer que tenía enfrente. Se quedó prendado de sus ojos negros y almendrados. Por unos instantes, no pudo articular palabra.

—Buenas tardes, señorita, soy el comisario de policía Carlo Marini —y le

estrechó la mano. Ella acercó la suya temblorosamente.

—Buenas tardes. Yo soy Adriana Rizzo, y no sé qué hago exactamente aquí. Debería estar dando clases en otra facultad...

—Le ruego disculpe las prisas y las pocas explicaciones que le han dado, pero necesitamos sus conocimientos.

—¿La policía me necesita?

—Sí, señorita. Anoche se produjo un asesinato, y mis conocimientos de criminología me dicen que hay unos motivos oscuros y extraños que no logro entender.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Encontraron a la víctima en la Fontana del Tritone en una posición grotesca, como si imitase a la estatua mitológica de la fuente.

—¿Con una caracola entre las manos? —aventuró ella.

—No. Con un embudo por el que seguramente le introdujeron el agua que lo ahogó.

—Entonces, ¿lo mataron allí mismo?

—Salvo que el forense nos dé una sorpresa al respecto, lo más seguro es que lo ahogaran en otro lugar y se lo llevaran luego hasta el sitio donde encontramos su cuerpo.

—Ya entiendo. ¿El asesino quiso imitar una escultura?

—Exacto. Una escultura barroca, añadiría yo.

—Sí, barroca. Pero si este es solo su primer asesinato, no podemos saber si tiene una fijación por el Barroco, ¿verdad?

—Visto así, puede ser. Pero créame, no cabe duda de que el asesino es un psicópata. Hay algo que le atrae del lugar donde dejó el cadáver. Es como si su mente interpretara el arte de otra manera. Bueno, quizás me equivoque. Por eso la necesitamos. La policía puede emplear todas las técnicas y procedimientos de investigación en criminalística, pero estamos huérfanos en conocimientos de arte.

—Bueno, no se apure: de momento, ya sabe más que yo, que apenas me acabo de enterar. Lo único que se me da bien es entender el arte, y el barroco en especial.

—Por eso hemos buscado a quien más sabe de esto.

—Gracias.

Aquello hizo ruborizarse a Adriana.

Mientras recibía el cumplido, vio aproximarse por el pasillo a un hombre de edad avanzada que parecía hablar solo mientras se tocaba cuatro pelos de la cabeza y no despegaba la mirada del suelo.

—Trabajo finalizado —anunció el forense Ciro Cappuccio, y se sorprendió también con la belleza de la mujer que tenía enfrente—. Es un placer ver a una señorita tan hermosa en un lugar tan lúgubre como este.

—Gracias por el halago. Siento que nos hayamos conocido en un sitio tan feo —replicó ella con ironía. Se dieron un apretón de manos.

—¿Alguna novedad, señor Cappuccio? —le interpeló el policía.

—Sí. No solo habían ahogado antes a la víctima en otro lugar, sino que además lo hicieron con agua de lluvia. Pero hay más. También lo violaron poco antes de asesinarlo. Por cierto, olvídense de huellas dactilares: no encontré nada.

—¡Vaya! Eso cambia algo la perspectiva. Hemos hecho averiguaciones esta mañana, y el joven estuvo anteanoche en una conocida discoteca de la ciudad. ¿Hay restos de semen en el cadáver?

—La respuesta es que no, pero... ¿era una discoteca de ambiente gay? —propuso el forense.

—No. Si el asesino deseaba cometer un delito tan terrible con ese joven, no necesitaba buscarlo en un ambiente concreto. Quizás le gustó y decidió llevárselo a su casa.

—Entonces, ¿serían los dos homosexuales? —planteó Adriana.

—Ni lo descarto ni lo afirmo. Tengo una foto reciente de la víctima, tomada unos días antes de que lo asesinaran.

Y se la mostró a Adriana.

—Sin duda era un tipo muy guapo. Yo me habría sentido atraída por él de no ser por...

Adriana no se atrevió a acabar la frase.

—Algo parecido he pensado yo. Quizás la belleza sea el *leitmotiv* del asesino.

—Dígame una cosa, comisario, y no me enseñe más fotos: ¿cómo encontraron al fallecido en la fuente, vestido o desnudo?

—Desnudo.

—Me lo temía.

—¿Lo ve? Ya empieza a comprender más este asesinato. Estoy seguro de que usted nos será de mucha ayuda.

—Hay una cosa más que deberían saber. Es lo más extraño y sorprendente de este caso. Yo les digo lo que hay, y ustedes ya lo investigan. El muerto llevaba marcada una letra en su espalda. Se la hicieron con un objeto punzante. La letra que se podía leer en su piel es la *M*.

Los tres siguieron un largo tiempo hablando en aquel inhóspito lugar, lleno de paredes feas y sucias, pasillos desolados y silencio sepulcral.

No habían mencionado el nombre de la víctima. Se trataba de Giovanni Latini, un joven de clase acomodada, cosa que hizo a la policía espabilarse para averiguar más cosas del asesino.

* * *

Me vengaré de todos vosotros. De los que dicen lo que está bien o lo que está mal. De lo bello o lo que deber ser ocultado. De los que actúan en nombre de la moral y cometen delitos de manera hipócrita. De los que creen y de los que no creen.

De los que nos separan en sexos diferentes. De los que pecan o solo sueñan con hacerlo. De los que crean belleza y también desgracia. De los que detentan el poder o, por el contrario, pasan por la vida como unos verdaderos desconocidos.

Mientras os contemplo a todos, pienso en millones de maneras de mataros. Yo solo soy digno de cambiar las cosas. Sin mí, la decadencia y el final están asegurados. Yo soy el nacimiento y la muerte, y viceversa.

* * *

La Lambretta superó otra vez la enésima prueba: regresar a casa superando rampas que a Adriana le parecían infranqueables con aquella motocicleta tan vieja y achacosa.

«Estás en una tercera edad envidiable, por mucho que te lamentes», le dijo a la Lambretta; seguía sumida en sus pensamientos. En cuanto hubieron llegado al barrio, Adriana compró algo por la calle para llevarse a la boca y, sin perder un momento, subió a casa decidida a investigar. Una palabra se repetía en su mente: Tritón.

La historiadora del arte sabía muchísimas cosas relativas a los tritones, pero se dijo a sí misma que debía de empezar de cero, como si en vez de ser una erudita fuera una ignorante. De no obrar así, cabía la posibilidad de que se le pasaran por alto pequeños detalles que tal vez tuvieran una importancia decisiva para su análisis.

Puso a hervir el café mientras le daba un mordisco a un trozo de *pizza* margarita que había comprado en la calle. Mientras el ordenador se encendía, bajó de las estanterías unos cuantos libros. Se dijo que leería los que le aportaran información, aunque tenía miedo de perderse entre tanta documentación.

Cuando vio brillar la pantalla de inicio de su PC, decidió que ir al grano y buscar en el ciberespacio era mejor que perderse entre libros.

«No será lo más académico, pero me puede llevar más rápido al meollo del asunto en el que me ha sumido esta gente.

»Tritón. Está claro que el asesino escogió la fuente del tritón por algún motivo especial, o quizás por más de uno.

»Los tritones eran dioses del mar en la mitología griega. Utilizaban caracolas enormes que hacían sonar para espantar gigantes, y de este modo se imaginaban que eran poderosas bestias salvajes.

»En mi opinión, el asesino se cree un ser todopoderoso, un dios. Si es un psicópata, tal como afirma el comisario, no solo no es ajeno a la megalomanía sino que esta lo define a la perfección. Creerse superior y perpetrar asesinatos tan brutales lo rebajan casi al nivel de una bestia, como cuando los tritones intentan espantar gigantes con sus caracolas desmesuradas. No nos hallamos ante una persona, aunque lo sea. Es un ser abominable».

Adriana se sentía satisfecha por las deducciones que había hecho a partir de un par de premisas.

«Pero ¿por qué utiliza la representación escultórica de un tritón en vez de hacerlo de otra manera? ¿Será un amante del arte? ¿Habrás sido compañero mío de facultad? Noto un gran poder en la fuerza con la que intenta transmitirnos sus pensamientos delirantes a través del arte. Creo que volverá a matar. De hecho, este es su primer asesinato; al menos, el primero del que se tenga constancia.

»Primero, primero. —El adjetivo retumba en la mente de Adriana—. ¿Dónde acabo de leer eso?».

La joven historiadora del arte releyó por enésima vez las páginas que hablaban de tritones, de mitología y del maestro Bernini. Aunque ella misma era una enciclopedia andante del Barroco, por mucho que leyera no acababa de encontrarle un hilo conductor a todo aquello.

«Debo eliminar mucha paja e ir al grano, buscar nexos, o de lo contrario estaré perdida. Primero..., primera...

»¡La primera fuente que esculpió Bernini fue la del Tritón, de la Piazza Barberini! Ese ser infame ha escenificado ahí el primer asesinato. No es ninguna casualidad. Son las primeras grandes obras de un maestro y... un asesino cruel».

Un joven aparecía asesinado imitando el movimiento de un ser mitológico inmortalizado en piedra escultórica por... ¡encargo de un papa! En concreto, de Urbano VIII, quien antes de serlo se llamaba Maffeo Barberini.

«No podemos descartar que haya una conexión entre arte e Iglesia, y en eso soy la número uno. —Al pensarlo, sonrió frente a la pantalla del PC.

»Al asesino le gusta el arte, de eso estoy segura. Pero ¿cómo interpreta su cabeza enferma el Barroco? Por un instante, Adriana sintió una especie de corriente eléctrica por el espinazo que la perturbaba, pues acababa de ver un nexo inquietante.

»¿Y si en realidad no le atrae? En el siglo XVIII, el Barroco era sinónimo de “absurdo” o “grotesco”.

»La escena de ese inocente sacrificado a los pies de tritón era de lo más grotesca».

La joven ignoraba que el comisario Marini ya había utilizado esa misma palabra el día anterior en cuanto vio el cadáver en Piazza Barberini, y no solo cuando habló con ella. Adriana seguía pensando que el asesino se sentía muy emocionado por todo aquello que mostrase belleza.

Adriana buscó información incluso en los clásicos. Los tritones aparecían citados en estos términos en un pasaje de las *Metamorfosis* de Ovidio:

*Ya Tritón, a su llamada, aparece
Por encima de las olas; luce ropa tiria;
Y en su mano una trompeta retorcida lleva.
El soberano le pide que inspire pacíficos sonos,
Y dé a las olas la señal para retirarse.
Su retorcida concha coge, cuya estrecha abertura*

*Crece poco a poco hasta hacerse grande,
Entonces sopla; el toque con sonido redoblado
Recorre el amplio circuito del mundo entero:
El sol lo oyó el primero, en su temprano este,
Y encontró los ecos vibrantes en el oeste.
Las aguas, escuchando el rugir de la trompeta,
Obedece el mandato, y abandona la orilla.*

«Cuando se hacía sonar la enorme concha se pretendía calmar las olas del mar, o elevarlas. —Para eso existían los tritones, se recordó Adriana—. Y también ahuyentar a los gigantes. Pero esto yo ya lo sabía».

La historiadora se quedó pensativa.

Con el tiempo, el nombre y la imagen de Tritón llegaron a estar asociados con una clase de criaturas parecidas a las sirenas, los tritones, que podían ser masculinos o femeninos, y que solían formar el cortejo de divinidades marinas.

Adriana seguía pensativa pero no conseguía salir de su bloqueo. Trató de centrarse en las dos imágenes: la de la Fontana del Tritone y la fotografía que le habían mostrado del joven engullendo un embudo.

«Parecen las dos caras de una misma moneda. El tritón se vale de sus inconmensurables fuerza, vida y belleza para expulsar agua a través de la caracola. En cambio, ese pobre joven sin vida traga agua hasta perderla.

»Veo aquí cierto conflicto entre amor y odio, entre lo bello y lo grotesco. La vida y la muerte. El asesino se inclina por esta última. El asesino está frustrado, la frustración lo lleva a la violencia, y esta lo convierte en máquina de matar.

»¿Qué es lo que le frustra? ¿Será un frustrado estudiante de historia del arte que se venga así de la vida?».

Otra descarga eléctrica le recorrió la espalda de arriba abajo.

Volvió a dejar los libros, que apenas había tocado excepto para leer a clásicos como Ovidio. Apagó el ordenador y se dirigió a la habitación. Pasó antes por la ducha. La ropa cayó al suelo, a un lado del plato, y descubrió un cuerpo bello, delgado y delicado. El jabón y el agua templaban y jugueteaban con la piel de Adriana. Se relajó. Se sintió bien por cómo había afrontado ese día. Se secó el cuerpo y lo cubrió con una bata negra.

Se acurrucó entre las sábanas de la cama e intentó dormirse con la luz encendida de la mesita. Tan solo un pensamiento le inquietaba:

«¿Y si el asesino fue compañero mío de facultad?».

* * *

El polen primaveral y la adicción al tabaco le parecían al comisario Carlo Marini

peores enemigos que el autor de aquel brutal asesinato en Piazza Barberini. Si en la Facultad de Medicina no respetaba la prohibición de fumar, en su propia comisaria en Via Maurizio Arena, mucho menos. Situada en el barrio de Montesacro-Talenti, al este de Roma, a ella iban a parar innumerables casos delictivos del centro turístico de la ciudad. Y esa situación sacaba de sus casillas al comisario.

«Estos políticos cabrones tienen la culpa de todo. Yo me tengo que comer todos los marrones, incluidos los del centro», pensaba Carlo Marini. Sin embargo, aquella nueva mañana tenía a todo su equipo trabajando. Los quería en tensión, como si fueran sabuesos en busca de una nueva presa.

Salvatore Paolini era el más joven de todos, y el más eficiente. Gracias a él, ya sabían que las tendencias sexuales de Giovanni Latini, la víctima violada y ahogada con agua de lluvia, eran marcadamente heterosexuales. El policía no encontró ni un atisbo de bisexualidad cuando le preguntó a su entorno.

Así pues, el comisario apenas tenía unas pocas evidencias: que el asesino era hombre, tal vez corpulento, y con la mente lo suficientemente enferma como para cometer un crimen así. ¿Sentía adoración por el arte? Esa cuestión se la dejaba a Adriana, en quien no paraba de pensar.

«Qué bella es. La voy a obligar a colaborar con la investigación, porque sin duda será de gran ayuda, pero también porque me da la gana».

Sonrió al pensar aquello, solo, en medio de la comisaria, y su rostro adquirió un matiz entre villano y barriobajero.

* * *

Mientras, una joven policía rubia no tan agraciada físicamente no paraba de llamar por teléfono haciendo averiguaciones.

—No —le había respondido Giorgia Mirante cuando el comisario le ordenó que investigara si se había cometido algún crimen de esa naturaleza, o bien en Roma o bien en cualquier otro lugar del país, recientemente o en los últimos años.

»Bien. Debemos estar ante un nuevo actor. Su escenificación es apabullante, tanto como su crueldad. —En ese momento recordó un par de pinceladas que Adriana le había dado sobre el Barroco—: Fue una cultura de la imagen en la que todas las artes confluyeron para crear una obra total, una estética teatral, una escenografía en manos de un poder dominante.

»Este tipo se cree un artista, pero es solo un pelagatos asesino y enfermo».

El comisario le había ordenado a uno de sus policías que buscara a Adriana con total discreción. Cuando ambos aparecieron por la oficina, todos los policías allí presentes se quedaron atontados al verla.

«Eres una belleza, no sé si barroca, pero sí muy italiana», pensó para sí el comisario al verla, y esbozó una sonrisa.

—Buenas tardes, señorita... —hizo como si no recordase el apellido— Rizzo.

—Buenas tardes, comisario —respondió ella, con tono serio. Se sentía incómoda en aquel lugar.

—¿Cómo ha pasado las últimas horas desde la última vez que nos vimos? —Y se encendió un nuevo cigarro.

—Tensa. Esa sería la palabra justa.

—Sí, bien, entiendo que la escena del crimen es algo tétrica.

«Y a mí qué me cuentas, imbécil. Yo no estuve en el lugar del asesinato. Fuiste tú quien me enseñó esa fotografía», pensó ella.

El comisario seguía hablando, prácticamente embarcado en un monólogo. Al darse cuenta, empezó a preguntarle:

—¿Y usted? ¿Ha averiguado algo?

—Muy poco.

—¿Cuánto es poco para usted?

—Lo suficiente como para saber que estamos ante una persona trastornada. Es un megalómano.

—Bueno, a esa conclusión también soy capaz de llegar yo —replicó, con tono despectivo.

—Entonces, si no soy capaz de aportarle nada más, ¿me puedo ir?

—Ni lo sueñe. Veo que hoy no está tan locuaz como ayer. ¿Ha pasado algo nuevo?

—Tengo miedo.

—¿Que tiene usted miedo? —El comisario hizo un verdadero esfuerzo para no reírse.

—Sí. Lo reconozco, así que cuanto antes lo sepa usted, antes me iré de aquí.

—Eso lo decido yo. ¿De qué tiene miedo?

—Bien. Seré directa. Tengo miedo de que el asesino haya sido compañero mío de estudios.

—¿Y de dónde ha sacado esa conclusión?

—Del interés que le despierta el arte barroco al asesino, y de la fuerza delirante en que lo transmite.

—No se preocupe por eso. Podemos rastrear toda la gente que usted nos diga, ya sea en su facultad o en otras. Escríbame en este pedazo de papel en qué año se licenció y cuándo acabó el doctorado.

Le pasó una enorme hoja en blanco.

Adriana apenas apuntó un par de años, lugares y nombres.

—¡Salvatore! Quiero lo antes posible un listado de los varones que hayan estudiado en esta facultad o facultades, así como sus perfiles laborales, psicológicos, familiares o de lo que sea. Ya me entiendes.

—¿Quién le ha dicho que el asesino es un hombre? —La voz de Adriana pareció renacer.

—Señorita, sodomizaron a la víctima antes de morir. No quería recordárselo.

—Sí, tiene razón. ¡Este asesino es una bestia! Quiere ser un dios como Tritón, quiere espantar a los gigantes como en la mitología. Qué pobre desdichado ha sido el hombre a quien mató, bastante cruz llevaba con ser gay.

Parecía como si Adriana hubiera perdido la cabeza por un momento al expresar unas ideas tan conservadoras.

—Pero ¿qué dice, señorita? Nuestra víctima era un machote. Cien por cien heterosexual.

Aquella frase transmitió la misma sensación que la de Adriana.

—Entonces sí que no entiendo nada. —Y Adriana pareció sumirse en un silencio angustioso.

—Tranquila. Lo solucionaremos. ¿No es usted la experta número uno en el Barroco? No hay asesino que burle mis pesquisas, y ya llevo casi veinticinco años haciendo lo mismo.

La conversación prosiguió en un tono más distendido, e incluso Adriana se relajó y tomó asiento.

Salvatore Paolini no soltaba el teléfono. Hizo varias llamadas. Giorgia miraba a Adriana sin dirigirle la palabra.

Adriana y Carlo Marini aventuraron hipótesis acerca del hecho de que la víctima también fuera torturada con la incisión en su espalda de una letra M. No llegaron a ninguna conclusión. Esa letra podría significar cualquier cosa, y quizás deberían esperar más para saber.

El comisario le hizo saber a la muchacha que al día siguiente enterrarían a la víctima en el Cementerio Civil de Roma, y que habría policías de paisano para observar cualquier posible indicio, igual que lo llevaban haciendo en las últimas veinticuatro horas. Le parecía más probable que el asesino estuviese en el entorno familiar; la experiencia era la que le hablaba. Pero no descartaba lo que ya era una realidad: una nueva línea de investigación, es decir, posibles compañeros de facultad de la joven profesora.

* * *

Salvatore Paolini consiguió lo imposible en tan solo tres días: reducir el número de sospechosos a dos. Se le presentó la dificultad añadida de tener que escudriñar en dos universidades distintas. Adriana terminó sus estudios en La Sapienza de Roma, aunque el primer año lo había cursado realizado en la Universidad de Perugia. Trasladó el expediente, defraudada por las expectativas generadas en su primer año lectivo, pues lo que allí se enseñaba era escaso y de interés reducido. Si lo que realmente le interesaba era el arte, y en especial el Barroco, no tenía otra opción que irse a estudiar a la capital.

Los perfiles académicos, psicológicos, familiares y sociales llevaron de cabeza a toda la comisaria y también a policías de otros lugares. Dos nombres saltaron de la

lista y se convirtieron en investigados: Antonio De Sanctis y Mateo Martori.

El primero había dejado la carrera en segundo curso. Era un hombre conflictivo dentro de la facultad, y posiblemente también fuera de ella. Trastorno comprobado: sociopatía.

No solo había transgredido normas en la universidad, sino también fuera de ella. No sentía remordimiento alguno por sus actos. La empatía era un sentimiento desconocido para él. La violencia era un recurso que mostraba muy a menudo en público.

El segundo sujeto provenía de una familia desestructurada. Aunque tenía familiares, Mateo Martori había crecido solo. Eso lo convirtió en un ser aislado y colérico, con tendencia a la agresividad. Finalizó los estudios en historia del arte, pero lo único que se sabía de él era que se ganaba la vida vendiendo por las calles las pinturas que creaba en un viejo taller heredado de su padre. La calidad de su obra era tan ínfima que provocaba en él una frustración permanente. En las calles prácticamente asediaba a los viandantes para que comprasen sus cuadros faltos de talento.

A todo ello cabía añadir que los últimos años le habían diagnosticado un grave trastorno psiquiátrico: esquizofrenia. Eso ayudaba a explicar su violencia, aunque cuando se mantenía medicado durante largos períodos de tiempo se convertía en una persona sedada. Apenas hablaba ni se alteraba. Su enfermedad empezaba a dibujarle unas ojeras evidentes, así como un rostro desmejorado y una mirada perdida.

Salvatore Paolini reunió dos grupos de policías, algunos de ellos venidos de fuera de Roma. El objetivo de cada grupo consistía en localizar a uno de los sospechosos y efectuar un seguimiento durante las veinticuatro horas del día.

Fue relativamente fácil encontrar a Mateo Martori por las calles de Roma. En Piazza di Spagna, junto a la fuente *La Barcaccia* que inmortalizó Bernini, Mateo vendía sus cuadros en uno de los lugares con más turistas por metro cuadrado de la ciudad.

Los ayudó el hecho de que se tratase de una plaza pequeña y la fuente ocupase su espacio central. Solo los turistas parecían liberarse de la estrechez subiendo la escalinata que lleva hasta Santa Trinità dei Monti. Las vistas espectaculares acallaban a los turistas... salvo cuando los que subían hasta los pies de la iglesia eran grupos de adolescentes con su jolgorio. En contadas ocasiones se utilizaba la escalinata en horario vespertino para hacer elegantes pasarelas de moda.

Mateo Martori había extendido sus últimos lienzos a un par de metros de la *Barcaccia*. También él estaba sobre el pavimento de losas de la calle con la mirada perdida, como vencido.

Una de las policías de paisano se le acercó simulando ser una turista procedente del sur de Italia: conocía bien el acento, y pudo pasar por siciliana o calabresa.

Fingió interesarse por uno de los lienzos, aunque le fue difícil: todos le parecían horribles. Intentó ser amable. No quería empezar con mal pie predisponiéndolo en

su contra.

Mateo parecía ausente. Se limitó a recitarle el precio mientras dejaba vagar la mirada por la escalinata. Mateo parecía perdido pese a la insistencia de la joven.

«¿Estará drogado? Luego les pregunto a mis compañeros si este tipo toma alguna medicación, porque demuestra una abulia preocupante. No me imagino a alguien en este estado cometiendo un asesinato tan brutal», pensó la agente de policía.

Se fue hacia un extremo de la plaza y comentó con unos de sus compañeros la impresión que tuvo al hablar con él.

—Dejémoslo. Seguramente no es él. Además, no concibo que un asesino se exponga en un lugar público como este.

Mateo Martori siguió perdido en sus pensamientos mientras los turistas se esforzaban en esquivarlo para acceder a la fuente o subir las escaleras de Santa Trinità.

Esa misma tarde, cuando la noche ya se intuía porque la oscuridad ganaba terreno y los transeúntes desaparecían de las calles, el otro equipo de policías buscaba a Antonio De Sanctis al sur de la ciudad, muy cerca de Cinecittà.

Cinco de ellos habían localizado el lugar donde solía pernoctar y dedicarle bastantes horas a alguna actividad que los policías no tenían del todo clara.

El jefe del grupo de operaciones dio una orden de actuar: «Adelante». Cuatro antidisturbios subieron las escaleras portando ametralladoras y cascos.

—¡Policía! —se oyó un segundo antes de que trataran de echar abajo la puerta. De Sanctis cogió un pequeño ordenador portátil y salió por la terraza que daba justo al patio del edificio contiguo.

La puerta de entrada se les resistió demasiado. Y esos segundos preciosos convirtieron el efecto sorpresa en una persecución. Los policías hicieron lo mismo, pasar de una terraza al patio contiguo y de ahí a unas escaleras que subían por una pared hasta lo alto de otro edificio.

De Sanctis parecía ágil y en buena forma. La noche oscurecía los tejados rojizos y las paredes anaranjadas de Roma. La sombra de quien en otro tiempo fuera estudiante de arte brincaba en su huida sin que sus perseguidores lo alcanzaran.

* * *

Se había acostumbrado a trabajar con frío. Tener calefacción era incompatible con diseccionar un cadáver en una autopsia. No obstante, la rutina había hecho mella en el cuerpo del viejo profesor: Un colega de la universidad que, como él, compatibilizaba la medicina y la docencia le había diagnosticado artritis reumatoide.

«Estos dolores son culpa de la edad. Necesito jubilarme ya».

Esos eran los pensamientos recurrentes de Ciro Cappuccio de un tiempo a esa parte. Y la úlcera, y una sordera leve. Demasiados achaques para un hombre que siempre había vivido bien, con la salvedad de que debía ver muertos a diario.

También el trabajo le había agriado el carácter, aunque no era del todo consciente de ello. Creía ser el mismo que tres décadas antes, pero en realidad era un gruñón insoportable que solo trataba bien a sus cadáveres.

«Sesenta y dos años son suficientes para jubilarme».

Y su bisturí hizo un fino corte vertical en el abdomen de otro adulto que había fallecido ese día en extrañas circunstancias. Le tembló el pulso justo al finalizar el corte. Pudo distinguir como la tenue luz de la sala cambió por un segundo.

Cuando se dio la vuelta apenas pudo ver un rostro encapuchado que compartía con él la solitaria sala. El Ser Imperfecto vestía como el día en que había cometido su primer crimen. Una sudadera oscura que finalizaba en lo alto en una capucha que le cubría la cabeza.

—No pensaba que tuviera que matarte. No entraba en mis planes, pero destruyes mis obras. Lo supe antes de que lo hicieras: yo también estaba allí. Te voy a dar el castigo que mereces —dijo mientras oprimía con fuerza la boca y la nariz del profesor.

Siguió apretando mientras su placer aumentaba y su excitación rayaba lo delirante. El cuerpo del viejo profesor se retorció y se inclinaba hacia atrás. La vida se le estaba escapando por segundos. Ambos se miraron fijamente a los ojos. Al final, la falta de respiración provocó un paro cardíaco. Esta vez los ojos ya no miraban, se habían quedado tan tiesos como el cuerpo del *Dottore* *Ciro Cappuccio*.

El Ser Imperfecto dejó el cuerpo sobre el suelo y fue en busca de otra cosa. Revolvió puertas y cajones hasta que por fin lo encontró: cloroformo. Sonrió.

Se guardó el frasco en una pequeña mochila que colgaba de sus hombros y dijo:

—*Abyssus abyssum vocat in voce*.

Aquel ser perturbado no tenía la intención de descansar. Después de cometer un pecado, él mismo se emplazaba al siguiente.

* * *

¡Qué paz sentía el comisario Carlo Marini cuando se tomaba el café de las ocho de la mañana en su despacho! Se estaba saltando la prohibición de su médico, que le impedía tomar café, alimentos ácidos y comidas pesadas. De lo contrario, su estómago seguiría quejándose. Pero él no le hacía caso a nadie.

Esbozó una sonrisa poco habitual en él. Parecía fantasear con Adriana Rizzo, imaginando las cosas que creaba su sistema límbico.

El teléfono sonó mientras paladeaba el segundo sorbo de aquel café.

—Comisaría Montesacro-Talenti.

—*Dottore* —así lo solían llamar Salvatore Paolini y demás personal de la comisaría—, a medianoche entramos en el domicilio de uno de los sospechosos, Antonio De Sanctis, pero se nos escapó. Algunos agentes pudieron ver que huyó a toda prisa con un objeto de tamaño mediano. Parece que el tipo estaba en forma

porque no hubo manera de pillarle.

—¡Pero qué inútiles, por Dios! ¿Crees que el sospechoso era la persona que buscamos?

—Para serle sincero, no, comisario.

—De acuerdo. Me fío de tu intuición. De todas maneras, quiero que detengan a ese tipo en las próximas horas. Si estaba huyendo, por algo sería.

—Muy bien, jefe. Dudo que hoy me pase por la comisaría. Hasta mañana. —Y colgó el teléfono, cosa que el comisario agradeció a esas horas.

El mismo teléfono volvió a sonar.

—Comisario Carlo Marini al habla.

—Señor comisario. Lo llamo desde la Facultad de Medicina. Ha ocurrido una desgracia. Acabamos de encontrar muerto al doctor Ciro Cappuccio.

—¡Dios mío! ¿Cómo ha sido eso y cuándo?

—Ha debido de ser esta noche. El doctor solía quedarse trabajando hasta muy tarde, incluso hasta la media noche.

—¿El cuerpo lleva marcada alguna letra hecha con algún objeto punzante?

—No lo sé, señor. Lo más probable es que el doctor haya muerto por asfixia. Lo hemos encontrado en el suelo de la sala donde estaba trabajando. No hay sangre por ningún lado.

—Muy bien. Voy para allá.

Y colgó.

El teléfono volvió a sonar.

—¡He dicho que voy para allá! —se le oyó gritar cuando otros agentes se incorporaban al trabajo de oficina.

—Do... do... —Una voz tartamuda pareció oírse del otro lado del hilo telefónico.

—¿Quién coño está llamando? —soltó malhumorado.

—Soy Totò. De la comisaria de los Carabinieri de Roma-Centro. He descubierto una cosa sorprendente, *Dottore Carini*.

—Marini, me apellido Marini. Pero ¿qué me está contando?

—Yo estaba con usted el otro día cuando les hacíamos las fotos al cadáver en Piazza Barberini.

—Muy bien. ¿Y eso qué importa?

—De... de...

El tartamudeo no se le iba.

—Acabe ya, coño.

—Debido a un error, no solo hice fotos sino que también he grabado vídeos. Filmé el gentío sin pretenderlo, cuando la gente se agolpaba frente a la fuente. *Dottore...*, había un tipo muy extraño observando muy cerca de usted, y luego se fue. ¡Tengo el vídeo, comisario!

—Muy bien, tráigalo ahora...; bueno, o mejor después, que debo salir. Bueno, da igual, tráigalo cuando quiera y dáselo a la agente Giorgia Mirante.

El comisario Carlo Marini fue con su nuevo Fiat hasta las puertas de la facultad. Una ambulancia estaba allí. También había estacionado, al parecer con calma.

«Alguien tendrá que hacerle la autopsia al forense. Pobre desgraciado, acabar así, asesinado en su propia facultad, y probablemente diseccionado por alguno de sus colegas. Dado que no hay ninguna marca que recuerde al otro asesinato, ¿debemos pensar que se trata de un asesino distinto?».

Tal vez se tratase de una deducción de lo más sencillo, pero no le quedaba nada clara.

Llegó a la pequeña sala donde se hallaba el cuerpo del doctor, y se lo encontró en el mismo lugar donde el Ser Imperfecto lo había dejado, tirado en el suelo.

—Hagan el favor de subirlo a esa camilla.

—No hemos querido tocar nada hasta que viniera usted.

—¿Y aun así ya saben de qué murió?

—Casi con toda probabilidad, sí. Lo asfixiaron y lo dejaron tumbado boca arriba con suavidad. No murió de muerte natural. En tal caso, se habría golpeado con la cabeza en el suelo, pero no da esa impresión.

—Está bien. Suban al muerto mientras me preparo para hacerle unas fotos.

Se sorprendió a sí mismo al referirse en esos términos al forense a quien tanto conocía. El muerto. También pensó por un instante en las fotos y vídeos que había conseguido aquel *carabinere* medio anormal que lo acababa de llamar. ¿Esa llamada iba en serio, o parecía más bien el error de un inepto que entorpecía la labor policial?

Le hizo fotos de frente. Ladeado. Primeros planos de la cara y de la nuca. Las hizo todas después de que despojaran al cadáver de su ropa. No había ni marcas, ni golpes, ni nadie había escrito sobre la piel del profesor ninguna letra como en el asesinato anterior. La sangre no había sido invitada al final del pobre profesor.

—Si no le importa, el doctor Cassini le hará la autopsia lo antes posible —le informó un joven médico.

—Por mí pueden empezar cuando quieran. Una pregunta. ¿No habrá cámaras de seguridad en esta facultad?

—Sí. Pero justo aquí no la hay. Tal vez en alguno de los pasillos, creo yo. Pregúntele al guardia de seguridad de la entrada.

El comisario Carlo Marini salió como un rayo y se dirigió a secretaría, donde estaba la misma mujer del otro día. Puso una cara tan seria como la de la mujer del mostrador con la intención de ganarse la respuesta a su pregunta.

—Por favor. El guardia de seguridad. ¿Dónde puedo encontrarlo?

La mujer ni habló ni pestañeo. Extendió un brazo y marcó con el dedo índice el final de uno de los pasillos.

Carlo Marini seguía de aquí para allá. Le pareció distinguir una garita y fue hacia ella. El guarda solo habló cuando vio al comisario a cosa de un metro de él y con un gesto grave.

—¿En qué lo puedo ayudar?

—Necesito saber dónde hay cámaras de vigilancia por aquí. Especialmente las que estén cerca del lugar donde han hallado el cuerpo del doctor Cappuccio.

Omitió el detalle de que tal vez lo habían asesinado.

—Acompáñeme.

Volviéron a perderse entre pasillos y puertas que daban a otros pasillos.

—Esa es una —le indicó el guarda.

—Muy bien. ¿No hay otra más cercana al lugar del...? —Había estado a punto de decir «crimen», pero se contuvo.

—Sí. Tendremos que dar la vuelta a esta planta. Como ve, tiene una forma octogonal algo extraña. Si no recuerdo mal, hay que tomar el camino inverso que también lleva a la sala y, en una esquina y en lo alto, verá una cámara muy disimulada.

A medida que daban la vuelta empalmaban, uno tras otro, tres cortos tramos de pasillo que giraban a la derecha, y de repente:

Patapam.

Carlo Marini vio el artilugio que pendía de un vértice de la pared.

—Esa cámara. Enfoca directamente a la puerta de entrada donde trabajaba el doctor Cappuccio. ¿Funciona?

—Creo que sí.

—Enséñeme entonces lo que ha registrado hace unas doce horas.

Volviéron a la garita, en cuyo interior había otra puerta que se abría con llave. A continuación, el guarda le mostró una sala llena de pantallas. Eran monitores en blanco y negro que filmaban pasillos, entradas, y algún que otro recoveco de la facultad.

—Veamos...

Y fijándose en un monitor conectado a un PC, fue seleccionando opciones.

Cuando pudo acceder a los registros de aquella cámara pulsó sobre la opción de retroceder, y lo puso a una velocidad de x32.

Así lo dejó durante unos minutos, hasta que policía y guarda de seguridad vieron un movimiento que rompía la monotonía. Debió de ser apenas una milésima de segundo, pero no escapó a su vista.

—Vuelva hacia delante y repítalo, pero más despacio.

Las imágenes ahora pasaban solo a una velocidad de x8.

La escena previa al crimen se intuía, pero se les había vuelto a pasar debido a la velocidad de reproducción.

—Y ahora, repítalo pero a tiempo real —le suplicó el comisario.

Entonces lo vieron: un encapuchado enfilaba el pasillo y entraba por la puerta donde estaba trabajando el forense. El monitor marcaba las doce y diez de la madrugada.

En ese preciso momento sonó el móvil del comisario:

—*Dottore*, soy Paolini. Acabamos de ver una grabación que hizo un *carabinere*

en Piazza Barberini. ¡Tiene que verla! ¡Hay un tipo extraño que se comporta de una manera singular!

—¿Lleva una capucha que le cubre la cabeza?

—Sí, señor. Pero ¿cómo sabe eso? Aquí el miembro de los *carabinieri* y yo estamos discutiendo acerca del gesto que hace ese tipo antes de darse la vuelta y largarse. Él dice que se santigua; yo, en cambio...

—Cállese, Paolini. Voy para allá, en cuanto tenga una copia de otro vídeo que estoy visualizando.

Y, con una pulsación de su *Smartphone* en modo táctil, dejó al joven agente de policía con la palabra en la boca.

* * *

La tesis doctoral de Adriana sobre la relación entre la Iglesia Católica y el Barroco era tan prolífica y novedosa que muchas otras universidades, especialmente las italianas, se habían interesado por su contenido. Incluso alguna editorial estaba interesada en publicar aquellos trabajos de la historiadora. Pero de momento todo estaba parado. A Adriana le asaltaba cierta sensación de fracaso. Ella soñaba con publicarla, e incluso tenía otras ideas en mente. Tampoco descartaba transgredir el rigor científico y escribir alguna novela de ficción histórica.

Era cosa sabida que el siglo XVII había visto más guerras y violencia que en ninguna otra época de la historia del continente europeo. La vida se veía atormentada frecuentemente entre el dolor y la muerte.

Ante el abismo en el que había caído la sociedad europea se necesitaba una exaltación de la vida que le resultara satisfactoria al hombre del Barroco. La Iglesia Católica alentó la creación de templos con gran cantidad de esculturas pero evitando los desnudos y las escenas escandalosas. No siempre lo consiguió, pues la provocación llegó al arte de forma recargada.

Sin embargo, la Iglesia quiso enardecer y emocionar a los devotos mediante estímulos psicológicos. Además, la Contrarreforma trataba de frenar la pujanza del protestantismo por media Europa.

Según Adriana, la Iglesia no solo hizo una declaración de intenciones al promover el mecenazgo durante el Barroco, sino que además sometió sus ideas y pensamientos a una especie de confesión abierta al mundo. El arte Barroco escuchaba todo lo bueno y lo malo, lo que se deseaba y lo que estaba prohibido, del mismo modo que un sacerdote escucha a un pecador cuando se confiesa.

«*Ego te absolvo*», venía a decirle el Barroco a la Iglesia, convertido en un ente superior que la juzgaba y superaba creando arte *in libertas*. El artista del Barroco estaba por encima del bien y del mal. Creaba belleza, en su condición de ser divino, aunque recibiera el mecenazgo de papas como Inocencio VIII.

Según Adriana, Gian Lorenzo Bernini, la figura principal del Barroco, era algo así como una divinidad humana. Estaba tocado por un don para crear belleza y vida, y todo lo que no se le pareciese se consideraba sinónimo de muerte, pecado y vulgaridad.

Aquel ser abominable que asesinaba invocando las obras del gran maestro tan solo mostraba sus debilidades psicológicas, intentaba «ser», pero apenas se quedaba en un vulgar pecador que buscaba la redención.

«Es posible que el asesino, no obstante su carácter megalómano, quiera que lo apresen para poder ser juzgado por sus pecados. Pero tal vez no haya llegado el momento. Quizás esté creando una obra lo suficientemente amplia como para que lo rediman cuando sea apresado.

»El asesino seguirá matando».

* * *

El tartamudeo de Totò y el aspecto rechoncho que presentaba enfundado en el uniforme de *carabiniere* dieron para unas cuantas risas antes de que el comisario Carlo Marini volviera.

—¡Paolini! ¡Que sea la última vez que me cuenta por teléfono cosas importantes, sobre todo si no sabe ni dónde estoy ni qué hago! ¡A la próxima, o se espera o va a hacer más guardias que todos sus compañeros juntos en un año!

La entrada de Marini fue tan fulgurante que convirtió risas en caras largas. El comisario solo tuteaba a Paolini en privado, y ante los demás compañeros guardaba las distancias.

Cuando vio el aspecto del *carabiniere* de talla extragrande se preguntó qué estaba fallando en el país para que colocaran gente así en un cuerpo que se vanagloriaba de ser militar.

«Si fuera una gran mente pensante, pase, pero me temo que todas sus miserias van unidas».

Se lo quedó mirando con gesto compasivo y habló:

—A ver... Vengo de visualizar un vídeo del asesinato del forense Ciro Cappuccio y me decís que tenéis otro vídeo que muestra al mismo asesino a quien buscamos. ¿Pero esto es una broma o qué?

—¿¡Han asesinado al doctor!?! —gritó Giorgia, espantada.

—Sí. Esta madrugada.

—¿Es el asesino a quien buscamos? —preguntó Paolini.

—Dímelo tú, so listo, porque en realidad no acabo de ver la relación con el asesinato del otro día. Al doctor Capuccio lo asfixiaron, y no tiene ninguna marca en forma de letra en la piel, ni ha muerto acompañado de ninguna escultura barroca.

—Do... do... *Dottore* —finalizó el *carabiniere* Totò—, es el mismo asesino.

El comisario se acercó a Paolini y le susurró al oído:

—¿Pero este hombre no tiene apellido?

—No lo sé, comisario, pero a los tontos muy tontos solo se los recuerda por el nombre —susurró con una sonrisa cínica.

—Está bien —sentenció Marini—, el asesino del profesor es un hombre alto y fornido. No pude ver su rostro porque lo oculta inteligentemente.

—¡Como el otro, como el otro! —replicó Totò.

—Cállese, Totò. Déjeme ver su vídeo, el que filmó en Piazza Barberini.

Emplearon más tiempo del necesario por culpa de la torpeza del *carabiniere*.

—Perdone, comisario, perdone. El vídeo ya se está cargando. Es que estoy algo nervioso.

«Sí, sí. Menudo zopenco estás hecho. Seguro que te dieron el puesto porque eres el hijo de algún pez gordo», pensó mientras le miraba con gesto irascible.

Paolini también se acercó. Los tres vieron el vídeo juntos.

Empezaron a reproducirse unas imágenes en las que Totò filmaba el cuerpo del joven asesinado tumbado en la fuente con tal torpeza que la imagen se le iba todo el rato de izquierda a derecha.

Luego se oyó un ligero rumor de la gente expectante que curioseaba detrás. Otro *carabiniere* daba la orden de que se alejaran de allí. También se escuchaba la voz de Totò diciendo lo mismo pero de forma menos convincente. Además, la grabación giró ciento ochenta grados cuando Totò quiso gesticular con la mano que le quedaba libre para que la gente se alejara.

Entonces apareció medio cuerpo del comisario Carlo Marini y, a su lado, el doctor Cappuccio. Les sorprendió ver que detrás de este había un individuo inquietante, que destacaba por su altura y se cubría la cabeza con la capucha de una sudadera una talla mayor de lo que demostraba su cuerpo.

—¿Lo ve, comisario, lo ve? —gritó Totò.

La imagen acababa de reproducir un gesto de aquel individuo, que dio media vuelta y se fue.

—¡Se ha santiguado, comisario! ¡Se ha santiguado después de haberlo matado!

—¡Pero qué dices, anormal! Está haciendo un gesto muy distinto —dijo Paolini con tono despectivo.

—Si no os calláis, os mando a los dos a tomar por culo. No he visto nada. Vuelve a pasar la imagen Totò.

Rebobinaron el vídeo hasta el inicio y los tres revisaron el momento filmado por aquel *carabiniere* tan peculiar.

—¿Lo ve, comisario? Ese gesto quiere decir otra cosa —se ufanó Paolini.

—¿Qué significa, entonces?

—¡Está dibujando con la mano una letra M! Y en ese momento ni siquiera nosotros sabíamos que el cadáver tenía marcada eso en su espalda.

—Coño, Paolini, me parece que tienes razón. Pero te diré algo más. Es el mismo tipo que ha matado al profesor Cappuccio esta noche. Se ve que no se quita esa

sudadera nunca; en especial, la capucha que no permite verle bien la cara.

2

EL MORO

El puerto de Gioia Tauro había crecido de manera exponencial en los últimos años, gracias sobre todo al gran volumen de mercancías que la mafia calabresa, la ‘Ndrangheta, movía por toda Europa.

La cocaína colombiana era el producto que más se introducía por aquel puerto. Los carteles de la droga del país sudamericano trabajaban conjuntamente con la mafia calabresa. Unos producían y otros distribuían.

El mes de junio era tan ajetreado como tantos otros en aquel puerto. Los contenedores se descargaban a un ritmo trepidante, como en Nápoles, aunque incluso con menos control que en la ciudad partenopea. El Estado Italiano era prácticamente inexistente en el sur de Italia, y en Calabria, mucho menos. Cuando los más jóvenes veían un coche de policía o de los *Carabinieri* les lanzaban piedras sin motivo alguno. Era una forma de tenerlos alejados de sus posesiones más preciadas, como el puerto de Gioia Tauro, que daba de comer a muchísimas familias.

Un contenedor azul en el que se podía leer «MAERKS» en letras gigantes acababa de posarse sobre el cemento del puerto. Se abrió muy deprisa, y con un toro mecánico fueron sacando palés tras palés.

Muy cerca de allí aguardaban unos camiones y una furgoneta oscura. Tenían órdenes de descargar primero aquellos palés, que acabarían en camiones. Era droga colombiana lista para distribuir. No había necesidad de esconderla en dobles fondos, pero sí de enmascararla de maneras inimaginables.

El último palé transportaba una gran caja metálica de más de un metro de largo en cuya base había cuatro pequeñas ruedecillas que facilitaban su transporte.

Alguien que llevaba una capucha oscura se cubría el rostro en aquel día soleado. El Ser Imperfecto fue a recoger una mercancía que había encargado desde Sudamérica; en concreto, desde la Amazonia venezolana.

Se aproximó a los dos tipos que estaban descargando su cargamento. Exhibió el resguardo de un pedido y uno de ellos efectuó la comprobación. Todo estaba bien, y solo faltaba pagar los dos mil euros en efectivo que le habían pedido. En el puerto de Gioia Tauro no sabían ni querían saber nada de dinero electrónico. Los billetes de quinientos euros corrían en aquella pequeña población como en ninguna otra de Italia o el resto de Europa.

El Ser Imperfecto pagó y firmó el albarán conforme recibía la mercancía, y después hizo un gesto con el que negaba la ayuda que le ofrecían para transportar aquello hasta su furgoneta. El peso pareció aligerarse gracias a las ruedecillas. Luego, el ser abominable abrió las puertas y desplegó una rampa metálica por la que subió el

cargamento. Se fue sin decir una palabra. Los estibadores del puerto no sospecharon nada de aquel individuo tan extraño que había acudido a recoger aquello, ni tampoco del contenido que escondía.

El trayecto desde aquel puerto calabrés hasta Roma duró unas cuantas horas. El asesino de la Fontana del Tritone no paró en ninguna área de servicio. Estaba deseoso de ver a sus nuevas compañeras.

La Ciudad Eterna los recibió ya de noche. Aparcó la furgoneta junto a su casa y bajó la gran caja metálica por la rampa. En vez de subir por el ascensor comunitario, lo hizo por un montacargas situado en la parte trasera del edificio. Este último había sido diseñado hacía ya bastantes décadas como un bloque de almacenes. Luego lo reconvirtieron en viviendas tras la crisis económica de principios de los años ochenta.

Abrió la puerta de su casa después de haber accedido a ella por el pasillo contrario por el que solía entrar. El impulso era tan fuerte que no pudo evitar ir directamente al baño con su carga.

Dejó correr el agua de su larga bañera y puso el tapón para llenarla. La caja metálica estaba sellada por sendos candados a cada lado de la gruesa lámina metálica a modo de trampilla que cerraba el pequeño contenedor. Una potente batería le suministraba corriente a una resistencia. Esta producía el calor necesario para mantener el contenido de la caja a una agradable temperatura constante.

Forzó ambos candados con destreza y rapidez. Liberó la tapa del resto y entonces las vio. El Ser Imperfecto esbozó una sonrisa de felicidad. Luego levantó el peso de la caja y lo vertió sobre la bañera con sumo cuidado y todo su cuerpo tensionado. El agua se mezcló con la de la caja, también dulce, y con una gran cantidad de pirañas de vientre rojo.

Ahora nadaban en un ambiente desconocido. Solo les faltaba el alimento. Parecía que durante el viaje en barco nadie se había acordado de ellas...

* * *

La luz de la luna se filtraba por una vidriera de la iglesia. Unos grandes cirios encendidos ocupaban el espacio central rodeando una estatua esculpida en piedra. Se podía ver la figura de la Virgen desnuda intentando escapar de las manos de unos hombres que le tocaban las piernas, el vientre y los senos. La Virgen parecía estar entrando en un trance que no tenía nada de espiritual y sí mucho de humano. Estaba descubriendo el placer.

Un órgano antiguo hacía sonar una música grave, monótona y barroca. La ceremonia estaba a punto de comenzar. Un sacerdote encapuchado recitaba frases en latín junto a la estatua.

Adriana se vio rodeada de otras mujeres que, como ella, portaban una tela blanca para cubrirse los cuerpos. Los rostros se ocultaban con máscaras diferentes. Algunas escenificaban una sonrisa; otras, un llanto.

Unos hombres con capas negras y capuchas rodeaban a aquellas mujeres. Parecían excitados. Podía intuirse como algunos se tocaban las partes más íntimas.

El sacerdote guardó silencio durante un momento. Rodeó a todas las mujeres que estaban en círculo. Las acariciaba por detrás las nalgas. Adriana sintió una sensación de deseo y de asco a la vez cuando una mano le tocó su generoso pompis. La música de órgano barroca no paraba de sonar.

El sacerdote regresó al centro, donde la estatua de la Virgen estaba perdiendo su condición. Ordenó callar y, acto seguido, habló:

—*Ama et quod vis fac.*

Les proponía que amasen e hicieran lo que les viniera en gana.

Tras un cambio de ritmo de la música, el sacerdote extendió un brazo y señaló a una de las muchachas con el dedo índice. Ella se liberó de la tela que le cubría el cuerpo y mostró su desnudez. Dio media vuelta y se dirigió hacia el oscuro grupo de hombres que cubrían su anonimato con capas negras y máscaras.

Aquella joven tenía un cuerpo hermoso. Piernas largas, senos proporcionados y vientre plano. Un hombre se adelantó y la tomó de la mano. Le quitó la máscara y descubrió un rostro bello y joven. El hombre la empezó a tocar. La estimulaba y se estimulaba. Se levantó la capa negra y descubrió su miembro erecto. Se aferró a ella por detrás y comenzó a penetrarla. Los dos se movían al ritmo de la música barroca.

Adriana sintió que el pulso se le aceleraba. Sentía miedo y morbo a la vez. El sacerdote impartió una nueva orden. Señaló a otra muchacha con el dedo índice.

La joven dejó caer al suelo su tela blanca. Descubrió un cuerpo no tan hermoso como el de la primera. Se giró y retrocedió. Otro hombre que preservaba el anonimato tras la capa y la máscara descubrió el rostro de la chica. La máscara de ella dibujaba una lágrima. Cayó al suelo.

Por desgracia, aquella joven no estaba tocada por la belleza sino por la fealdad. La música barroca subió de tono.

El sacerdote continuó con un recordatorio de que ella era mortal:

—*Memento mori.*

El hombre que se ocultaba consideró intolerable la ausencia de belleza de la compañera que le había tocado, extrajo una daga y la clavó hasta el fondo del vientre de la joven. Esta cayó al suelo, herida de muerte.

«Si no me consideran hermosa, me matarán», pensó Adriana.

El sacerdote se dispuso a escoger otra muchacha. Y señaló a Adriana para que se mostrase en público.

Adriana se desató el fino lazo que mantenía cubierta su desnudez. La tela blanca cayó al suelo y les mostró a todos su cuerpo delgado y bello. Los pechos erectos y suaves parecían excitados. Su sexo depilado se mostraba al mundo tal como era: hermoso y lleno de vida, una invitación a la lujuria.

Adriana retrocedió un par de pasos y un hombre la cogió de la mano. Le quitó la máscara y Adriana descubrió la belleza de su rostro, sus ojos negros almendrados, su

cabello liso y oscuro.

El hombre se levantó la capa y descubrió un enorme miembro erecto. Llevó la mano de ella hacia su pene e hizo que lo atrapara, que lo moviera. Adriana se sentía excitada y presa del miedo.

Pensó que la habían considerado hermosa y que se libraría de morir, pero no de ser objeto de fornicación.

La música barroca seguía sonando. Adriana llevó al hombre hasta el centro tirando de su gran miembro viril. Una vez allí, el sacerdote y él se liberaron de todas sus ropas. El sacerdote la cogió por los brazos mientras ella se inclinaba hacia él. El hombre que la había escogido palpó suavemente la vulva sonrosada de Adriana, que estaba ya algo húmeda, y comenzó a penetrarla con fuerza.

Mientras, el sacerdote trataba de darle besos lascivos a la dulce boca de Adriana. Ella sentía placer y vergüenza mientras notaba como el miembro del desconocido se adentraba en su interior.

Un segundo después, Adriana despertó de su sueño, húmeda y sintiendo los latidos de su corazón.

Se fue recuperando de aquella ensoñación barroca tan provocadora y volviendo a la realidad.

«En el Barroco no hay espacio para la fealdad. Solo importa la belleza. Los excesos son también recurrentes.

»Creo que el asesino ama el Barroco; pero, por algún motivo, no logra alcanzarlo. Lo imita, pero solo consigue fracasar. No crea belleza, solo vulgaridad. El asesino no se siente bien consigo mismo. ¿El asesino es la personificación de la fealdad?».

* * *

Me amo a mí mismo tantas veces como me imagino que acabo con vuestras vidas. Yo soy la belleza. La dualidad hecha belleza. Mataré a todos aquellos que solo supongan un canon de belleza, aquellos que me vieron solo desde su prisma, que no me hicieron caso o que no supieron ver quién soy en realidad. Crearé arte desde mi belleza divina.

* * *

Y llegó a los últimos metros caminando después de haber corrido muchísimo. La Lambretta no había querido arrancar aquella mañana y los transportes públicos estaban más imposibles que nunca.

Fue desde su casa hasta la comisaría como si el tiempo se le acabase, como si aquello no tuviera arreglo si ella no estaba. Se secó alguna gota de sudor que le perlaba el rostro, provocado tanto por el calor del mes de junio como por el esfuerzo

de la carrera, y respiró hondo.

Los policías de la comisaría se volvieron a mirarla igual que en la ocasión anterior. Estaban boquiabiertos. Esta vez quizás más por la sorpresa y los jadeos que Adriana manifestaba.

«Qué sensualidad. Así sí que vale la pena venir a trabajar», pensó uno de los policías.

—Buenos días —se limitó a decir.

Todos le franquearon el paso como si quisieran guiarla hacia una trampa de la que no podría salir. Alertaron de la situación al comisario. De repente salió de su despacho como propulsado por una energía febril. Adriana lo tenía embobado. Ya casi no sabía distinguir entre el deber y las ganas de verla. Intentó centrarse en lo básico: ella era vital para la investigación. ¿Por qué otro motivo se habría presentado allí por iniciativa propia?

—Buenos días, comisario —lo saludó Adriana.

—Qué sorpresa, señorita Rizzo. Pensaba llamarla hoy mismo para ponerla al día de cómo va la investigación.

—A eso mismo venía yo. ¿Cree que me apetece estar en una comisaría a estas horas?

Aquel comentario le sentó a Marini como una puñalada traperera. Le pareció que sus fantasiosas ensoñaciones en las que la enamoraba tenían cada vez menos fundamento.

—Debo decirles algo —al comisario no le gustaba ese plural en labios de Adriana — sobre el asesino. Creo que es una persona acomplexada. Mata porque es o se siente feo. Intenta imitar la belleza que irradia el arte barroco cuando lo contempla. Pero solo consigue matar. No es un ser superior, como él cree, sino un simple mortal asesino.

—Esas deducciones están muy bien, señorita, pero ¿adónde nos llevan? Ahora le cuento las novedades de la investigación.

A Adriana le sorprendió enterarse de que habían reducido la lista de compañeros de facultad a solo dos sospechosos. Uno estaba descartado por completo, pues parecía una ovejita indefensa y tal vez estuviera tomando algún fármaco que lo dejaba completamente sedado. El otro huyó de manera espectacular más o menos a la misma hora en que asesinaban al doctor Cappuccio en la otra punta de Roma.

¿Eran la misma persona el asesino y el fugitivo? A casi nadie de la comisaría le parecía que alguien que huyera de esa manera pudiese planificar un asesinato como el del profesor a la misma hora. De todas maneras, Paolini tenía órdenes de atraparlo.

Adriana se sintió culpable cuando supo, por boca del comisario, que también habían asesinado al doctor.

«Si yo fuese más diligente, tal vez esta gente habría apresado al asesino que anda suelto», pensó, embargada por la tristeza y sintiendo desfallecer por momentos. Al verla palidecer de repente, el comisario le ofreció una silla. Tomó asiento. Pareció

que iba a perder el control de su cuerpo y caerse al suelo, pero consiguió mantenerse sentada en un precario equilibrio.

Carlo Marini le contó que el asesino no había dejado ninguna marca en la piel en forma de letra, y no por falta de tiempo, ya que era medianoche y podría haberse recreado en la sala de autopsias. Como es lógico, tampoco hubo ni fuentes ni esculturas barrocas. ¿Otro asesino, un caso nuevo? Pero era una pregunta retórica, claro. No. Esta vez tenía pruebas. ¡Había imágenes que mostraban al asesino!

—¿Pero eso cómo puede ser, comisario?

—Pues mire usted qué cosas. Yo estaba visualizando los registros de una cámara de seguridad de la facultad y, mientras tanto, en esta misma comisaria estaban viendo el vídeo que un *carabiniere* filmó en la Fontana del Tritone cuando descubrimos el primer cadáver.

—¿El asesino estaba allí entre la policía?

—Venga aquí, le voy a mostrar el vídeo.

El comisario dio la orden de reproducir lo que el azar les había reservado. Se había apoderado de aquella grabación para alegría del bonachón de Totò, que estaba convencido de que serviría para detener al asesino en un par de días.

—Pero... ¿se refiere usted al de la capucha? No veo a nadie más que desentone en esa escena. Están usted, el doctor, algún *carabiniere*, la persona que oculta el rostro tras una capucha y, detrás, un pequeño gentío.

—Exacto.

—¿Y lo considera culpable porque oculta el rostro?

—Hummm... Quizás por eso también. Pero sobre todo, porque es el mismo tipo que entró por la puerta de la sala donde asesinaron al doctor antes de anoche.

—¿¡El mismo!?

—El mismo, créame. Y no solo eso. Aquí se produjo una discusión sobre el gesto que hace el tiparraco ese.

—¿Por qué lo llama tiparraco?

—¿Que por qué lo llamo tiparraco? ¿Acaso no ha visto la brutalidad con la que asesina?

—No me refería a eso. Quise decir que descarta que sea una mujer.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puede decir eso? Estos actos son obra de un varón perturbado y asesino.

—¿Puedo ver otra vez ese vídeo? —inquirió la joven.

—Cuantas veces quiera. Pero fíjese en el gesto del encapuchado.

Las imágenes volvieron a pasar enseguida.

—Pues... yo diría... —y Adriana pareció fijarse en otro detalle del vídeo que la llenó de dudas y la dejó sin acabar la frase.

—¿Lo ve? El tipo hace un movimiento con las manos. Paolini y Totò discutieron acerca de lo que el asesino dibujaba con la mano. El tonto de Totò dijo que se santiguaba —y aquello sonó a rima jocosa—. Menos mal que tenemos a agentes

como Paolini, que serían la envidia de los *carabinieri*. ¡El asesino dibuja una M en el aire! ¡Como la que acababa de marcar con sangre una hora u horas antes!

»Luego da media vuelta y se va. ¡El asesino es el encapuchado, señorita!

»El comisario debe de tener razón. Si dice que ha visto a un tipo así cometiendo un segundo crimen y, además, regodeándose con otra M *post mortem*...».

—Muy bien, tiene usted razón... o la tienen ustedes —matizó, para rebajar la euforia del comisario y repartir méritos.

—Gracias. Pero el asesino sigue suelto.

—¿Descarta que estudiara historia de arte? —preguntó ella.

—No lo descarto del todo. Pero usted ¿cómo respondería a su propia pregunta?

—¡Por Dios! Esa idea lleva martilleándome desde que salió a colación. ¡Desearía que no la hubiera estudiado! No me puedo imaginar a un compañero mío matando en nombre del arte. ¡No puedo y no quiero!

—Entonces, ¿lo buscamos fuera? —preguntó el comisario con malicia.

—Yo solo sé que entre el asesino y el arte hay una relación muy estrecha. Pero eso no significa que alguien que interpreta de esa forma tan malvada la belleza que transmite el arte tenga que haber cursado estudios académicos, me da igual si fue un fracasado o un alumno ejemplar.

Con ello daba a entender que pertenecía a este último grupo, como si con ello demostrase que el bien y el mal pueden estar en todas partes.

—Pues entonces, ¿qué sugiere? ¿Volvemos a partir de cero?

—De eso nada, comisario. He venido a comentarles algo que tal vez le interese saber sobre el asesino. Pero ya veo que ni me han escuchado.

—Sí, la he entendido a la perfección. ¿Hacemos un filtro entre feos y guapos? ¿Restringimos esa búsqueda a la Facultad de Historia de Arte?

Las deducciones de la profesora parecían divertir al comisario.

—Si le parece, lo intento de nuevo —las conclusiones del comisario estaban haciéndole perder los papeles a Adriana—. El que ha matado al joven y al doctor tiene un pésimo concepto de sí mismo, pero intenta compensarlo con unas obras macabras. Y estas consisten en asesinatos con una puesta en escena muy teatral. Es un ser que carece de estima. A decir verdad, en su subconsciente ama más el arte que a sí mismo. Y sí, tal vez sea feo o fea, aunque quizás sólo él lo crea. Pienso que no le ayudará nada separar a sospechosos basándose en cánones de belleza.

—Muy bien. Pues entonces, dejamos esa línea de investigación. Pero recuerde que aquí se ha cometido otro asesinato sin esa puesta en escena teatral, como usted la llama.

—Pues claro. No mató por placer sino por venganza. El doctor era forense e hizo la autopsia. Usted mismo tuvo una pequeña discusión con él cuando quiso llevarse el cadáver a la facultad a aquellas horas. El encapuchado estaba a su lado. Debió de oírlo. El forense rompió su obra de arte macabra al día siguiente. Como conclusión: se venga matando, y eso es lo que mejor sabe hacer, aunque sea un principiante.

»Mata con frialdad, en esta ocasión tal vez le haya producido menos placer que la primera. No se trataba de expresar en forma de estatuas conceptos como la belleza, la historia del arte o el Barroco. Tenía que quitarse al tipo de encima y punto. No necesitaba marcarlo con una letra porque no entraba en sus planes.

—¿Cree que volverá a matar? —preguntó el comisario, como si fuera un neófito en criminología.

—Ya se lo dije el otro día: sí. Pero como usted no me escucha nunca... —ironizó Adriana para referirse a la manera en que la miraba de arriba abajo en vez de proseguir con la investigación.

En ese momento sonó un teléfono en la otra punta de la comisaría. Le pasaron la llamada a Paolini, quien escuchaba la conversación en silencio.

—Entendido —oyeron decir al joven policía.

—¿Alguna novedad, Paolini?

—Comisario, es de la Facultad de Medicina. Echan en falta un gran frasco de cloroformo.

—¿Lo ve, comisario? Esto tiene muy mala pinta —comentó Adriana, cuya postura parecía ya más relajada.

* * *

En ese barrio de la periferia, la inmigración se agolpaba en viviendas que rozaban el inframundo. El Ser Imperfecto lo sabía. Eso le daba ventaja y facilidades, tan solo tenía que esperar.

Recorrió menos de un kilómetro y estacionó la furgoneta a un lado de la calzada. No molestaba, pero tampoco se hallaba en un lugar permitido. A aquel ser le daba igual, sabía que no iba a estar mucho tiempo allí. Se bajó del vehículo con las manos enfundadas en unos guantes grises. En una llevaba un paño blanco totalmente limpio, y en la otra el frasco de cloroformo que había robado días antes.

Se mantuvo quieto, con las manos ocultas a la espalda, junto al portón trasero de la furgoneta. Miraba a la gente pasar. Estaba muy sereno, pues sabía que no tardaría en ver una presa adecuada.

De repente distinguió a un joven magrebí que acudía hacia él. Le pareció guapo y pensó que era el elegido. Cuando el joven musulmán llegó a su altura, el Ser Imperfecto llamó su atención como susurrándole algo. Fue tan inocente como para caer en la trampa. Con un movimiento rapidísimo, el Ser Imperfecto mojó el paño en cloroformo y llevó la mano izquierda al rostro de aquel desdichado.

Apretó con firmeza aquella combinación de tela y líquido anestésico y se aseguró de que el joven lo inhalaba. Hizo fuerza con la mano derecha porque aquel cuerpo ya caía al suelo sin remedio.

Un transeúnte vio la escena, perplejo. El Ser Imperfecto le restó importancia con un gesto, como si el joven magrebí estuviera borracho y él fuera un amigo que lo

sostenía.

Abrió el portón trasero e introdujo con su fuerza descomunal al joven. No debía de pesar más de sesenta kilos. Arrancó el motor y apenas tardó un momento en llegar a su casa. Nadie los vio.

Subió con la presa por el montacargas, pero se arriesgó a hacer los últimos metros por el pasillo arrastrando el cuerpo del joven. No sintió miedo, pero cada vez cometía más errores que lo podían delatar.

¿Acaso lo deseaba? ¿Su objetivo era que el mundo viera su obra? Era solo el comienzo. El Ser Imperfecto no tenía intención de parar. Su excitación iba en aumento, y el pulso se le disparaba.

Sentó al joven musulmán en la taza del váter, pero estaba tan drogado que apenas podía respirar ni sostener la cabeza. Recolocó el cuerpo moviéndole la cadera hacia delante y le apoyó la cabeza en los azulejos blancos de la pared.

Volvió a coger la tela blanca y la impregnó un poco más de cloroformo. Le oprimió la nariz apenas un segundo más. Acto seguido cogió un punzón y le marcó en el pecho una letra E. La sangre manaba en abundancia.

Eso es lo que necesitan ellas para ser como yo: un motivo, un momento de excitación, pensó.

Luego saludó a sus cinco «amigas».

—¿Cómo estáis? Me imagino que muy hambrientas.

Qué criaturas tan hermosas. Solo piensan en atacar y saciar su hambre devorando lo que tienen cerca. Yo las veo como seres bellos, de una hermosura divina. Ellas también son creadoras de arte. Voy a contemplar su trabajo. Luego se lo mostraré al mundo.

Una vez llegado el momento, cogió en brazos el cuerpo del joven musulmán y lo elevó por encima de la bañera. Lo bajó hasta que quedó a la altura del agua. Y entonces se oyó como las pirañas chapoteaban cuando las gotas de sangre se mezclaban con el agua dulce.

El joven moro acabó dentro de la bañera. Las pirañas lo atacaron como poseídas por el mal. Empezaron a producirle cortes por todo el cuerpo, sobre todo en los pies. El joven todavía mantenía la cabeza fuera del agua, pero seguía inconsciente. Ya tenía heridas por todo el cuerpo, la sangre no dejaba de manar y eso enardecía a las pirañas, que entonces chapoteaban más todavía.

El Ser Imperfecto disfrutaba con la escena: era su nueva obra, y se sentía orgulloso de la manera en que se estaba desarrollando. Sabía que aquello no se acababa allí. Ni siquiera con la posible muerte del joven.

Las pirañas estaban desgarrando la carne con voracidad, y sus ataques eran incluso más intensos de lo que había previsto. Por un momento, el joven pareció despertar debido al gran dolor que le infligían aquellos peces carnívoros. Abrió un poco los ojos y, con la vista nublada, se dio cuenta del peligro que corría. Su cabeza se hundió en el agua mientras las pirañas tiraban de él.

El cloroformo solo atenuaba en parte el dolor, que ya era indisimulable. Trató de sacar la cabeza y entonces vio como la sangre lo cubría todo. Se espantó todavía más mientras hacía unos movimientos muy torpes y completamente inútiles.

Las pirañas habían atacado todo su cuerpo, incluida la cara. Sintió que desfallecía, y ya no recobró el conocimiento. Las pirañas seguían a lo suyo. Cada una de las heridas medía más de dos centímetros de diámetro.

El joven moro se ha rendido. No tendré que echar una mano a mis amigas. Me quedaré aquí hasta verlo morir, como quien contempla una bella obra de arte, pensó el Ser Imperfecto.

Estaba disfrutando.

El espectáculo dantesco duró al menos un cuarto de hora más. La bañera era una piscina de sangre, y la cabeza del joven apenas asomaba a la superficie.

El Ser Imperfecto siguió observando la escena de pie, desde sus casi dos metros de altura, aunque el magrebí llevaba muerto unos cuantos minutos.

Su rostro no demostró emoción alguna, ni siquiera un matiz de alegría perturbada. De sus labios impasibles salieron unas cortas palabras en latín que parecían dirigidas al joven a quien acababa de asesinar con ayuda de las pirañas:

—*Ars longa, vita brevis.*

Con ello parecía advertir de las dificultades que entrañaba conseguir un verdadero arte frente a la brevedad de la vida.

Esperó unos minutos a que se ocultase el sol. Luego buscó unas mantas con las que tapar el cuerpo. Entonces se percató del mal olor que desprendía el baño. Sacó el cuerpo exánime del joven sin que las pirañas lo rozasen. Sus guantes grises seguían sin dejar huella alguna.

Extendió el cuerpo sobre el suelo de cerámica y lo cubrió con un par de mantas. No fue difícil porque el magrebí, aunque muerto y rígido, no pesaba mucho y era más bien bajo. Lo cargó sobre uno de los hombros y salió de la casa.

No se encontró con nadie en el pasillo, pero el solo hecho de pensar en tal posibilidad le subió la adrenalina y le hizo sentirse bien.

El montacargas y el portón trasero de la furgoneta fueron sus siguientes recursos. La obra no estaría completa hasta que se la mostrase al mundo.

Volvió al centro de la ciudad, como había hecho unos días antes; en esta ocasión, un poco más al oeste. En uno de los lugares más hermosos donde se podía escenificar una obra: Piazza Navona.

Cuando presintió que se hallaba cerca hizo lo mismo que la otra vez: aminorar la marcha. Sabía que el tránsito de vehículos estaba prohibido en la plaza, pero hizo caso omiso y estacionó con suavidad la furgoneta oscura junto a la Fontana del Moro.

Situada en el sur de la plaza, la fuente competía con otras dos grandes obras del Barroco: la Fuente de los Cuatro Ríos, de Bernini, y la Fuente de Neptuno.

La Fontana del Moro la rodeaban cuatro tritones y, en el centro, un delfín que luchaba ferozmente con un moro que Bernini esculpió más tarde.

Maestro, yo también he traído mi obra. He esculpido a mi moro luchando contra criaturas del mar, pensaba el Ser Imperfecto mientras arrastraba el cuerpo del joven cubierto entre mantas.

A aquella hora no pasaba nadie por ese extremo de la plaza. Apenas había unos cuantos clientes cenando en los restaurantes cercanos. Tan solo se oían sus ligeros murmullos y el motor en marcha de la furgoneta.

Le quitó las mantas y dejó el cuerpo apoyado frente a la escultura donde el delfín llevaba siglos luchando contra un valiente moro.

Se permitió unos segundos de tranquilidad frente a la obra macabra que acababa de crear para que el mundo la descubriese.

—*Aurea mediocritas* —le dijo a nadie en concreto. Era una frase muy barroca de origen español que ensalzaba lo vulgar como la máxima aspiración de algunos.

Volvió a ponerse al volante, sin dejar en ningún momento que la capucha ocultara casi por completo su identidad. Justo entonces, una mujer que pasaba por la plaza soltó un grito de pánico que sacudió la noche; en las iglesias de Roma sonaba una sola campanada recordando la hora.

* * *

A la mañana siguiente, el comisario Carlo Marini era un hombre completamente hundido. La noticia de aquel nuevo y escabroso asesinato le sorprendió en su lugar de trabajo, y un superior le echó una severa reprimenda por teléfono. El asesino había matado otra vez, él no podía evitarlo pese a que la investigación llevaba tiempo en marcha, y eso afectaba en gran medida su estado de ánimo.

No dejaba de darle vueltas a la cabeza a la decisión de que fueran los *carabinieri* los primeros y únicos en acudir a Piazza Navona.

«No cuentan con nosotros. Han perdido la confianza en mí. La noticia acaba de salir en todos los canales de televisión».

El comisario ignoraba asimismo que su superior había recibido una llamada iracunda del alcalde de Roma, y que quizás este también hubiera recibido otra de más arriba.

Los brutales asesinatos del Ser Imperfecto tenían toda la repercusión mediática que este buscaba, o tal vez mucha más.

El comisario se sentía desbordado a partes iguales por la tristeza y la melancolía. Pero había algo más. Esa misma mañana se había enamorado de la joven historiadora del arte. De sus ojos almendrados, de los cabellos negros que el día anterior se había recogido en un sensual moño, y de los labios finos y maquillados de fucsia intenso.

«¿Qué tiene de mágico la belleza que nos puede hacer perder el rumbo? ¿Por qué ella dice que el asesino está obsesionado con la belleza y que, en vez de conseguirla, se dedica a sesgar vidas?»

»La adoro, esa belleza mediterránea me hace perder la cabeza, pero no siento

ningún impulso asesino salvo el de dar con este criminal y estamparle los sesos contra una pared o disparar hasta que mi revólver diga basta».

Los demás policías de la comisaría parecían estar trabajando en el caso que se había convertido en la noticia mediática del país. Las plazas romanas con fuentes barrocas se habían convertido en los escenarios de lúgubres crímenes.

Aunque la comisaría parecía funcionar, lo hacía a un ritmo más lento, como contagiada por la pausa que imponían los nuevos acontecimientos. Marini tenía que incluir también los asuntos personales, que tenían que ver más con el amor que con las investigaciones policíacas.

Paolini parecía haberse contagiado por la melancolía de su jefe, y también trabajaba a un ritmo algo más lento de lo habitual. Parecía haber sucumbido a un sentimiento de resignación, convencido de que el caso los estaba desbordando y no serían capaces de solucionarlo. Hojeaba papeles con desgana, sin intención alguna de hacerles caso.

El comisario estaba sumido en sus pensamientos, pero su cerebro pareció despertar por unos instantes.

«¡Cambia! —le dijo una voz interior—. No puedes seguir así. Ella ha demostrado ser más valiente que tú, y también más diligente. No sueñes con ganártela si no eres capaz de decirte a ti mismo que solucionarás todo esto. No esperes, actúa».

La voz interior fue tan intensa como las ordenes que segundos después estaba dando por la comisaría.

No paraba de chillar y de decirles a sus policías en qué se estaban equivocando y dónde y cómo debían buscar a partir de ese momento.

«Este hombre no está bien de la cabeza —pensó Paolini—. Combina estados de ausencia con cólera desbordada. Vamos a cazar a ese animal que anda suelto por la ciudad».

Paolini pareció despertar y se sintió la persona más cuerda y preparada de la comisaría.

Acto seguido cogió a dos de sus compañeros y se dirigieron a Piazza Navona. Estaba, como siempre, cerrada al tráfico, pero también a los viandantes. El resto de la ciudad pareció sucumbir a un miedo generalizado. La gente prefería quedarse en casa si no era necesario salir.

Paolini pasó junto a la Fontana de los Cuatro Ríos de Bernini, ubicada a unos metros de la Fontana del Moro:

«¿Qué horrible crimen podría haber inspirado al asesino si hubiera escogido esta otra fuente?».

Se detuvo en contemplar la belleza barroca de la Fontana de los Cuatro Ríos. Lucía espléndida en la plaza y pensó que la mente perturbada del homicida podría haberle sacado más partido que a la del Moro. Por un momento, Paolini no veía ríos esculpidos en piedra sino ríos de sangre de víctimas inocentes. Los cuatro ríos a los que hacía referencia la fuente le hicieron pensar que el asesino podría haber cometido

un asesinato múltiple allí, una persona por cada uno de ellos.

Aquella imagen lo perturbó y siguió caminando hacia el extremo sur de Piazza Navona, donde el asesino había actuado. Decidió dejarse de fantasías.

Los *carabinieri* y la *Polizia di Stato* parecían estar trabajando juntos aquella mañana, pero los primeros se mostraban algo renuentes a compartir información.

—Buenos días, soy Salvatore Paolini, de la comisaria de Montesacro-Talenti.

Y le enseñó su placa a uno de los *carabinieri*, que lo miró con desdén.

Aunque el silencio de aquellos puso en alerta a Paolini, este pudo ver la escena macabra. Había un joven completamente desfigurado que se apoyaba en la estatua del moro que combatía con un delfín.

«Creo que estos cabrones saben algo que no nos quien contar», pensó Paolini antes de llamar a su jefe para preguntarle si estaban marginando a la policía en la investigación.

Los gritos de Carlo Marini lo convencieron de que este había perdido la razón.

«Vamos a investigar por nuestra cuenta», pensó Paolini, y ordenó a sus policías hacer pesquisas y alguna redada en otros lugares de la ciudad que consideraba posibles escenarios de crímenes.

Esa misma tarde detuvieron a Antonio De Sanctis. Se ocultaba en un piso en las cercanías de Cinecittà. Esta vez la policía se había asegurado de que no tuviera escapatoria.

Este personaje, tan falto de empatía como violento, se entregó sin oponer resistencia. Llevaba el mismo ordenador portátil con el que había huido dando brincos por los tejados desconchados de Roma.

Paolini reparó casi enseguida en el motivo por el que aquel tipo se les había escapado la otra vez. Atesoraba una extensa galería fotográfica propia de pornografía infantil.

El cerebro enfermo de aquel mal estudiante de historia del arte le había llevado a cometer un crimen muy mal visto por la sociedad, y penado por la ley de manera proporcional.

«“No sé qué habrá sucedido en tu mente para que pasaras de interesarte por el arte a cometer estas barbaridades. Aunque no seas el tipo a quien estaba buscando hoy, estoy seguro de que esta noche dormiré más tranquilo sabiendo que he apresado a una escoria humana como tú. Te vas a pasar un tiempo a la sombra”, pensó Paolini, satisfecho.

* * *

Cosa más bella que tú, cosa más linda que tú, única como eres... ¡Gracias por existir!

La letra de una canción se repetía una y otra vez en la mente de aquel perturbado.

El doctor Cassini se había convertido sin quererlo en el sustituto de su colega fallecido, el doctor Ciro Cappuccio.

El nuevo forense apenas acababa de entrar en la treintena y vivía su trabajo con pasión, aunque eso implicara diseccionar cadáveres a diario. Su cabello engominado y un moreno que le duraba todo el año lo hacían parecer cualquier cosa menos un forense.

Estaba viviendo las últimas horas con verdadera tensión. Le correspondía hacerle la autopsia a la segunda (o tercera, si se contaba al doctor Cappuccio) víctima de aquel asesino cruel. El que su trabajo tuviera una repercusión mediática no le alegraba lo más mínimo, así que intentó estar lo más aislado posible del exterior. Se prometió a sí mismo que no leería ni periódicos ni encendería el televisor. Pero no se hablaba de otra cosa, tanto en la facultad como en el resto del país.

Algún que otro periodista ya le había buscado un mote al criminal que andaba suelto por Roma: el Asesino del Barroco.

«Qué forma tan fría y bella de ponerle nombre a un asesino», pensó mientras se disponía a iniciar la autopsia del magrebí que tenía sobre la mesa.

La misma mesa donde el propio doctor Cappuccio diseccionaba cadáveres y tuvo la desgracia de ver acabar su vida por sorpresa.

«El asesino tiene muy pocos escrúpulos. ¡Venir a matar aquí mismo! —Cassini estaba al tanto del rumor de que quien asfixió a su colega era el mismo asesino de la Fontana de Tritone y de la Fontana del Moro—. ¡Qué puesta en escena más teatral! La muerte es algo más sencillo, no deberían darle tanta importancia... salvo que se trate de un asesinato violento».

El cuerpo del joven estaba completamente desnudo sobre la mesa. Cassini se puso unas gafas especiales para observar con todo detalle el cuerpo sin vida que iba a analizar. Una luz muy potente iluminaba desde lo alto y descubría las múltiples heridas en forma de corte que aquel inocente tenía por casi todo el cuerpo.

La cara aparecía desfigurada en su totalidad. Entonces pensó que sería difícil dar con la identidad de la víctima aunque a pesar del mal estado del cadáver supo reconocer los rasgos norteafricanos del muerto.

Cada vez que miraba las heridas de aquel cuerpo veía con claridad incisiones dentro de la carne en forma circular e irregular a la vez. La lesión ulcero-vesicular con emisión de líquido hemorrágico que había evolucionado a escaras de halo blanquecino indicaba que el cuerpo fue atacado hacía más de doce horas.

Utilizó una cánula endovenosa para evitar la irrigación y la presión alta. De ese modo, no dañaría los tejidos ni introduciría bacterias que pudieran falsear un análisis más preciso.

Luego extrajo restos con cuidado y los introdujo en una pequeña cápsula que cerró herméticamente. Aunque el tejido ya estaba desvirtualizado, dedujo que se

podría sacar el ADN de la médula ósea y esto indicaría el origen del depredador. El olor fibrinopurulento y una coloración característica azul-grisácea indicaban que aquel hombre había sido atacado por una especie carnívora en grupo. Pero ¿cuál?

El doctor Cassini le pasó la cápsula a un joven estudiante que estaba a su lado en silencio y observando. Salió en dirección al laboratorio en cuanto se le presentó la ocasión.

El joven moro había fallecido como consecuencia de aquellas heridas que tenía por todo el cuerpo. Sufrió un paro cardíaco debido a los traumatismos varios en niveles tendinosos y las rupturas de vasos sanguíneos que produjeron un colapso total de su sistema circulatorio.

El doctor Cassini creyó necesario realizar un cultivo de las heridas más profundas mediante exploración quirúrgica y drenaje. Añadió un examen radiológico de componente óseo, articular o de algún otro posible cuerpo extraño que se presentaba incrustado en el interior de algunas de las úlceras necróticas cubiertas aún con pedazos de carne intactas.

En el laboratorio ya estaban analizando la cápsula que contenía aquellos diminutos restos que apenas eran perceptibles al microscopio. Aquel caso de asesinato no era uno cualquiera, pues tenía a media población en alerta. De ahí las prisas por abandonar el lugar.

Cassini cerró la autopsia convencido de que aquellos pequeños desmembramientos múltiples no habían sido obra ni de un ser humano ni de ningún objeto.

Tenía la certeza absoluta de que aquel desgarró era obra de la voracidad de algún animal no muy grande. Las incisiones pequeñas así lo hacían suponer. Cassini midió algunas de estas y calculó que el tamaño iba desde los cinco hasta los siete centímetros.

El nuevo forense había escuchado por cauces extraoficiales que, después de matarlo, habían colocado a la víctima en la Fontana del Moro, imitando la lucha de este con un delfín.

«Esto solo ha podido realizarlo un animal acuático. Tengo mis sospechas».

Y el forense dio por finalizada la autopsia.

Mientras tanto, en el laboratorio trabajaban a toda prisa. Descartaron analizar aquel minúsculo fragmento a través de microscopio. Trataron con proteína K la muestra que habían insertado en aquella pequeña cápsula, a fin de liberar los ácidos nucleicos en solución. Se aisló el ADN mediante una suspensión de la muestra en tampón de unión y carga en una taza de giro micro que contenía una matriz de fibra a base de sílice.

Y así se realizó el análisis de ADN para amplificación por PCR para encontrar todos los genomas de los peces. Los productos por PCR se digirieron con tres diferentes enzimas de restricción y se resolvieron en el Agilent 2100 Bioanalyzer.

Bastó usar el patrón RFLP y su correspondiente *software* para cotejar con la base

de datos de diferentes especies de peces tropicales.

Media hora después de la búsqueda, se produjo una coincidencia. Los restos extraídos por el doctor Cassini coincidían con el ADN de un pez que vivía en el Amazonas: la piraña.

* * *

La noticia de que las pirañas le habían hecho el trabajo sucio al asesino despiadado corrió como un reguero de pólvora. Los *carabinieri* y la *Polizia di Stato* lo sabían, pero trataron de mantener al margen a los periodistas y a la población.

—¿Dónde coño se pueden conseguir esas pirañas? —se oyó decir a Carlo Marini, que aparentaba ansiedad.

—Ya lo investigaré, jefe —se ofreció Paolini—. Pero si han sido muchas, dudo que nadie las tenga aquí en tal cantidad. Me inclino a pensar que las han traído de importación.

—Pues date prisa. Seguro que han sido chinos que las traen clandestinamente de su país.

—Pero ¿qué dice? La piraña proviene de Sudamérica.

—Pues eso. Investiga cargamentos que hayan venido de México y esos sitios.

—México no, jefe. Al sur, más al sur. Colombia, Venezuela... En algunos de sus ríos viven pirañas.

—Qué raro. A mí esos países solo me suenan a droga y más droga, y café por supuesto; o sea, droga también. ¿Estás seguro, Paolini?

—Por supuesto. Si han venido de allí, tendrán que haberlo hecho por mar...

Hizo una pausa.

—¿Por qué te callas, Paolini?

—Porque eso es buscar una aguja en un pajar.

—¡Coño, Paolini! ¿Para qué te tengo aquí? ¡Quiero una lista de todo lo que ha entrado en los puertos italianos en los últimos días!

«Se ha vuelto loco —pensó Paolini—. Es imposible saber lo que ha entrado en este país por mar. Por aquí entran millones de toneladas sin control alguno».

Y el joven policía se vio confeccionando una lista de los principales puertos italianos: Génova, Livorno, Civitavecchia, Nápoles, Palermo, Catania, Reggio di Calabria, Gioia Tauro, Bari...

La lista le pareció tan extensa que se limitó a pedir ayuda a los *carabinieri* y, en especial, a la Guardia di Finanza, la unidad especializada en delitos de contrabando y otros de índole económica y mercantil.

Mandó aquella orden a todos aquellos puertos pidiendo colaboración para encontrar al hombre más buscado en toda Italia: el Asesino del Barroco.

La difusión de estas noticias por cada rincón de Italia no hacía sino sumir a los ciudadanos en la perplejidad. ¿Qué tendría que ver el Asesino del Barroco con unas

pirañas?

Mientras se daba con la solución, la policía y los *carabinieri* sitiaban la ciudad. Cada plaza, cada fuente y cada escultura (fuera o no barroca) estaban custodiadas.

La noticia del nuevo asesinato se había difundido mil veces más que la del primero. Apenas se hablaba de la atrocidad descubierta en la Fontana del Tritón. A la opinión pública le dio igual: solo se informó de que había sido el primer asesinato.

Adriana tardó algo más en enterarse de la noticia, aquella misma tarde, por teléfono. Le preguntó a Marini si la persona asesinada estaba sujeta a algún canon de belleza concreto.

El comisario le contestó que era imposible saberlo, pues se lo encontraron con la cara desfigurada.

Un escalofrío le recorrió la espalda a Adriana. Tardó un momento en recuperarse de la impresión y siguió inquiriendo más detalles.

«Escultura barroca. Otra vez Bernini. Otra plaza. ¿Cuántas plazas hay en Roma que esconden el barroco de Bernini?».

El miedo la atenazó.

«Es estúpido pensar que si se produce un nuevo asesinato seguirá los mismos patrones que los anteriores», pensó.

Descartó ese pensamiento al tiempo que el comisario le preguntaba:

—¿Cree que volverá a matar de la misma manera...? Quiero decir... ¿hay escenarios similares en la ciudad?

Adriana enmudeció por completo al otro lado del hilo telefónico. El comisario la calmó, consciente de que el miedo la atenazaba. Tenían policías en todos los lugares de interés. Los turistas iban a desertar en masa al ver aquel ejército de policías y *carabinieri* tan bien pertrechados.

La conversación tranquilizó en parte a Adriana. Pensó que más valía prevenir que lamentar, confiaba en la investigación, y por lo visto el asesino era un tanto previsible, salvo un detalle: dónde escenificaría su obra después de haber cometido un asesinato brutal en otro lugar.

Aquella deducción tan simple la devolvió a la realidad: ignoraba dónde cometía sus asesinatos. Sintió un intenso escalofrío. Siguió hablando con el comisario, a quien le encantaba alargar las conversaciones con aquella belleza transalpina.

Se citaron para una hora después en la comisaría. Adriana colgó y se cambió de ropa, se puso más coqueta sin reparar en ello y se roció la piel con un caro perfume italiano.

Como su Lambretta había renunciado a seguir acompañándola, escogió unos zapatos cómodos: sabía que esperaba una buena caminata.

Salió a la calle, Vio una furgoneta oscura estacionada junto a su portal. No tuvo tiempo ni de gritar. La arrojaron violentamente por la parte trasera del vehículo.

El Ser Imperfecto seguía vistiendo igual, ropa ancha y una sudadera con capucha que ocultaba su identidad.

Adriana dio patadas y puñetazos. Antes de que el Ser Imperfecto la amordazara le dio tiempo de clavarle los dientes en la mano con un salvaje bocado. Unas gotas de sangre cayeron sobre ella mientras notaba que ya no podía gritar. Un largo pañuelo atado con mucha fuerza le cubrió la cara. Lo mismo le sucedieron a sus brazos, que acabaron inmovilizados y descansando contra la carrocería de la vieja furgoneta.

El pañuelo amortiguaba los gritos de Adriana. La furgoneta arrancó. El Ser Imperfecto conducía con tranquilidad, y se permitió el lujo de poner la radio como si en aquel vehículo no estuviera pasando nada.

Una de las emisoras de radio locales daba las noticias de las nueve.

«Continúan las investigaciones de los dos últimos asesinatos cometidos en Roma. Las plazas de la ciudad están sometidas a una fuerte vigilancia por policías y *carabinieri*. El alcalde ha recomendado no salir a la calle si no es estrictamente necesario y se muestra muy optimista con respecto a la posible detención del Asesino del Barroco en las próximas horas o días».

El Ser Imperfecto oyó aquello y profirió una sonora risotada que ponía de manifiesto su comportamiento delirante. Acto seguido apagó la radio y metió una cinta de casete con música de Eros Ramazzotti.

Empezó a sonar «Più bella cosa», y aquel ser malvado se sintió como sus amigas cuando chapoteaban en el agua.

Fue bajando calles hasta llegar al centro. Le cambiaba el humor a medida que se acercaba. Recordó lo que había oído por la radio. Aparcó el vehículo unas calles más abajo. Dejó sola y maniatada a Adriana en la furgoneta y se dirigió a la Fontana di Trevi. Pero antes se quitó la capucha y quedó con la cara al descubierto, para confundirse entre los demás viandantes.

Al llegar a la plaza de la famosa fuente vio un sinfín de policías y *carabinieri*, muchos más de los que solían estar por allí en un día normal. Sintió una ira tremenda. Dio media vuelta y regresó a la furgoneta.

El vehículo oscuro cambió de rumbo en busca de otra plaza. Volvió al escenario del primer crimen solo para cerciorarse de cuánta seguridad estaban empleando en su búsqueda. En aquella plaza solo había policías. Su furia iba en aumento. Ni siquiera estacionó la furgoneta. Pasó de largo sin frenar.

Probó en una última plaza, la de la Repubblica. Muchos *carabinieri* custodiaban una fuente con las cuatro ninfas desnudas que seguían siendo objeto de escándalo desde hacía más de un siglo.

La furia se convirtió en cólera. Luego un pensamiento aligeró por un instante su maldad, pero no sus propósitos.

Maestro. Recuerdo una de tus grandes obras. El rapto de Proserpina. Hoy quiero mostrarte que también yo soy capaz de crear algo tan bello. Tengo mi Proserpina, la voy a llevar junto a tu obra.

Y recordó la estatua de mármol que mostraba cómo Plutón, soberano de los infiernos, raptaba a Proserpina.

Esta vez el Ser Imperfecto tomó dirección norte, hacia Villa Borghese. Recordó que en el museo y la galería homónimas se erigía una de las grandes obras de Gian Lorenzo Bernini. Se sintió feliz: iba a reunir a dos bellezas raptadas por seres del inframundo.

Entró por el sur, y los parajes verdes y tranquilos de Villa Borghese le llevaron hasta la galería.

La entrada, de planta rectangular y con cinco arcos, le reservaba una sorpresa al Ser Imperfecto: estaba tomada por varias dotaciones de los *carabinieri*. En aquel lugar había más obras de arte que en ninguna otra plaza de Roma.

El sentimiento de impotencia y frustración pareció quemar las entrañas de aquel asesino que amaba al Barroco más que a sí mismo. Soltó unos improperios que Adriana no pudo entender. Eran sonidos guturales que provenían del mismísimo infierno del que Proserpina intentaba huir en aquella estatua de Bernini.

Tuvo que claudicar. El Ser Imperfecto no podía reunir aquellas dos obras de «arte», una la de un maestro barroco, la otra la de un imitador enfermo.

Maestro, lo siento. No las puedo reunir a las dos. No sé qué hacer con ella.

Y la furgoneta se fue alejando de Villa Borghese en dirección a la periferia de la ciudad. Pocos minutos después, la furgoneta estaba aparcada donde solía hacerlo habitualmente.

Adriana subió por el montacargas atada y amordazada. Seguía oponiendo resistencia, y a aquel ser no le fue fácil llevarla hasta la puerta de su casa.

Entonces, mientras forzaba a Adriana a entrar, un vecino los vio por un instante, y luego desaparecieron tras dar un portazo.

La llevó directamente a la taza del váter y la sentó. Adriana pudo ver una bañera cubierta de sangre y unos peces que chapoteaban en lo que era ya un líquido pestilente y nauseabundo. Tembló de miedo.

El Ser Imperfecto cogió una de las sillas de la casa y se sentó frente a Adriana a oscuras, con la capucha cubriendo parte de su cabeza, y esta con la mirada perdida en el suelo.

Pareció entrar en una meditación entre él y el mismísimo infierno. Se acordó de Bernini y de sus obras y de cómo consiguió imitarlas por dos veces.

No me dejan seguir imitando tus obras, maestro. Pero tú sabes que el Barroco es infinito y que no acaba contigo. Iré en busca de otras obras. Tal vez menores. Pero de la belleza de su arte daré cuenta allí donde esté.

Parecía sumido en una conversación delirante con Bernini.

Se levantó de la silla y se limitó a decirle lo siguiente a Adriana:

—*Ego valeo si vales bene est.*

O, lo que era lo mismo, se despidió de ella de una de las formas más antiguas que se conocen.

A continuación desapareció por la puerta y, después, de la casa. Adriana se había quedado sola junto a una bañera llena de sangre y pirañas. Gritó con todas sus fuerzas

a través del pañuelo, pero nadie la oyó a pesar de que la ventanilla estaba abierta.

* * *

Carlo Marini no recordaba una actividad tan frenética en la comisaria en mucho tiempo. Era más intensa que cualquier mañana, pero con la diferencia de que ya eran más de las diez de la noche.

El comisario no parecía dispuesto a dar descanso a sus hombres. Si era necesario, pasarían el resto de la madrugada allí. Todavía recordaba la bronca que su superior le había echado esa misma mañana y no estaba dispuesto a que el caso del Asesino del Barroco fuese su tumba profesional.

Los teléfonos echaban humo, los policías entraban y salían de la comisaría, los faxes bloqueaban las conexiones y acababan con las existencias de papel de todos los aparatos.

Los faxes entraban sin descanso, ya que Paolini había ordenado a los puertos más importantes de Italia para que facilitasen los registros de mercancías de Sudamérica en los últimos días.

El joven policía se dedicaba en cuerpo y alma a comprobar todo lo que recibía, lo cual le impedía desarrollar otras líneas de investigación. Mientras, Giorgia Mirante no soltaba el teléfono. De repente todo el mundo había visto al Asesino del Barroco y las llamadas bloqueaban la centralita.

El trabajo de Paolini no era tan estresante, pero llevaba horas leyendo y cotejando los datos que recibía por fax. Por poner unos ejemplos:

- Puerto de Génova: cuatro contenedores de diez empresas de Antioquia, Cundinamarca y Atlántico procedentes de Colombia habían descargado material mobiliario con destino final en Milán, Pesaro, Imola y Bolonia. («Descartado», añadió Paolini en un margen del texto.)
- Puerto de Livorno: tres contenedores con varias toneladas de café, la única mercancía de que constaba el cargamento. (Paolini lo descartó también.)
- Puerto de Civitavecchia: cuatro contenedores provenientes de Cartagena de Indias (Colombia). Mercancías varias: cosméticos, plásticos, dotación hotelera, artículos de oficina y hogar... (Descartado.)
- Puerto de Nápoles: ocho contenedores de frutas varias; entre ellas, uchuva, gulupa, granadilla, maracuyá y aguacate. (Como Paolini no se fiaba ni un pelo de lo que se descargaba en Nápoles, escribió: «Comprobar»)
- Puerto de Palermo: un contenedor cuya única carga era azúcar. (Paolini anotó también que debían comprobarlo, ya que no se fiaba de lo que entraba por el sur del país, y de un contenedor repleto de azúcar blanco le recordaba demasiado al producto estrella que solían exportar los colombianos: la cocaína.)

- Puerto de Gioia Tauro: un contenedor con productos del mar congelados e intervenidos por la Guardia di Finanza un día después de su llegada. En el interior de los pescados que más pesaban se había encontrado cocaína oculta en pequeños paquetes.

Paolini dio un brinco del asiento y salió disparado hacia un teléfono para llamar a ese puerto del sur de Italia.

El jefe de la entidad portuaria ya no estaba en su puesto a aquellas horas de la noche, así que solo pudo hablar con unos estibadores que estaban realizando trabajos de mantenimiento para facilitar la actividad frenética que invadiría el puerto unas horas después.

Paolini pospuso una nueva llamada al día siguiente. Colgó. Entonces sonó ese mismo teléfono. La persona que había al otro lado del hilo telefónico estaba muy nerviosa. No se entendía bien lo que decía. Hablaba de una mujer y de unos olores fétidos, y que estaba aterrada.

Paolini le hizo un gesto al comisario para que también él pudiera escuchar la llamada por su línea.

«¡Oh, Dios mío! —pensó Carlo Marini—. ¡Con tanto ajetreo me olvidé de que Adriana estaba de camino a la comisaria! ¡Pero todavía no ha llegado!».

La voz del joven se iba calmando a medida que explicaba el motivo de aquella llamada a horas tan intempestivas. Unos olores nauseabundos lo molestaban desde hacía más de un día, y los identificaba con alguno de sus vecinos más cercanos. Y hacía apenas dos horas había visto a un personaje siniestro empujar a una joven por una puerta.

—Las noticias de que hay un asesino suelto por la ciudad también me han hecho sospechar —dijo como si se exculpara por contribuir a la alarma generalizada y no quisiera entorpecer la labor policial.

—¡Paolini, anote la dirección que le han dado! ¡Vamos para allá de inmediato! ¡Envíen también los agentes de policía más cercanos de la zona! ¡Esa calle está en las afueras!

El Fiat 500 L tomaba las curvas a toda velocidad y se saltaba todos los semáforos que se interponían a su paso. El comisario y su fiel ayudante iban a aquella dirección preparados para encontrarse con cualquier cosa.

Carlo Marini era consciente de la belleza de Adriana, y de que eso era lo que buscaba el asesino, el motivo de su obsesión.

¿Estarían ambos en aquel domicilio? ¿Por qué no respondía ella al teléfono? ¿Seguiría viva?

Aparcaron frenando y derrapando a la vez. El Fiat 500 L se dio un golpe contra otro de los automóviles que estaba aparcado. Había otros dos policías uniformados frente al bloque de edificios, inmóviles. Parecían atenzados por los nervios.

—¡Adelante, coño! —profirió el comisario.

El joven que había hecho la llamada permanecía escondido en la entrada luciendo un pijama. Se acercó al cristal y les abrió la puerta.

—Vayan con cuidado. Es en el segundo piso, la tercera puerta. Vivo en el mismo rellano, por eso vi lo que les conté y llevo más de un día oliendo algo muy desagradable.

Los cuatro policías subieron por las escaleras con mucho sigilo. Al llegar al segundo piso sus pasos se hicieron todavía más silenciosos y lentos. Cuando estuvieron frente a la puerta, el comisario le hizo un gesto a Paolini para que forzara la puerta.

Esta se le resistió más de lo esperado. El primero en entrar fue Marini. Los otros tres policías lo siguieron. Se abrieron paso empuñando sus armas semiautomáticas. La oscuridad y el silencio aumentaban la tensión. Luego una tenue luz proveniente de un baño los llevó hasta allí. Era la luna, que se filtraba por la ventanilla.

Marini apuntó el arma sin pensar y se encontró con una sorpresa: allí estaba Adriana sentada y amordazada sobre la taza del váter. Miró a un lado y vio una bañera llena de sangre. Se cercioró de que no hubiera nadie más. Por un segundo estuvo a punto de vomitar. Paolini se hizo un hueco en aquel pequeño espacio y puso cara de asombro.

El comisario liberó a la muchacha de los dos pañuelos que le oprimían la boca y sujetaban las muñecas.

Adriana liberó la tensión acumulada rompiendo en un llanto estremecedor. Los otros dos policías se cercioraron de que el asesino no estuviera en el piso o, en caso de estarlo, pudieran detenerlo usando la fuerza.

Adriana profirió un alarido desgarrador.

—¡Es una mujer!

—Cálmese, señorita —la tranquilizó el comisario—. Ya está usted a salvo. Luego hablaremos. Ahora la llevaré a un lugar mejor.

Y el comisario le dio órdenes a Paolini para que precintaran el piso y pusieran en marcha las investigaciones pertinentes.

3

LA SÁBANA

He vuelto a estas tierras moldeadas por la belleza de sus entrañas durante milenios. Una belleza que nace de lo más profundo para explotar y generar un mundo nuevo. Una tierra olvidada y desconocida por muchos, un secreto del Mediterráneo, un canto a la vida y a la muerte.

Una tierra que esconde obras de arte nacidas de la destrucción. La más bella, la más decadente, la perla secreta en medio de este mar donde la vida y la muerte convivieron durante siglos.

Un lugar donde el placer por la belleza decae hasta crear un nuevo orden, una belleza olvidada, el gusto por lo que fue y ya solo es pasado, el ocaso de una sociedad rica que supo apreciar el lado majestuoso de un arte que un día existió.

Estoy ya en casa, donde proliferan obras de arte, donde el Barroco fue un estilo de vida más que un estilo artístico.

Yo soy como el Barroco de mi tierra, decadente, tardío y retorcido. Quiero mostrarle al mundo cuantas obras se esconden aquí. Soy los ojos que ven tanta belleza, se me estremece el alma al contemplar estas obras únicas, no puedo dejar de ser como ellas y crear otras de nuevas.

Soy el nuevo maestro de estas tierras, quiero que el mundo sepa de mí y de quienes me llevaron a ser en lo que me he convertido.

Soy el nuevo maestro del Barroco tardío.

Estoy iluminado por una luz divina.

Soy un illuminati del arte.

* * *

La actividad continuaba en la comisaría a aquella hora de la madrugada. El ritmo era más pausado, como si estuvieran en el minuto siguiente a una catarsis, un momento de calma tras liberar a Adriana de aquel monstruo a quien no habían apresado todavía.

El comisario Carlo Marini se sentía satisfecho: la joven historiadora del arte estaba viva, estaba con ellos. No se habría perdonado jamás encontrársela sin vida aquella noche.

No quiso perturbarla con preguntas sobre lo que había sucedido en las últimas horas, tan solo quiso asegurarse de que ella se sentía bien, de que recuperase esa chispa de vida que la hacía tan bella, tan especial.

Adriana recobró la tranquilidad mientras tomaba una bebida caliente que le

habían traído de fuera de la comisaria. Paolini ya había vuelto después de dejar aquella nauseabunda casa en manos de la policía científica para que hicieran su trabajo.

Todos observaban a Adriana mientras esta parecía recuperarse del gran susto de esa noche.

Luego empezó a hablar, lentamente, como si las palabras costaran de salir de aquellos labios finos y bellos.

—Gracias, comisario.

Y una lágrima cayó tenuemente con sus palabras de agradecimiento.

El comisario la observaba en silencio. No quería que ella se sintiera incómoda, pues aquello no era un interrogatorio. Parecía tratarla como un verdadero caballero, cosa que no era muy frecuente en él.

—Era una mujer. ¿Me cree? —prosiguió Adriana—. Lo sé. Perdón. Lo intuyo.

Las frases de Adriana eran cortas pero claras. El comisario se lo agradeciera, aunque no terminaba de creer en lo que ella contaba.

—¿Puedo ver otra vez el vídeo que filmó Totò en Piazza Barberini?

—¿Está segura de querer verlo? No sé si es el momento oportuno...

—Sí. Cuanto antes, mejor. Imagínese cuántas barbaridades puede hacer si no la cogen ustedes.

—Está bien. Ahora mismo se lo traigo.

Y Adriana dio un pequeño sorbo al té con una rodaja de limón que sujetaba entre las manos. Giorgia Mirante la miraba de lejos con recelo. ¿Estaría interesada ella en el comisario y trabajando en la misma comisaría no se atrevía a decírselo?

El comisario Marini se lo pensó dos veces antes de reproducir el vídeo. Luego cedió ante la súplica de la joven y le dio al *Play*.

Se volvió a ver lo que Totò filmaba mientras su mano se movía de lado a lado y enfocaba la Fontana del Tritone. Luego giraba dando media vuelta. Se veía al comisario, al doctor Ciro Cappuccio y al encapuchado que hacía un gesto con la mano y daba marcha atrás.

—¡Pare! —gritó Adriana.

El comisario se llevó tal sobresalto que no atinó a congelar la imagen. Tuvo que rebobinar un par de segundos. Luego volvió a reproducir el vídeo.

—¿Lo ve? ¡Es una mujer!

—Dios mío, ¿dónde ve usted eso? Yo no veo nada de femenino en ese ser.

—Utiliza ropa muy ancha de forma premeditada, pero al girarse se puede intuir un pecho. ¿Es que no lo ve?

—No. Pero usted ha tenido la desgracia de estar junto a ese ser despreciable. ¿Le ha parecido que es una mujer? ¿Le vio la cara?

—No se la vi bien, pero intuyo que es de mujer. Oculta por completo su identidad porque no se siente a gusto consigo misma. Como le dije el otro día, tiene un gran complejo, comisario, y una baja autoestima aunque su comportamiento sea

megalómano.

—En resumen, que es una mujer, tal vez fea. Así oculta su rostro y comete crímenes en nombre de la belleza, del arte barroco.

—Exacto.

—¿La oyó hablar?

—Tan solo una frase, y en latín. Me quedé tan sorprendida que el miedo pudo conmigo y callé.

—¿Qué le dijo?

—Se despidió de mí. Señor comisario, quien haya cometido estos asesinatos no es una persona corriente. Posee una cultura impresionante, pero su mente está enferma. La oí reír cuando me llevaba en su furgoneta, y el sonido de su regocijo parecía venir del mismísimo infierno. Lo más seguro es que padezca algún trastorno psicótico.

—No entiendo por qué la eligió a usted.

—Yo sí. Me fue llevando por diversas plazas barrocas de Roma mientras me tenía secuestrada. Luego cambió el rumbo hacia Villa Borghese...

Adriana guardó silencio como si quisiera restarse méritos por algo que pensaba pero quizás era no mejor compartir.

—Continúe, por favor.

—Está bien. Estacionó la furgoneta delante de la Galería Borghese... porque intentó crear una nueva obra.

—No entiendo —dijo el comisario.

—Allí se exhibe una obra de Bernini, *El rapto de Proserpina*. Quería imitar otra genialidad esculpida por el gran maestro. Pero aquello estaba lleno de policías. Noté enseguida cómo la impotencia acrecentaba su furia.

—¡Dios mío! Si no hubiéramos puesto vigilancia allí...

El comisario no quiso acabar la frase.

—Me habría convertido en su tercera obra de arte macabra, comisario. Gracias de nuevo. Créame si le digo que me siento muy feliz de estar entre ustedes. Me siento viva, y hace unas horas estaba convencida de que todo iba a acabar. Comisario..., el asesino sabe mucho de arte. ¿Cuántas personas sabrían que el *El rapto de Proserpina* se muestra al mundo en aquella galería?

—¿Qué me quiere decir con eso? ¿Volvemos a buscar por las facultades de historia del arte?

—Sí. Pero no lo haga muy lejos. Vuelvan a hacerlo donde yo estudié. Creo que el asesino o asesina ya me conoce de antes... y yo también tengo la sensación de conocerlo, aunque no sé exactamente quién es.

El comisario se mesó los cabellos negros como la primera noche en que le molestaron para que fuera de inmediato a Piazza Barberini. Pensó que, aunque habían hecho ciertos avances en la investigación, iban muy perdidos, y mientras tanto, aquel asesino andaba suelto y se había cobrado tres vidas.

Seguía sin asimilar que no pudiera discutir con el doctor Cappuccio por asuntos

de trabajo. Añoraba las pullas que se lanzaban mutuamente desde el corazón de sus respectivas y tristes vidas.

Adriana parecía más tranquila. Comenzaba a acostumbrarse a aquel grupo de policías; ya eran casi como una nueva familia. Pese a su belleza y buen carácter, la joven no era muy sociable, y llevaba una vida bastante solitaria desde que llegó a la capital, procedente de su Palermo natal.

Descubrió el gusto por el arte en la ciudad de su infancia, entre plazas como la de Quattro Canti. Allí el Barroco había puesto sus primeras piedras imitando el estilo que se empleaba en Roma. Era aquel Barroco temprano la que le llevó después a estudiarlo, primero un año en Perugia y luego en la Ciudad Eterna, donde se había quedado.

Aunque su ciudad adoptiva le gustaba, sentía a veces la nostalgia de una tierra donde la decadencia de lo bello solía pasarle desapercibida incluso a la gente del lugar.

Por un momento le vino a la mente la Chiesa del Gesù de Palermo, tan bella, tan barroca, como una danza festiva en movimiento permanente. Todo bajo el ostensible signo de la cruz que se convertía en un estandarte jubilario de la ganas de vivir. Como las que estaba recuperando Adriana después de aquella experiencia en el transcurso de la cual llegó a imaginarse su propia muerte.

Un viejo reloj de la comisaria de Montesacro-Talenti marcó las tres de la madrugada, y el comisario decidió que ya eran demasiadas emociones y esfuerzos para aquel día.

Se ofreció a llevar a Adriana en su Fiat 500 L hasta su casa. Allí la historiadora del arte se mostró menos esquiva que otras veces. Tal vez se sentía demasiado insegura y vulnerable. Necesitaba protección. Invitó al comisario a que entrara en su casa y tuvo la valentía de indicarle el lugar donde el Ser Imperfecto había aparcado su furgoneta oscura.

Carlo Marini tomó nota de ello, por si alguna de las cámaras de seguridad de aquella calle hubiera grabado imágenes del vehículo que usaba el asesino. Al mismo tiempo, pensaba en la posible identidad de este.

«Quizás ella tenga razón y el asesino sea una mujer, pero entonces deben de ser dos personas. Recuerdo perfectamente que Cappuccio dijo que habían violado a la primera víctima. O son dos personas, hombre y mujer, o el asesino es solo un hombre que se camufla muy bien incluso cuando las cámaras lo graban».

Ya estaban en el apartamento. Adriana le ofreció al comisario algo de beber. Lo único que le apetecía a aquellas horas era agua bien fría. Siguieron charlando de manera más distendida sobre un largo sofá. A veces la conversación escapaba de lo que había sucedido en las últimas horas y se adentraba en un terreno más personal, un camino inexplorado por ambos.

El comisario percibió entonces de que algo destacaba en la camiseta de manga corta que Adriana llevaba puesta.

—¿Le hizo alguna herida ese desgraciado? Eso que destaca ahí abajo, en un extremo de su camiseta, parece una gota de sangre.

—Aunque me zarandeó con violencia y me oprimió la boca para que no gritara, no me hirió en ningún momento.

Y Adriana se miró a un costado sorprendida del detalle que el comisario acababa de descubrir. Pero le pareció normal porque sabía que estaba siempre pendiente de ella.

En efecto, una mancha que asemejaba a una gota de sangre lucía en el borde de la camiseta como si ocultase la identidad de alguien.

—Se me olvidó decirte una cosa. —Era la primera vez en que Adriana tuteaba al comisario—. Mientras intentaba amordazarme, le solté un mordisco feroz en la mano. Esa sangre no es mía, sino de ella.

—Pues lo siento, pero puede ser una prueba importante...

Y Carlo Marini no pudo acabar la frase, porque, con toda la naturalidad del mundo, Adriana se liberó de la camiseta y él pudo ver una lencería negra que cubría unos senos bellos y generosos.

Le lanzó la camiseta y cruzó el pasillo camino del baño.

De lejos, Carlo Marini pudo oír:

—Espéreme.

Pero no todo parecía tan jovial. Adriana se despojó de la ropa que le quedaba y el agua caliente de la ducha se mezcló con sus lágrimas. La tensión acumulada había sido demasiada, y lloraba sin consuelo. Pensó en aquel ser que la había secuestrado, recordaba su respiración, y sus manos fuertes cuando la amordazó. Sintió asco y tuvo la necesidad de seguir limpiando su cuerpo para que este se olvidara de quien lo había tocado. Pensó en la gota de sangre que se le había quedado pegada a la camiseta. Siguió frotándose con fuerza por todo su cuerpo para sentirse limpia, liberada de aquel bicho asesino que había tenido la osadía de secuestrarla. El pensar que quien había profanado su libertad podría haber sido un colega de facultad le producía una sensación nauseabunda. Lanzó una arcada sobre el suelo de la bañera, pero logró contenerse. Le llegaba una sensación de alivio a medida que el agua caliente seguía deslizándose por su cuerpo.

Cuando las lágrimas y el agua de la ducha cesaron, secó su hermoso cuerpo con delicadeza. Lo cubrió con un albornoz, y su cabello negro con una toalla blanca. Su estado de ánimo mejoró de un momento para otro. Había limpiado todo lo malo, pero tenía una cuenta pendiente: ayudar a atrapar al desalmado ser que mataba en nombre del arte.

Volvió al salón como si no hubiera derramado una lágrima. Se acurrucó junto al comisario y le dijo en tono de broma:

—Eres un rufián.

El comisario se pasó el resto de la noche intentando dormir solo en aquel sofá. Adriana le había pedido que se quedase, porque así se sentía más segura.

Allí tumbado, Carlo Marini no pegó ojo. Su mente se perdía entre pensamientos libres que le venían continuamente. Unas veces era Adriana quien ocupaba esos espacios en su mente, y otras, el ser incalificable que tenía a la ciudad en alerta.

Cuando el alba pareció llegar a la ciudad, Carlo Marini consiguió echar una pequeña cabezadita, insuficiente para aplacar toda la tensión acumulada en las últimas veinticuatro horas.

* * *

Llevaba tanto tiempo fuera de casa que aquellas tierras le parecieron extrañas. Le costó orientarse a pesar de que la gran montaña estaba allí, mostrándose poderosa y desafiante. Cuando se dio cuenta, la furgoneta empezó a subir y las rampas a empinarse en un paisaje agreste. Poco después el color cambió y se tornó negro, como el de las piedras volcánicas que formaban el Etna, que aquel día parecía estar en calma.

El Etna era, para el Ser Imperfecto, como la fuente de creación de vida y belleza de toda la isla. Cuando el volcán más activo de Europa rugía, creaba un nuevo orden, como había hecho en 1693, cuando destruyó numerosas ciudades y pueblos. Así nació el Barroco siciliano, de la necesidad de construir nuevos palacios, iglesias y casas con balcones de balaustradas de hierro con formas curvas.

Los arquitectos sicilianos tuvieron la oportunidad de recrear un arte más sofisticado, que ya había ganado popularidad en la Italia continental. Antes de llegar al ecuador del siguiente siglo, los sicilianos ya habían desarrollado la confianza en el uso de este arte.

Durante el dominio español, Sicilia fue gobernada por una aristocracia hedonista y extravagante. Fue esta la que costeó en su mayor parte el nacimiento de un nuevo orden en el Barroco, el siciliano, más retorcido y lleno de florituras.

La piedra volcánica del Etna se usó para efectuar decoraciones con contrastes donde predominaban las luces y las sombras.

La furgoneta llegó por fin al Refugio de la Sapienza del volcán Etna.

Todo encaja. Estudiar Historia del Arte en la Universidad de la Sapienza. Venir a este refugio con el mismo nombre, esta montaña es creadora de destrucción y vida, de arte, se dijo el Ser Imperfecto, convencido de lo que pensaba y de cuáles eran sus propósitos.

Al salir no se cubrió la cara como solía hacer últimamente. Dejó que el aire fresco y limpio de las alturas le diera en la cara. Hizo una honda y larga respiración. El Etna era todavía inalcanzable hasta su cumbre si no se cogía un funicular.

El Ser Imperfecto desistió. Lo único que quería era contemplar el volcán. Luego se liberó de su mochila vacía y empezó a cargarla de piedras negras volcánicas de diferentes tamaños. Mientras hacía eso, reía y se sentía el amo del mundo.

Y decidieron ir juntos hasta la Facultad de Historia de la Universidad de la Sapienza, pero antes pasaron un momento por la comisaría. Carlo Marini dejó la camiseta manchada con una gota de sangre para que la analizaran.

«Esta noche ha pasado algo, esto no es normal», pensaron los policías en cuanto vieron la sintonía que existía entre Adriana y el comisario.

Paolini se los quedó mirando mientras volvía a llamar al puerto de Gioia Tauro. Por fin pudo hablar con uno de los estibadores y con un miembro de la Guardia di Finanza.

El contenedor que provenía de Colombia no solo había descargado el pescado congelado que ocultaba cocaína en cada uno de los peces que portaba. El estibador le contó que también se había descargado una última valija bastante pesada. Al preguntarle si la persona que la había recogido era hombre o mujer, el estibador contestó que le pareció hombre, pero no por la voz ni por haberle visto el rostro, sino por la tremenda fuerza que poseía. Tanta, que declinó la ayuda que le ofrecían para llevar el cargamento hasta la furgoneta oscura que había aparcado a unos metros. El estibador sí recordaba que aquel individuo llevaba una capucha; así pues, era él, o ella, la persona a quien estaban buscando.

Paolini iba anotando datos. Luego preguntó por el albarán y el nombre de la persona que había ido a recogerlo. Seguía con las anotaciones. De todos modos, ¿quién iba a dar su verdadero nombre, teniendo en cuenta la cantidad de atrocidades que iba acumulando?

Se interesó por la firma en el albarán. Pidió que la escaneasen y se la remitiesen por correo electrónico. Quizás un grafólogo descubriría más de aquella mente perturbada. Incluso pensó si también un experto podría distinguir por la letra el sexo de quien escribe.

Mientras Paolini no descansaba ni un momento, la extraña pareja iban rumbo a la universidad en el Fiat 500 L. De vez en cuando Adriana le soltaba una sonrisa pícaro y el comisario ponía cara de embobado y sorprendido.

La autoridad que le daba ser policía fue suficiente para que en la universidad volvieran a facilitar el acceso a sus archivos. La nueva búsqueda de antiguos alumnos fueran hombres o mujeres había comenzado. Esta vez era Adriana quien dirigía, quien descartaba, quien utilizaba su intuición en vez del instinto policial del comisario.

Carlo Marini observaba cómo Adriana se perdía entre fichas de antiguos alumnos.

—¿Estás buscando sólo mujeres? —y fue la primera vez en que la tuteó.

—Por supuesto.

—¿Y si se trata de una pareja? Hombre y mujer. Ambos con capucha si quieres...

—De eso nada. Quien me raptó a mí fue solo una persona. Y después se despidió de mí. Esa es la persona que ha cometido los crímenes.

Adriana Rizzo eligió entre un montón de personas, de diferentes promociones. Comenzó a recordar caras que su joven memoria ya había olvidado.

Intentó crear un perfil imaginario de la persona a quien buscaba: un rostro de mujer, tal vez no muy agraciada físicamente, aunque no descartaba lo contrario. Inteligente y con magníficas calificaciones, pues el hecho de ser psicópata no implicaba lo contrario.

Una vez establecida esta base, la intuición hizo el resto. Y de ese modo se puso a eliminar condiscípulos. Como si su mente fuese como un colador. Algunos nombres entraban y otros se perdían para siempre. Redujo el número a tres. Luego analizó con detalle el historial académico de cada uno. De aquellas tres estudiantes, había una que conseguía las mejores notas en Latín e Historia del Arte Barroco.

«¿Cómo no había recordado antes esta cara?», pensó Adriana, y se dio cuenta que una de sus excompañeras de facultad era la sospechosa número uno para ella, pese a que no se habían relacionado nada en el pasado.

—Gabriella Nifosì. ¡Es esta!

—Pero ¿cómo has llegado a esa conclusión? ¡Esto no es nada científico!

—Ya lo sé. Pero hazme caso, o si no...

—Si no, ¿qué? —le replicó Carlo Marini.

—Te vas a quedar sin postre —y se echó a reír.

De repente, el comisario Carlo Marini pareció tomarse aquel nombre más en serio, aunque sus motivaciones eran más personales que profesionales.

Llamó a Paolini y le dio aquel nombre de mujer. Este, a su vez, le dio otro nombre masculino que habían escrito en un albarán del puerto de Gioia Tauro.

Ambos entablaron una discusión tremenda. El uno acusaba al otro de llevar las investigaciones al terreno personal. El comisario entendía muy bien de qué le acusaba Paolini. El vencedor fue el comisario, como casi siempre, aunque no por sus argumentos sino más bien por abuso de poder.

Ya investigaban el nombre que Adriana había sacado de los archivos, así como la firma escaneada del albarán. La joven profesora se fue contenta de su facultad, no la extrañaba nada y se despidió con una sonrisa falsa de su jefa de estudios que le devolvió una sonrisa equívoca.

* * *

Cristina Tomarchio frecuentaba el Pegaso's Circus, una discoteca de ambiente de Catania. Era una mujer joven y hermosa que no escondía su condición de lesbiana. Su cuerpo alto y estilizado resaltaba con un rostro bello de ojos verdes y una melena ondulada a camino entre el rubio y un castaño claro.

Era una noche de sábado del mes de junio, y Cristina bailaba en la pista de la discoteca movida por el alcohol y las ganas de divertirse. Eso era lo único que le importaba, pasárselo bien. Ni siquiera pensaba en encontrar pareja en un lugar ideal

como aquel.

Fue hacia la barra cuando el cansancio y la sed hicieron mella en ella. El Ser Imperfecto la esperaba allí, como un depredador. No había capucha ni sudadera que afearan su belleza. El Ser Imperfecto mostraba desde aquella barra del bar sus cabellos largos, su rostro femenino, maquillado y cuidado. Se podía decir que el Ser Imperfecto era en realidad una persona tocada por la belleza, podía atraer a quien se propusiese. También modulaba la voz con inteligencia, en función de las necesidades.

Cristina detuvo la mirada en la persona que llevaba unos minutos observándola. Le hizo un gesto desde el otro lado de la barra, como si quisiera compartir el cóctel que estaba bebiendo. El Ser Imperfecto sonrió adornado en aquel vestido lleno de feminidad y elegancia.

Poco después se le acercó, como los depredadores hacen con sus presas. Las primeras palabras se combinaron con sonrisas.

Es muy bella. Es ideal para una obra de arte. Yo soy el nuevo maestro del Barroco. Estoy iluminado por una luz divina para crear nuevas obras. Soy un illuminati del arte. Esta muchacha es parte de mi obra, de la gran obra que estoy construyendo. Esta tarea me ha sido concedida por el don que poseo. Soy la dualidad hecha belleza. El mundo descubrirá quién soy y en quien me he convertido. Vengaré tanta incompreensión y humillación cometidas contra mí. Nací para cambiarlo todo, incluido yo mismo.

La charla se prolongó y las risas aumentaron. El interés de Cristina por aquel ser malvado se disparó peligrosamente. La presa estaba cayendo sin saberlo. Minutos después, dejaban la discoteca. En esta ocasión no necesitó su furgoneta. Se alejaron del centro en dirección a un piso en un bloque de edificios donde el Ser Imperfecto se había alojado por el momento. El rigor de la obra que pretendía llevar a cabo le obligaba a cambiar de escenario, posiblemente cada vez más de lo que pensaba.

Cristina probó los labios del Ser Imperfecto y le supieron a miel. Entonces la joven de Catania supo que quería pasar la noche con la persona desconocida que la llevaba a su guarida, algo tétrica e improvisada.

La única habitación que tenía aquel viejo apartamento situado en lo alto de un bloque de edificios de principios del siglo pasado era el lugar donde iban a consumir un acto de amor, o un acto lleno de belleza delirante y violenta.

La joven Cristina no quiso perder el tiempo: se desnudó y se quedó tumbada sobre una cama iluminada por una pobre luz. El Ser Imperfecto se fue al baño un momento. Volvió de él con tan solo un albornoz y algo oculto en la mano derecha.

Cristina se puso a cuatro patas para mostrar un sexo pequeño y depilado. El Ser Imperfecto la cogió por detrás. Con la mano izquierda le agarraba los pechos, y con la derecha apretaba un objeto con mucha energía. Empezó a forzar a Cristina analmente contra su voluntad. Cuando se dio cuenta de que se resistía, el Ser Imperfecto le tapó la boca para que no chillara. Continuó así durante más de un minuto. De la mano derecha del Ser Imperfecto surgió un objeto contundente que golpeó a Cristina en la

cabeza con muchísima fuerza. Fue un golpe seco y mortal. La sangre manaba como cuando un volcán explota. Marcó una letra T en la espalda de Cristina con el mismo objeto con que la había matado. La fina piel de Cristina sufrió la agresiva erosión de una fuerza salvaje de la naturaleza.

El Ser Imperfecto se fue a la ducha. Se quitó el albornoz y dejó que el agua fría le cayera por el cuerpo, por sus pechos redondos, por su sexo, y por el objeto que el Etna le había proporcionado y ahora se había cubierto de sangre. Lo limpió también.

Para toda obra de arte hay que hacer sacrificios. Yo he sido iluminado para seguir el camino correcto.

El Ser Imperfecto se secó y vistió como solía hacerlo cuando realizaba sus acciones más siniestras. Pantalones anchos. Una camiseta y una sudadera gris. Se cubrió la cabeza con la capucha. La dualidad de su ser también se manifestaba al vestirse, no era un mero recurso para no ser descubierto.

Envolvió el cuerpo sin vida de la muchacha en una sábana limpia y lo cargó a las espaldas. Era bien entrada la madrugada, y las calles estaban desiertas en aquella barriada pobre y alejada del centro.

La furgoneta volvió a cargar con el peso de otro cadáver apenas unos pocos días después. El Ser Imperfecto tomó rumbo hacia el centro, donde las obras de arte proliferaban.

Aminoró la marcha cuando supo que estaba llegando, y al mismo tiempo aumentó su excitación.

Esta será mi primera obra desde que he vuelto a casa. Quiero mostrarle al mundo cuánta belleza nace de aquí. Me sumo a quienes hace unos siglos alimentaron sus ansias con esculturas que permanecerán eternas. También me sumo a quienes reinventaron la arquitectura con maestría y por necesidad: yo también soy un constructor, estoy en el último y más alto escalón. Soy el illuminati de un nuevo arte que renace, soy la metamorfosis, el cambio hacia un nuevo orden. Respeto a los grandes maestros, pero les supero: el Barroco en este nuevo siglo está en proceso de metamorfosis, una mutación que requiere de vidas y de muertes.

La furgoneta se detuvo en la Piazza del Duomo, en una esquina, junto a una fuente: la Fontana dell'Amenano. Llevó a cuestas el cuerpo de aquella vida sacrificada en nombre del arte. Se aproximó a unas rejas de hierro forjado que custodiaban la fuente y finalizaban en unas puntas afiladas.

Valiéndose de su fuerza descomunal, el Ser Imperfecto salvó la reja mientras sostenía sobre los hombros el cadáver de la joven. Puso los pies sobre un extremo de la base de la fuente. Vio las esculturas de la fuente. En lo alto, un joven vertía agua desde un cuerno de la abundancia. A ambos lados, dos tritones hacían lo mismo. El agua llenaba la gran bañera con el borde abombado que el maestro napolitano Tito Angelini había esculpido en piedra en 1867.

El agua llevaba casi un siglo y medio cayendo desde aquella bañera sobre el propio río que daba nombre a la fuente y producía un efecto cascada que asemejaba

una sábana. Los sicilianos lo llamaban *Acqua O' Linzolu*.

El Ser Imperfecto dejó el cuerpo de la joven cubierto por la sábana en el borde de la bañera de piedra. La tela se empezó a mojar. Del cuerpo sin vida de Cristina también caían gotas cada vez más intensas. Se creó otro efecto cascada similar. Pareció emanar la sensación de una nueva sábana en movimiento. El agua seguía su mismo curso, y se perdía en el río Amenano.

Miró aquella fuente y dijo:

—*Gutta cavat lapidem, non vi, sed saepe cadendo.*

Con ello quería recordar que las gotas no horadan las piedras por su fuerza sino por su constancia al caer.

Mi tercera obra está acabada. Quizás será considerada una obra menor, como la de quien esculpió estas esculturas. Amo la belleza de esta fuente. Está llena de vida, el movimiento retorcido de su obra y del agua en su caída libre es imprevisible, como mi mente divina.

* * *

Los informes comenzaron a llegar a la comisaría de Montesacro-Talenti la misma mañana en que se descubrió un cadáver en Catania; en concreto, en la Fontana dell'Amedano.

El primero de ellos era un peritaje caligráfico de la firma del supuesto Asesino del Barroco. La policía empleaba este recurso en criminalística con el propósito de comparar escritos y determinar.

Las conclusiones periciales eran breves pero claras:

Si se analizaban los vectores de la escritura del sospechoso, se comprobaba una inclinación extrema a la izquierda, lo que indicaba inhibición, represión, egocentrismo y la contemplación del pasado.

Los pocos y casi imperceptibles trazos a la derecha denotaban una pasión por la creación.

De los vectores arriba y abajo solo destacaba el primero. El misticismo, la exaltación y la ambición de poder resaltaban sobre lo demás. Solo un detalle podía verse en una inclinación en el vector situado hacia abajo: la excitación.

En cuanto a la petición que había hecho Paolini de averiguar, si fuera posible, el sexo del investigado, la respuesta era contundente: existía una dualidad poco común que hacía imposible saber si era hombre o mujer. La firma admitía ambas posibilidades, con una ligera tendencia a supeditar lo masculino a lo femenino.

El informe caligráfico forense de la policía científica finalizaba con una conclusión alarmante: la persona de la firma analizada sufría trastornos delirantes y megalómanos, o bien innatos, o bien generados con el tiempo, y fruto de unas conductas desviadas cuyo origen era imposible discernir.

Los informes se le amontonaban a Paolini mientras leía aquello. Ya tenía otros

dos informes esperándolo.

El segundo era conciso y más claro que el primero. Una vez analizada la mancha de sangre de aquella camiseta no pudo hallarse ninguna coincidencia con las bases de datos que poseían la policía y los demás cuerpos de seguridad del Estado Italiano. Conclusión: la mancha de sangre no pertenecía a ningún individuo fichado. Lo más probable era que el autor fuera un nuevo asesino, salvo que llevara más tiempo haciéndolo y no se hubieran percatado de algunas coincidencias con otros crímenes no resueltos. Esa era una posibilidad bastante remota, dadas las peculiaridades de los últimos asesinatos en serie.

Paolini se sentía frustrado con los dos primeros informes. Ninguno de ellos aportaba nada nuevo. Necesitaban información del asesino y no la estaban consiguiendo.

El tercer informe procedía del Cuerpo de *Carabinieri*. Paolini lo leyó con atención. Puso cara de asombro: el historial de Gabriella Nifosì apenas abarcaba los últimos diez años. Aparecía en la Facultad de Historia y en diferentes lugares nada sospechosos. En cuanto a su infancia y juventud, el informe solo mostraba el resto de un folio en blanco.

Paolini, siempre receloso de los *carabinieri*, no podía saber que estos habían ocultado información.

Aquellos tres informes le parecieron una manera tontísima de perder el tiempo de buena mañana. Los otros compañeros empezaron a llenar la comisaría mientras él terminaba de desperezarse. El sonido estridente del teléfono lo sacó de su paz interior.

La voz del fiscal general del Estado se oyó al otro extremo. Paolini notó de repente un sudor frío. Le acababan de comunicar de la existencia de una nueva víctima. Un asesinato con características similares se había producido en Sicilia; en concreto, en una de sus fuentes.

El fiscal general usaba un tono de voz elevado y colérico. Se quejaba de los escasos resultados de la *Polizia di Stato* en aquellos crímenes. Se imponían los hechos consumados: los *carabinieri* y la policía trabajarían de manera conjunta a partir de aquel momento. Lo estaban presionando desde muy arriba, y exigía resultados inmediatos.

Preguntó por el comisario Carlo Marini y prorrumpió en insultos y amenazas cuando le comunicaron que no se encontraba en la comisaría.

Paolini intentó calmarlo, pero el fiscal volvió a la carga. Tenían preparado un plan de choque inmediato. Un pequeño avión militar los estaba esperando en el aeropuerto de Ciampino. En él irían el comisario, Paolini, Adriana y un *carabiniere*. El fiscal colgó el auricular hecho una furia después de haberle dado al policía tan solo una hora para reunir a todos los convocados. Si no lo conseguía, el propio puesto de trabajo de Paolini estaba en el aire.

—¿Dónde se ha metido, comisario? ¡Estamos metidos en un buen lío! —se le oyó exclamar a Paolini por teléfono.

—Ahora mismo llego a la comisaría. ¿Ya me estás jodiendo a estas horas, Paolini?

—Acaba de llamar el fiscal general. Esta noche se ha cometido un nuevo crimen, pero en Catania. No podemos perder tiempo. Quédese en el automóvil cuando llegue a la comisaría.

Marini no entendía nada. Cinco minutos después, Paolini lo esperaba en la puerta de la comisaría con gesto demudado. Entró en el Fiat 500 L sin darle tiempo ni a detener el motor.

Le ordenó que fuera directo a casa de Adriana a recogerla. Por el camino le fue explicando las nuevas órdenes dadas desde más arriba, así como los escasos avances que suponían los informes.

Roma se había levantado con un atasco monumental, y al comisario no le quedó otra opción que sacar la sirena que usaba muy de vez en cuando para abrirse paso.

Durante el trayecto avisaron por teléfono a Adriana para que estuviera preparada porque iban a viajar cerca de su tierra natal, Sicilia, ya que el asesino había vuelto a matar.

Adriana se despojó de su ligero pijama estival, se dio una ducha veloz y empezó a colocar lo que le pareció más necesario en un equipaje de mano. Justo cuando cerraba la cremallera sonó el timbre de la puerta de abajo. Un minuto después, Carlo Marini estaba en la puerta resoplando.

—¿Estás lista? —se le oyó decir con voz entrecortada.

—Sí.

Y ambos bajaron las escaleras lo más rápido posible.

—¿Cuánto tiempo nos queda, Paolini? —preguntó angustiado.

—Apenas media hora.

El Fiat 500 L se dirigió a la *tangenziale* que bordeaba todo el perímetro de Roma. Se dirigían al Aeropuerto de Ciampino, situado al sudeste de la ciudad. Entraron zumbando por una pista reservada al Ministerio de Defensa que poca gente conocía.

A lo lejos los esperaba un avión de tamaño mediano. El comisario resoplaba aliviado. Adriana no paraba de hacerle preguntas a Paolini. La última se refería a la fuente donde el asesino había escenificado esta vez su macabra obra.

Paolini fue incapaz de contestar: no conseguía recordarlo, entre los nervios y que el nombre le resultaba extraño. La parte trasera del avión se abrió por completo y una gran rampa apareció a sus pies. Por ella bajó el comandante de la nave y les dio la bienvenida.

—Buenos días, comisario. Estamos preparados para llevarlos hasta Catania ahora mismo —dijo en tono serio.

De detrás del comandante emergió una sombra que reconocieron de inmediato.

—Bu... Buenos días, *Dottore*.

Y la figura rechoncha de Totò se cuadró haciendo un saludo militar entre ridículo e innecesario.

Empezaron a subir por la rampa. El disgusto de alguno de los pasajeros por la presencia de Totò era patente.

—La fuente de la sábana —dijo de repente Paolini mientras la rampa se iba cerrando lentamente.

—¿Cómo? —preguntó Adriana.

—Una fuente con una sábana..., pero no recuerdo bien el nombre.

—¿Fontana *Acqua O' Linzolu*?

—Exacto.

—Ese es el nombre coloquial que le damos los sicilianos, pero no recuerdo el verdadero —le explicó mientras los motores rugían. Adriana se llevó la mano al móvil como queriendo usarlo.

Intentaba buscar información en internet sobre aquella fuente. Lo único que recordaba de ella era que la había visitado de pequeña. El copiloto le prohibió usar el móvil, y Adriana tuvo que cerrarlo a regañadientes.

El avión estaba ganando velocidad por la pista. Uno de los pasajeros parecía más nervioso que los demás. La aeronave dejó tierra y se elevó. En ese momento, Totò dio un grito descomunal.

—¿Qué coño le pasa, Totó? —rugió el comisario, mosqueado—. ¿Es qué nunca ha viajado en avión?

—No, *Dottore*. No he cogido un avión en la vida, y me dan pánico.

—¿Por qué no le dijo eso a su superior, hombre de Dios?

—¿Decirle que nunca he cogido un avión?

—¡No! ¡Decirle que no está preparado mentalmente para ello!

«Ni para ninguna otra cosa», quiso añadir.

El comisario se acercó con sigilo a Paolini y le susurró:

—Este tipo debe de tener un enchufe muy gordo. Es un zopenco total y ya lo ves, volando hacia Sicilia para solucionar el caso que tiene a Italia pegada al televisor.

—Muy gordo, comisario, muy gordo, tanto como el perímetro de su barriga. ¿Qué pruebas físicas deben hacer en el Cuerpo de *Carabinieri* para que este inútil haya entrado?

—Al borrego este, ninguna. Aún recuerdo cuando decía que el asesino se santiguaba viendo la escena del crimen. ¿Se puede ser tan inepto?

—Cálmese, comisario, o le va a dar algo.

El avión viajaba ya a velocidad de crucero. Hacía un día despejado y sin nubes en el sur de Italia. Lo peor de la aeronave militar era la incomodidad, y el espacio de lado a lado parecía excesivo.

Paolini puso al día a Adriana. Le relató el contenido de los informes que había leído esa misma mañana. La historiadora hizo un gesto con el que daba a entender su incredulidad. Le parecía incomprensible que la policía fuese incapaz de hacer frente a alguien que ya se había cobrado cuatro vidas, contando la del forense.

Antes de llegar a la hora de viaje el avión empezó a bajar con suavidad. Totò

lanzó un segundo alarido de pánico. El comisario estuvo a punto de levantarse para reventarle la cabeza.

«No recuerdo ninguna fuente barroca con ese nombre. Quizás ya no sé qué joyas artísticas se esconden en mi tierra», iba pensando Adriana mientras se le destaponaban los oídos.

Por una de las ventanillas se podía ver en el horizonte el perfil de la isla. La voz del comandante les dijo que en diez minutos estarían en el aeropuerto de Fontanarossa-Catania.

«Más *fontanas*, hasta el nombre del aeropuerto —pensó Adriana—. ¿Por qué el asesino necesita teatralizar tanto sus crímenes?».

Cuando ya parecían sobrevolar Sicilia, Totò hizo otra de las suyas:

—*Dottore*, mo... ¡Montaña!

El grito exasperó al comisario, que al ver la cumbre del Etna no pudo evitar darle una bofetada al *carabiniere*.

—Es el volcán Etna, Totò —le explicó Paolini—, una montaña de más de tres kilómetros de altura —añadió, aunque no hizo sino aumentar el pánico de aquel tipo, que estaba entre lo cómico y lo absurdo.

—¡Vamos a estrellarnos contra ella! ¡Moriremos todos! —prosiguió el *carabiniere*.

—¡Totò, como no se calle, le suelto otra! —lo amenazó Marini.

El avión militar descendió. El gran volcán quedó a su derecha, y a la izquierda, el mar. Totò se agarró a su silla con fuerza sin saber qué le daba más miedo, una nueva bofetada del comisario o la idea de estrellarse. Se santiguó un momento como no lo había hecho el asesino días antes.

El tren de aterrizaje tomó tierra y la frenada fue tan larga que Totò cerró los ojos e imaginó, presa del pánico, que se topaban contra un gran muro y morirían todos.

El avión ya se movía por la pista con lentitud, girando suavemente a derecha y luego a izquierda. Estaban justo en un extremo del aeropuerto de Catania. Habían habilitado aquella zona para ellos. Un coche y una furgoneta de los *carabinieri* los esperaban.

La rampa se abrió y tras ella vieron a dos oficiales que les daban la bienvenida. Los condujeron hasta una furgoneta que llevaba los colores de los *carabinieri*, negro y una franja transversal roja.

No perdieron tiempo y se dirigieron al centro de la ciudad. Mientras, Adriana buscaba esa fuente por internet. Los lugareños la llamaban así porque parecía una sábana cuando el agua caía al río, pero en realidad se llamaba Fontana dell'Amenano.

Adriana forzó una sonrisa, sorprendida por lo que acaba de leer. Algo era algo, a pesar de la escasa información disponible.

La circulación por Catania era tan caótica que los *carabinieri* pusieron las sirenas e intentaron abrirse paso. Cuando llegaron a la Via Etnea consiguieron acelerar. Apenas tardaron unos minutos en llegar a la Piazza del Duomo. Estacionaron la

furgoneta y el coche junto a otros vehículos en la Fontana del Elefante, en el centro de la plaza.

En la otra punta de la plaza se ubicaba la fuente que los había llevado allí.

El grupo se juntó frente a una fuente precintada por los *carabinieri*. Habían retirado ya el cadáver encontrado por la mañana. Otro *carabiniere* le enseñó al comisario unas fotografías hechas hacía pocas horas.

Se podía ver una joven envuelta en una sábana y suspendida en el borde de aquella bañera de roca esculpida. En otras se veía con más detalle el cuerpo desnudo marcado con una letra T en la espalda, y con el cogote manchado completamente de sangre.

—Bueno —dijo el comisario Carlo Marini—, hemos venido aquí para apresar al Asesino del Barroco. Pónganse a trabajar todos.

—Sí, comisario —ironizó Adriana—, aunque habría que añadir que esta fuente es una obra menor de un artista llamado Tito Angelini. Pero no es barroca sino neoclásica. A un profano en la materia le podría parecer barroca e incluso bellísima, pero le faltan la exageración y el movimiento del Barroco. Estoy convencida de que el asesino no reparó en este detalle. Creo que está más obsesionado con matar que con escoger bien los lugares donde representar sus macabras obras.

* * *

Los *carabinieri* habían escogido a toda prisa el Palazzo San Demetrio para habilitar dos de sus amplias habitaciones a fin de darles alojamiento. Era un palacio situado en la Via Etnea con el cruce de Quattro Canti.

Se trataba de un ejemplo de la arquitectura tardo-barroca de la isla, y símbolo del resurgimiento de Catania después del terremoto de 1693. En él ya se apreciaban los *putti*, como llamaban los sicilianos a las figuras de querubines con expresiones alegres o malvadas que podían verse en balcones y fachadas de Catania y prácticamente en todo el sudeste de Sicilia.

Adriana se sintió cómoda y alegre a pesar de la tarea que la había llevado hasta allí. Paolini supo, en cuanto se dio cuenta de que iban a pernoctar en dos habitaciones improvisadas de aquel palacio, que le iba a tocar compartir habitación con el tonto del grupo. En cambio, el comisario pareció renacer con la noticia, como había hecho Catania después de 1693. Creyó que, a fin de cuentas, los *carabinieri* no lo hacían todo mal si eran capaces de alojarlos de aquella manera.

No obstante ese pensamiento, ningún alto oficial de ese cuerpo policial y a la vez militar se había dirigido a Carlo Marini como si fuera la autoridad competente. Se limitaron a saludarlo en el aeropuerto y darle alguna explicación frente a la Fontana dell'Amenano. Al comisario le daba la sensación de que lo ninguneaban, aunque no sabía exactamente por qué motivo.

A pesar de que la policía y los *carabinieri* habían tomado la ciudad de Catania,

estos ignoraban que el Ser Imperfecto ya no estaba allí. Había huido con la furgoneta, de la que planeaba deshacerse en cuanto pudiera, aunque no descartaba ocultarla en algún desolado lugar de aquella isla que conocía tan bien.

Dio la casualidad de que esa misma mañana los *carabinieri* intensificaron las búsquedas y dieron con los registros de la cámara de seguridad de un banco en la Via Etnea. A las tres y siete minutos de la madrugada se vio pasar una furgoneta oscura como la que suponían que usaba el asesino. La matrícula era CS539DL.

La Facultad de Medicina estaba literalmente a dos pasos de aquel palacio barroco. Llevaban parte de la mañana haciendo la autopsia. A la pobre infeliz la habían asesinado mediante un salvaje golpe en la nuca. La muerte había sido instantánea. El objeto utilizado era casi con total certeza una piedra de origen volcánico del Etna, pues habían encontrado restos de basalto incrustados en el cuero cabelludo de la joven. La autopsia añadía que habían forzado analmente a la víctima aunque no se habían hallado restos de semen ni de ninguna otra sustancia.

La marca en forma de T hallada en la espalda mostraba unas laceraciones hechas con la misma piedra volcánica, pero eran *post mortem*: no había restos de sangre, aunque sí hematomas a su alrededor.

«MET», pensó Carlo Marini cuando unió aquellas tres letras grabadas en distintas víctimas.

—¿Te dicen algo las tres letras que ha escrito el asesino? —le preguntó a Adriana.

—No. Pero podría ser un buen comienzo. Quiero decir... —dijo, a modo de disculpa, como si aplaudiera el plan macabro del asesino— que seguro que encontraremos lo que nos quiere decir el asesino. Pero desearía que lo cogieran antes de que vuelva a matar.

—Yo también lo deseo, con el añadido de que mi reputación y mi puesto de trabajo están en juego, por no decir también el del mindundi de Paolini, que es muy eficiente pero no es nadie en este mundo policial. Porque fíjate en una cosa: Totò está aquí como si fuera una eminencia a la hora de resolver asuntos policiales. No me digas que no está enchufado.

—Seguramente, pero es un tipo simpático que no le hace mal a nadie.

—Sí, es un bonachón tocapelotas. ¿Subimos al segundo piso? Parece que ya está todo dispuesto.

—Subamos —respondió Adriana, y esbozó una leve sonrisa.

Aquel palacio barroco convertido en hotel destacaba por su austeridad, aunque en la fachada proliferaban los detalles ornamentales, los giros de vuelta típicos de un arte que exaltaba las formas y el movimiento.

En el pasillo del segundo piso vieron una camarera de habitaciones que parecía haber acabado su trabajo. Marini se dirigió a ella con el tono soez e insolente que solía emplear a veces:

—Sí que se han tomado su tiempo para adecentar la habitación. ¿Acaso era necesario tenernos esperando tanto tiempo abajo?

—Señor, perdone. Ahora mismo acabo de hacer las camas. El problema es que el director dio la orden de cambiar la cama de matrimonio por dos individuales. Por lo visto no había ninguna habitación libre con dos camas y han tenido que traer otras de no se sabe dónde y cambiarlas por la que había. Con lo hermosa y amplia que era la cama de matrimonio de esta habitación.

A Marini se le torció el gesto. Adriana tuvo que contener una sonrisa.

Entraron y vieron que la habitación era como un reflejo especular del barroco catanés. Había unas paredes con tonos anaranjados y detalles en violeta en sus columnas, con un fresco pintado en la pared delante de la cual habían colocado las dos camas individuales.

Los muebles de la habitación también imitaban el estilo barroco. Sillones y sillas de porte bajo con tapizado de aspecto pesado en terciopelo o tefetán. El suelo cubierto de una moqueta color burdeos. Las cortinas y los cojines iban a juego con motivos arabescos.

Si se apartaba la cortina se descubría un amplio balcón con vistas a la céntrica Via di Sangiuliano.

Adriana dejó la maleta sobre el mobiliario de madera habilitado a tal efecto y le preguntó a Marini qué mudas pensaba ponerse en los siguientes días si aquello se alargaba más de lo esperado. El comisario respondió que ya había hecho una escueta llamada para que alguien de confianza fuera a su piso a recoger algo de ropa y se la mandara directamente a Catania por avión.

Probaron la dureza de los colchones y se quedaron mirando en silencio por un momento.

—¿Te habría gustado una sola cama muy grande? —preguntó Adriana, para su sorpresa.

—Sí —admitió el comisario, ruborizado—. Bueno, bajemos a la entrada. Aquí no tenemos nada que hacer.

Y de este modo pareció liberarse de la tensión que le había provocado la osadía de la brillante historiadora del arte, a quien algunos periódicos consideraban la única persona capaz de desenmascarar al personaje que estaba en boca de toda Italia: el Asesino del Barroco.

En el *hall* del Palazzo San Demetrio se encontraron con una visita inesperada. El *maresciallo* Roberto Grecco estaba allí, dispuesto a llevar la investigación del caso con la colaboración del grupo improvisado de cuatro personas a quienes el fiscal general del Estado había elegido a dedo.

—Buenos días, señor Marini. Nos volvemos a ver las caras al cabo de tan pocos días —le dijo al comisario en un tono que a este no le gustó.

—Pues sí. Pensaba que odiaba usted Sicilia.

—Y la odio, créame. Pero me han puesto al frente de los *carabinieri* para resolver este asunto, que es más delicado a cada día que pasa, y además está claro que cuento con la ayuda de ustedes —ironizó.

—Perdone la curiosidad, pero ¿el tal Totò es un miembro de su cuerpo policial? A mí me parece salido de un carnaval grotesco.

—Por supuesto que lo es. ¿Acaso le incomoda? Creo que lo han incluido en su grupo para que la comunicación entre la *Polizia di Stato* y los *carabinieri* sea fluida y total.

—¿Usted cree? —Carlo Marini echó a reír sin poder contenerse.

—¿Hay algún problema con él?

—No, en absoluto. Salvo que nosotros, la *Polizia di Stato*, tenemos la sensación de que ustedes nos están escatimando cierta información de la que no disponemos, y no me parece que Totò sea la persona más adecuada para facilitárnosla.

—La verdad es que no sé de qué carajo me está hablando.

Le dio la impresión de que la pregunta había molestado al alto oficial del Cuerpo de los *Carabinieri*.

—Bueno, le tengo que dejar. Debo coordinar todos los efectivos de los *carabinieri*, incluidos los que han venido también de Palermo. Hasta pronto.

Y el *maresciallo* Roberto Grecco se fue con cara de pocos amigos.

—Salgamos a dar una vuelta. Primero deberíamos buscar dónde se ha metido Paolini y el bufón ese.

Al cabo de pocos minutos estaban reunidos los cuatro en el *hall* del Palazzo San Demetrio. Paolini miraba al comisario receloso por lo que parecía una relación entre Adriana y su superior. No entendía cómo podía ser capaz de mezclar una cosa con otra. Paolini pensaba que debería dedicarse solo al trabajo y dejar de tontear con hermosas mujeres que interfirieran en las investigaciones.

El atípico grupo bajó por la Via Etnea en dirección a la Piazza del Duomo. Adriana los condujo hacia el centro de la plaza, presidido por (esta sí) una fuente barroca.

La Fontana dell'Elefante era obra Giovanni Battista Vaccarini. Adriana les contó que se esculpió la figura de un elefante en piedra volcánica. Sobre la loma de aquel, un obelisco lucía en medio de la plaza.

Los *carabinieri* custodiaban la fuente. No era la única. Unos metros más allá, también había *carabinieri* en la Fontana dell'Amenano, y en otras fuentes de Catania.

—Desde luego, seguro que con tanto control policial el asesino ni se acerca —comentó Paolini para romper el incómodo silencio que se había adueñado del grupo.

—Y a la fuente del elefante, menos. Eso sí es barroco, y en cambio no le inspiró. Pero ¿cómo podría crear otra obra macabra con un elefante? Seguro que eso le hizo descartar más ideas enfermizas —dijo la historiadora del Barroco.

Siguieron paseando por Catania, guiados por Adriana y de lo que ella recordaba del lugar. Descubrieron plazas tomadas por *carabinieri*, que también controlaban los accesos a los palacios barrocos.

Decidieron comer algo en la terraza de un restaurante sencillo que ofrecía buena comida a muy buen precio. Incluso desde el exterior escucharon las noticias que ellos

mismos estaban viviendo en primera persona.

Se hablaba del Asesino del Barroco, lo cual ya infundía temor nada más escucharlo por televisión.

Adriana inquirió a Paolini y el comisario por la ausencia de fotos del sospechoso:

—Perdonadme, pero no lo puedo entender. —Estaba molesta—. ¿La fotografía de quien yo reconocí como sospechosa no es suficiente?

—Bueno, Adriana... Una cosa es que la consideremos sospechosa, y otra afirmar con total certeza que ha sido ella.

—Déjeme decirle algo, señor comisario —terció Paolini—. Creo que ella tiene razón. Es seguramente la sospechosa número uno, y a pesar de ello alguien está frenando las investigaciones.

—¿Por qué? —replicó Marini.

—Por ejemplo, por el pasado de la tal Gabriella Nifosì. Retrocedemos en el tiempo hasta que llega un momento en que desaparece como si nunca hubiera existido. Eso no es posible. Todos tenemos un pasado. Los *carabinieri* nos ocultan algo.

—¿Lo... lo dice por mí, señor Caolini? —preguntó Totò. Era la primera vez que abría la boca en Catania.

—Vaya, Totò, ya parecía un milagro que te mantuvieras callado —le reprochó el comisario, con ganas de arrearle.

—El miedo, comisario, el miedo que pasé en el avión me dejó sin palabras.

—Sí, claro. Lo último que recuerdo fueron tus alaridos.

Y Adriana le hizo a Totò un guiño cómplice que fue correspondido con una sonrisa. Mientras, Paolini se retorció por dentro.

«Este imbécil no es capaz de pronunciar bien mi apellido y a la guapa esa solo le faltaba hacerle una carantoña. ¡Pero qué grupo tan ineficaz es este!», pensó Paolini, lo que lo llevó a hacerle una pregunta a Carlo Marini:

—¿Y si nos vamos de aquí, comisario? ¿Qué hemos venido a hacer a Sicilia cuándo esto está lleno de *carabinieri*?

—De aquí no se va nadie. Adriana, ¿cómo crees que se puede comportar el asesino? ¿Hay suficiente Barroco como para saciar su sed asesina?

—Por supuesto que lo hay. La cuestión es dónde y cuándo. En Catania hay más *carabinieri* de los que he visto juntos en toda mi vida. Al asesino le va a resultar muy difícil acercarse a una obra de arte barroca. Pero voy más allá: el asesino ha perdido el rumbo. La fuente donde dejó a su última víctima no es barroca, y eso es una incongruencia que no cuadra con sus ideales. Creo que solo le mueve la sed por matar. Esto último no es tan difícil, pero llevar a la víctima hasta un lugar público donde se expone a que lo descubran...

—Es decir, que usando medidas preventivas podríamos detener sus asesinatos.

—Eso no lo sé. Lo que sí me consta es que hay más lugares donde el Barroco floreció en Sicilia. En cambio, parecen haberse vuelto locos trayendo a tanto policía hasta aquí ¡Si parece que hay más que en Roma!

—Eso es cierto, han traído *carabinieri* hasta de Palermo. ¿Allí hay también arte barroco?

—Claro que sí, y mucho más que el que hay por aquí.

—Pues entonces tenemos un problema.

4

SANTA LUCÍA

Me he tenido que refugiar en este paisaje inhóspito, solitario e infértil que me vio nacer. Me vengaré de todos aquellos que fueron en contra de mi condición cuando nací. Crearé obras de arte surgidas de mi mente divina. Mi don surge de la dualidad, del cambio, de la metamorfosis que he experimentado. Mataré en nombre de la soledad intelectual a la que me habéis sometido. El nuevo barroco ha vuelto a casa, yo soy su maestro iluminado.

* * *

El Ser Imperfecto había encontrado un refugio junto al mar, al este de la pequeña población de Sampieri. En otros tiempos habían sido unos altos hornos donde la producción industrial suministraba ladrillos para toda la región. Sin embargo, ahora solo podían verse ruinas.

Una alta chimenea destacaba sobre un conjunto de muros derruidos en un pequeño punto de la provincia de Ragusa. Las llamas engulleron aquella fundición, la *Fornace Penna*, en 1926. Ya solo quedaban los recuerdos del pasado. Ni siquiera se conservaba el techo. En su lugar solo había un esqueleto de ladrillos por donde se colaba el viento frío en invierno, un lugar desolado también para un mes de junio en el que aquel ser quiso ocultarse.

Era impensable buscarlo allí donde el ser humano había dejado de poner los dos pies casi un siglo antes. Tan solo se llevó dos cosas junto con su furgoneta: una vieja motocicleta y un generador de energía por gasóleo. Este le proporcionaba algo de luz, imperceptible desde las casas de los alrededores, todas ellas ajenas a lo que sucedía allí.

El Ser Imperfecto conocía muy bien aquellas tierras, y sabía cuán difícil sería encontrarlo y detenerlo. Todavía no había pasado el ecuador de su obra y tenía prisas por acelerarla. Los impulsos asesinos aumentaron, y también las prisas por ver terminado su trabajo. Todo ese delirio estaba planificado en el interior de su mente enferma y vengativa. Aquel ser infame llevaba su pasado auestas como si fuera un gran peso del cual quería liberarse. Solo el arte (y, en especial, el barroco) eran la senda por donde podía liberar su furia infernal.

* * *

Mientras el Ser Imperfecto iluminaba la noche de aquel lugar perdido, Adriana y

el comisario pasaban las últimas horas de aquel largo día. Después de una cena ligera volvieron a la habitación anaranjada con toques barrocos.

Adriana cogió el móvil y la conexión wi-fi del Palazzo San Demetrio. Intentó recordar la difusión geográfica del Barroco por la isla. Había gran profusión de obras, unas espléndidas, y otras, no tanto. Todas ellas pertenecían al mismo movimiento artístico, el Barroco siciliano, que era hedonista y extravagante.

Le pareció imposible poner a un *carabiniere* custodiando cada obra, proteger cada querubín con rostro angelical o malvado. Solo los innumerables balcones del este de la isla denotaban la presencia del Barroco. Eran obras menores, pero llenas de belleza y decadencia.

—¿Es cierto que han trasladado aquí a gran cantidad de *carabinieri* de Palermo?
—le preguntó Adriana a Marini.

—Sí. Necesitaban custodiar Catania al máximo.

—Seguramente lo han conseguido, pero a costa de desproteger otros lugares. Carlo —era la primera vez que lo llamaba por su nombre—, si no seguimos una línea de investigación diferente, ese asesino volverá a matar.

—¿Y qué propones que hagamos?

—Meternos en la mente del asesino.

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—La clave está en el Barroco, ¿no crees?

—Puede ser. Pero yo de eso no entiendo apenas nada.

—Creo que cada muerte es una obra de arte macabra que solo puede entender la mente del asesino. Pero tan solo es parte de un objetivo final. Me temo que está creando una obra mucho mayor, una obra definitiva que lo consagre. Creo que se considera tocado por el destino para generar estas barbaridades en nombre del Barroco. Esas letras que escribe en las pieles de sus víctimas forman parte del nombre de esa obra final. Si vuelve a matar sin que podamos evitarlo, tal vez marque a alguien con otra letra del abecedario. Y cuando eso suceda espero tener más pistas. Es frustrante querer que se produzca otro asesinato para descubrir los planes del asesino. Carlo, soy una especialista en el Barroco, pero, por más que me esfuerce, no logro entender por qué la gente comete asesinatos tan atroces. ¿Por qué, Carlo?

—En mi opinión, cuando la mente humana genera frustración, esta se acumula en cantidades inimaginables durante tiempo, quizás incluso muchos años, y luego explota con violencia. Para un psicópata como este, las muertes son insignificantes. Lo importante es lo que consigue con ello. ¿Intenta imitar un arte que ya solo existe en el pasado? Tal vez, pero eso solo demuestra que es un perturbado mental.

—Pero su frustración no puede ser académica, siempre que estemos hablando de Gabriella Nifosì. Ella obtuvo magníficas calificaciones. Sigamos suponiendo que es ella. En tal caso, la frustración estará dentro de ella, ¿verdad?

—Es posible. En algún rincón de su mente. Yo lo definiría mejor: en algún momento de su pasado. Es muy raro que solo tengamos datos de sus últimos diez

años.

—¿Te frustra eso?

—Me cabrea. No soporto a estos *carabinieri*. Nunca me ha gustado trabajar con ellos. Por cierto, esas tres letras, MET. ¿Significan algo en el Barroco?

—De momento, nada. No consigo establecer vínculos ni con artistas ni con obras. Me temo que otra muerte está al caer.

—No digas eso. Estos cabrones de *carabinieri* se lo han montado bien aquí en Catania. No han dejado ni una obra desprotegida.

—Eso es lo que me preocupa. Durante el tiempo en que ese monstruo me tuvo secuestrada, pensé que iba a morir. Luego me di cuenta de que aquella manera de proteger cada plaza, cada museo evitó que yo fuese la siguiente. Estoy segurísima de que el objetivo del asesino era verme muerta junto a la estatua *El rapto de Proserpina* en la Galería Borghese. Como estaba protegida, no hizo nada, me llevó a su casa pero fue consciente de que era una obra imposible y se fue. Ahora ha venido aquí, a Sicilia, donde el Barroco renació después de hacerlo en Roma.

»Matará donde no haya tanta protección. Olvídate de Catania.

—Olvídate del día de hoy, Adriana. Si duermes bien, mañana tus pensamientos serán más fluidos.

—De acuerdo. Como quieras, Carlo.

Adriana empezó a quitarse toda la ropa de espaldas al comisario. Luego se puso un camisón de tirantes que le tapaba y dejaba las piernas casi al descubierto.

Carlo Marini pudo ver la figura estilizada de la joven al contraluz, ocultando los senos y el sexo depilado hasta que lo cubrió aquella tela ligera y veraniega.

Se apagaron las luces y ambos intentaron conciliar el sueño.

* * *

A primera hora de la mañana, el Ser Imperfecto ya había dejado momentáneamente la vieja fábrica desolada. Llevaba minutos perdiéndose por carreteras locales con la motocicleta. El viento le moldeaba el cabello, y su rostro mantenía un gesto confiado.

Cogió la autopista A-18 que lo llevaría hacia el norte. Por el camino apenas se había cruzado con nadie, aquello no tenía nada que ver con las grandes aglomeraciones. Se mantuvo durante muchos kilómetros sin salirse de su camino hasta que un cartel le indicó el lugar de su nueva fechoría: Siracusa.

Seguía siendo una capital de provincia en el sur de Italia, pero no tenía nada que ver con otras. Bordeó el perímetro donde los griegos trajeron al mundo una de sus grandes aportaciones: el teatro.

¡Qué lugar tan mágico para escenificar una obra! Pero yo me debo al Barroco, y voy en busca de él. Soy su máximo maestro en este nuevo siglo.

La ciudad de Siracusa terminaba en una pequeña isla unida a tierra por dos

puentes. Aquel ser demoníaco se dirigió hacia la isla de Ortigia. La velocidad se ralentizó tanto que parecía ir en bicicleta por las estrechas calles que ya pisaron griegos siglos antes. Buscó señales que le indicaran cómo ir hasta la Piazza del Duomo.

De repente vio ante sí una de las plazas más bellas del país. La catedral barroca se erigía sobre restos griegos, frente a ella había otros palacios y, al fondo, otra iglesia barroca: Santa Lucía alla Badia. El Ser Imperfecto estacionó la motocicleta junto a la catedral en el lado más cercano a Santa Lucía.

Fue allí a pie y se sentó en la escalinata de la entrada. Extendió un pañuelo sobre un escalón y se puso a mendigar, sin prisas, mezclándose con los muchos turistas que admiraban la fachada.

Vio el orden inferior y caracterizado por la presencia de un pórtico barroco en el centro, encuadrado todo por columnas que se retorcían hasta un frontón con el martirio de la santa. La iglesia era una gran obra de arte arquitectónico, seguramente desconocida por la inmensa mayoría.

De vez en cuando alguien se le acercaba y dejaba un euro o unos céntimos. Si era una mujer, el Ser Imperfecto le preguntaba su nombre. Así se pasó más de una hora mientras un sol intenso hacía brillar aquella plaza con forma de media luna.

Inesperadamente, una joven se le acercó y dejó una moneda de un euro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el Ser Imperfecto.

—Lucía.

La muchacha subió los escalones de la iglesia barroca. El Ser Imperfecto se levantó y fue tras ella. La siguió con pasos lentos y silenciosos. Ella se fue adentrando en aquella iglesia por la única nave que llevaba hasta el ábside, detrás del cual se podía ver un lienzo del *Sepelio de santa Lucía* pintado por Caravaggio. Dos iglesias se disputaban esa pintura barroca desde hacía un tiempo: Santa Lucía al Sepolcro y Santa Lucía alla Badia. Esta última había ganado de momento la gloria de exponer aquella obra de Caravaggio.

Cuando la joven estaba frente al ábside observándolo el Ser Imperfecto sacó un puñal por detrás y le rebanó la yugular en horizontal, y a continuación hizo dos cortes más y formó una A en el cuello mientras se desangraba hasta morir.

La joven tuvo unos espasmos que auguraban una muerte segura y rápida. Dejó el cuerpo de la joven junto al altar y de frente al fresco de Caravaggio, no sin antes asegurarse de que no se había manchado de sangre.

Maestro, tú eres el inicio de la pintura en el Barroco. Te inspirabas en modelos femeninas para tus obras. Gracias a ellas, pintaste innumerables vírgenes o santas, aunque tuvieses que recurrir a prostitutas o alguna concubina.

Yo hoy he traído aquí a esta joven, que supongo que no será virgen, pero sí será mi santa Lucía. La dejo aquí como obra de arte junto al Sepelio de santa Lucía que pintaste y luce en esta iglesia barroca.

Maestro, el Barroco ha vuelto en este siglo, y yo soy el nuevo iluminado que crea

obras para que el mundo las contemple.

El Ser Imperfecto pensó todo aquello en un instante mientras contemplaba la tela de Caravaggio y a la joven Lucía degollada y sin vida sobre el suelo del ábside. Respiró hondo, como si hubiera entrado en éxtasis.

—*Da mihi animas, caetera tolle.*

El Ser Imperfecto miraba el lienzo del Sepelio de Santa Lucía y pidió llevarse las almas si dejaba el cuerpo mortal.

No perdió más tiempo y salió con prisas de aquella iglesia barroca. Esa mañana necesitaba llevar a cabo más obras que pudiera contemplar el mundo.

Corrió por la plaza y entró en la catedral.

Otro templo barroco. Otra obra que dedicarle al mundo. Quiero que sepan cuánta belleza esconde este arte.

La impulsividad y la excitación dominaban la mente de aquel ser perturbado. Cogió por detrás a la primera persona que vio en el pasillo y le rebanó el pescuezo con su afilado puñal. Era un hombre joven. Mientras se desangraba sin remedio, al Ser Imperfecto le dio tiempo de terminar su obra macabra. Trazó una letra M en el cuello.

Una víctima más quedaba sobre un suelo de piedra entre paredes de arquitectura barroca. Salió corriendo a la calle. Había gente gritando muy cerca de Santa Lucía alla Badia. Algunos reconocieron al ser asesino que acababa de matar a la joven Lucía en la otra iglesia.

El Ser Imperfecto se dirigió hacia su motocicleta. Un *carabiniere* que iba a pie desenfundó su arma automática en el otro extremo de la plaza. Cuando se dio cuenta de la gravedad de la situación, comenzó a correr hacia el espacio que separaba catedral e iglesia. El asesino arrancó la moto. El *carabiniere* lanzó un disparo de advertencia al cielo de Siracusa. La motocicleta se puso en movimiento. Un segundo disparo pasó rozándole la cabeza al Ser Imperfecto.

La motocicleta tomó la calle que llevaba el mismo nombre de la santa a quien estaba consagrada aquella iglesia barroca, tan bella, decadente y retorcida.

El *carabiniere* no pudo hacer más, pues el asesino escapó indemne y a toda velocidad. Dos obras en tan solo unos minutos.

Me siento feliz. Mis obras no pueden estar colocadas en mejor lugar. Siracusa es un templo del Barroco, y yo su nuevo amo, pensaba su mente enferma mientras aceleraba más y más alejándose del centro y después abandonando aquella ciudad tan bella del Mediterráneo.

* * *

Las noticias de aquel nuevo asesinato llegaron pronto a Catania. Diversos furgones de los *carabinieri* dejaron la ciudad para desplazarse hasta Siracusa. Totò era el único de los cuatro que estaba al corriente de lo sucedido. El rechoncho

carabiniere bajó los dos pisos del Palazzo San Demetrio de forma tan rápida que estuvo a punto de tropezarse. El resto del grupo se sentaba en los sofás que quedaban al fondo de la recepción. Trataban de establecer una nueva línea de investigación paralela y a la vez divergente de la oficial. Eran conscientes de que en aquel momento apenas contaban con ellos, así que decidieron dar pasos sin el permiso de los *carabinieri*; al menos, de los que habían tomado media Sicilia.

—Do... *Dottore*.

La voz de Totò quedaba más entrecortada que nunca, no conseguía decir una segunda palabra.

—Tranquilo, Totò, no te exaltes. —Era la primera vez que el comisario guardaba las formas con aquel pobre desgraciado—. ¿Qué te sucede?

—Re... respiro mal, comisario. Bajé a toda prisa.

—¿Y eso es todo? ¿Bajas a toda prisa para hablar a trompicones como siempre?

—*Dottore*, ha habido otro asesinato. Me lo acaban de comunicar.

—¡Pero qué hijos de la gran puta! ¡Me tengo que enterar a través de ti!

—Eso parece, comisario, no es culpa mía... Esta vez, el homicidio ha sido en Siracusa.

—¡Pero si eso está a más de cincuenta kilómetros de aquí! —exclamó Adriana.

—Sí, señorita... Una furgoneta nos está esperando en la Piazza del Duomo. Debemos ir a Siracusa ahora mismo.

—De acuerdo, iremos —replicó Marini—, pero luego alguien tendrá que explicarme qué está pasando aquí. Parecemos cuatro monigotes dando vueltas de un lado para otro, y tú el primero Totò, y tiene guasa que sea el bufón quien está coordinando la información.

Al comisario pareció esfumársele de un plumazo la poca empatía que había sentido por aquel pobre desdichado.

Bajaron la Via Etnea a toda prisa y se subieron a una furgoneta de los *carabinieri* que los iba a conducir hasta Siracusa. El viaje fue rápido: ambas ciudades estaban bien comunicadas, y el conductor iba a toda prisa.

Aquella ciudad, fundada por los griegos en la Antigüedad y más tarde repleta de obras barrocas, los recibió con un calor sofocante, más propio de agosto que de mediados de junio.

La idea del *carabiniere* era llevarlos hasta la mismísima Piazza del Duomo. Lo único que se oyó durante aquel corto espacio de tiempo fueron los improperios que Carlo Marini iba soltando al hablar solo. Parecía como si se fuese preparando para lo que quería decir.

La furgoneta negra con banda roja estacionó justo en medio de la plaza. Todos bajaron corriendo. Totò pareció quedarse atrás, no se sabe si por falta de rapidez mental o por exceso de peso que limitaba sus movimientos.

Distinguieron rápidamente la figura del *maresciallo* Roberto Grecco en la escalinata de la catedral. Parecía impartir órdenes a una zona interior que ya estaba

precintada, y donde se hallaba el cadáver de la segunda víctima.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el comisario, como si no fuera consciente de que ya no estaba en Roma.

—¿Perdón? —replicó Grecco: era la autoridad de los *carabinieri* en aquel caso y en ese lugar en concreto.

—¿Cómo puede ser que me tenga que enterar por uno de sus ineptos subordinados de lo que ha sucedido aquí?

—Mire, comisario. Desde que estos crímenes en serie se trasladaron a Sicilia, usted ha perdido un poco el protagonismo. Cómo decirle... Puede investigar lo que quiera, pero nosotros estamos antes, ¿me entiende?

—¡Eso no es verdad! ¡El fiscal general nos llamó con urgencia para que estuviéramos al frente del caso en Sicilia!

—Puede llamar cuando quiera al fiscal general. Yo estoy al mando, y toda novedad le será comunicada a través de Totò.

—Exijo que me diga lo que ha pasado aquí.

El *maresciallo* Roberto Grecco lo miró con ojos llenos de inquina. No obstante aquel sentimiento surgió también otro, el de su compromiso con el deber, y pensó que sería mejor explicárselo él mismo.

—Se ha producido un doble asesinato. De las mismas características. El Asesino del Barroco ha dejado un cadáver en la catedral y otro en Santa Lucia alla Badia. Los dos han sido degollados con arma blanca. El asesino escapó vivo a los disparos que hizo uno de nuestros hombres.

E hizo un gesto como si se atribuyera el mérito por algo que la *Polizia di Stato* no había sido capaz de conseguir.

—Sí, usted mismo lo ha dicho: ¡escapó vivo! —terció Adriana—. Esos disparos no tienen ningún mérito. ¡Puede volver a matar! ¿Qué macabras letras ha dejado escritas esta vez?

—Una M y una A.

—¿En ese orden?

—No, pero ¿eso qué más da?

—¡¿Pero cómo puede decir tal sandez?! ¡¿El asesino está mandándonos un mensaje, y lo único que hacen ustedes es custodiar lugares públicos?!

El *maresciallo* Roberto Grecco no quería más choques, así que les hizo un gesto para que entraran y vieran aquel espectáculo dantesco. Un hombre joven yacía sobre el suelo de piedra de la catedral. Boca abajo y rodeado de un charco de sangre. No se podía ver la letra marcada en el cuello, pero para entonces Adriana ya tenía claro cómo progresaba la obra del asesino: METAM.

Esas eran las letras que había juntado hasta ahora. La asaltó un escalofrío al pensar que el mensaje del asesino quería decir algo. Por el momento, lo escrito con sangre no parecía tener sentido para la historiadora.

La única conexión que veía en aquel asesinato era que se había cometido en un

hermoso templo barroco.

El grupo salió rápido de allí dejando a la policía forense de los *carabinieri* para que trabajara allí. Se dirigieron a Santa Lucia alla Badia. Después de entrar pudieron ver la representación espeluznante de una joven degollada y tendida sobre el ábside, sin vida. Adriana reparó en que el lienzo de Caravaggio que había justo detrás mostraba la escena del sepelio de santa Lucía. Sus pensamientos y su intuición fueron tan rápidos que se adelantaron a lo que Roberto Grecco iba a decir: creía saber por qué había elegido a aquella joven.

—La muchacha se llamaba Lucia Bonanno. Aquí sí pueden ver perfectamente la letra ensangrentada que dejó el asesino.

Todos se quedaron estupefactos, brutalmente impresionados. Adriana empezó a sollozar. Carlo Marini la cogió del brazo, la aferró a él e intentó consolarla. Lloraba sin parar, y el dolor iba en aumento. El comisario decidió llevársela fuera del lugar donde el Asesino del Barroco había vuelto a matar.

* * *

La imagen de la joven desangrada y sin vida dejó a Adriana muy afectada las horas siguientes. Marini tuvo que llevársela de Siracusa de inmediato, pues parecía aquejada por un dolor tan grande como el que se siente con la pérdida de un familiar querido.

La joven historiadora del arte no había vivido tan de cerca ninguna experiencia con la muerte. La idea de esta última nunca había estado presente en su vida, y la intentaba alejar lo máximo posible de ella. Por suerte, toda su familia seguía viva, incluidos sus abuelos.

Se sentía tan triste como frustrada por no ser capaz de detener a aquel asesino. Todo ello estaba haciendo estragos en Adriana. No podía quitarse de la cabeza la imagen de aquella joven Lucía degollada en una iglesia barroca. Le recordó tanto a ella misma que sintió como si una parte de ella también se hubiera ido para siempre.

El tabú de la muerte volvía a los pensamientos de Adriana, como recordándole que todos éramos mortales. No quería imaginar el momento en que tuviera que despedirse de sus seres más queridos. El dolor era una cosa que evitaba, ella, que amaba el Barroco, una forma eterna de vida y belleza.

Consciente del pozo en que Adriana parecía meterse sin remedio a raíz del asesinato de Lucía, el comisario no se separaba de ella.

Le pareció una buena idea planificar una visita relámpago a Palermo el día siguiente. De esa manera, Adriana podía visitar a los suyos y aquel grupo atípico a echar un vistazo por la gran capital de Sicilia.

Carlo Marini quería saber qué tipo de control habían desplegado allí los *carabinieri*. Cuando se enteró de que Totò estaba autorizado a conducir la furgoneta de los *carabinieri* decidió quitarse de encima al conductor que los había llevado hasta

Siracusa. No le dio explicaciones a nadie, y mucho menos a Roberto Grecco, con quien había quedado claro que la relación era tensa.

La furgoneta negra con banda roja tomó rumbo a Palermo la mañana siguiente. Totò conducía con calma, así que tardaron más de la cuenta, a pesar de la autopista que cruzaba la isla por parajes y pequeñas poblaciones llenas de belleza. Si Sicilia fuera un adjetivo, este sería, sin duda, barroca.

Llegaron a la gran urbe a última hora de la tarde. El sol se escondía por el horizonte tras el monte Pellegrino. Adriana estalló en un nuevo llanto. Parecía que ni la vuelta a casa la calmaba. Marini estaba a su lado, pendiente en todo momento y con la intención de llevarla a casa de sus padres para que todos se llevaran una alegría.

Unas calles un poco más allá del barrio del Borgo Vecchio estaba la casa en que Adriana había pasado más de media vida. Su familia se llevó una gran alegría cuando Adriana llamó a la puerta aquel atardecer. Se sucedieron las sonrisas, los llantos y las emociones contenidas. Sus padres siempre la tenían presente a pesar de la distancia, pero muchas veces tenían la sensación de haberla perdido. La veían tan poco que tuvieron que rendirse a esa evidencia.

Marini saludó a la familia y se despidió de ella hasta el día siguiente. Ellos tres pasarían la noche en la furgoneta uniéndose a quienes establecían controles en lugares de interés.

—Do... *Dottore* —tartamudeó Totò—, ¿adónde quiere que vayamos ahora?

—Busquemos alguna plaza, alguna iglesia barroca desprotegida, y montemos guardia allí. Paolini, ¿eres capaz de distinguir una obra barroca?

—Creo que sí, jefe. Si tenemos alguna duda, preguntamos.

La furgoneta empezó a dar vueltas por el centro de Palermo. Llegaron a Piazza Pretoria, donde se erigía la fuente homónima, quizás la más curiosa y mejor expresión del Barroco más primitivo de la ciudad.

Las pilas con agua se disponían en niveles concéntricos rodeados de estatuas que representaban monstruos, animales mitológicos y los cuatro ríos que regaban Palermo: el Oreto, el Papireto, el Gabriele y el Maredolce.

Aquella fuente también era conocida por el mote de la Fuente de la Vergüenza. Muchas estatuas mostraban una desnudez que se le atragantó a buena parte de la sociedad de la época.

«¿Cómo es posible que hayan dejado esta fuente sin proteger?», se preguntó Paolini, que no entendía nada.

* * *

La vuelta de Adriana a casa de sus padres fue como un regreso al pasado. No es que llevara muchos años fuera del hogar familiar, simplemente fue más emotivo que en otras ocasiones.

Adriana omitió contarles toda la verdad sobre su participación en las investigaciones que se estaban haciendo para dar caza al Asesino del Barroco. Sus padres sabían de los conocimientos de su hija sobre aquel arte decadente que podía sorprenderte en cualquier lugar de la isla. Por eso se abstuvieron de hacer preguntas cuando su hija comentó como de pasada estaba colaborando con la policía.

La madre fue la que se quedó más preocupada mientras hablaba con su hija y se dispuso a preparar unos *cannoli* sicilianos como postre. Eran la debilidad de Adriana, y después de besar su hija se fue directamente a la cocina.

Giulia, la hermana pequeña de Adriana, que acababa de estrenar la mayoría de edad, expresó su alegría de una forma exagerada. El padre se deleitó contemplando aquel gran momento de sorpresa y bienvenida. Pensaba que las cosas buenas y las malas debían tomarse en su justa medida, totalmente exentas de la exageración barroca muy frecuente por aquellas tierras.

La hermana menor sacó un álbum de fotos antiguas en el que se veía a las dos hermanas con casi quince años menos.

«Cómo hemos cambiado, Dios mío... pero para bien. Entonces éramos guapas, pero ahora somos las dos unas princesas. La princesa del Barroco soy», pensó, y esbozó la sonrisa más amplia que había hecho desde que llegó a su tierra.

No solo los *cannoli* estaban listos, sino que, además, la pasta y un segundo plato a base de pescado también estaban en el plato.

«Qué recuerdos me traen los platos que cocina mi madre. Es como si el alma de Sicilia se hubiera apoderado de ellos».

La cena fue aderezada con risas y un buen vino de Alcamo. A medida que pasaban los minutos y las horas, Adriana se fue olvidando de las cosas malas que sus bellos ojos habían visto de un tiempo a esa parte. El tiempo le pareció transcurrir despacio y tuvo la sensación de que regresaba a la niñez por momentos, donde todos los recuerdos eran más alegres y lleno ingenuidad.

Cuando la media noche ya había quedado atrás, las dos hermanas se fueron a una de las habitaciones. Allí aún había una cama libre reservada a Adriana. Entre risas y confesiones, la pequeña Giulia le contó a su hermana que llevaba un año saliendo con un chico que le gustaba mucho, y que parecía formal, y sus padres veían bien aquella relación.

Eso complació a Adriana quien pensó que, por lo menos, había amor en aquella casa, aunque sus protagonistas fueran otros. Además, pensó en que volvía a un hogar que se había quedado un tanto triste cuando ella partió. Pero también le asaltó un sentimiento de inquietud:

«Y tú, Adriana, ¿cuándo encontrarás el amor?», reflexionó con un regusto a angustia.

Las voces se fueron apagando y el sueño empezó a vencer a las dos hermanas.

* * *

Los *carabinieri* tenían mucha más información acerca del presunto asesino que Adriana y el comisario Carlo Marini.

La infancia y la adolescencia de Gabriella Nifosì habían sido muy controvertidas, e implicaban a personas importantes, así que las investigaciones policiales se realizaron con la máxima discreción y sin apenas transparencia. No estaban dispuestos a compartir sus conocimientos ni con la *Polizia di Stato* ni con ningún otro cuerpo de seguridad del Estado.

El motivo por el que creían que el asesino mataba era simple: la venganza.

Sabían cosas de Gabriella Nifosì que ocultaban una vida muy complicada y oscura, unos cambios que poca gente experimenta en vida, condicionada por un pasado traumático, vivido en silencio. Con el paso de los años, ese silencio se convirtió en violencia hasta que explotó en el primer asesinato.

Los *carabinieri* pensaban que el asesino era muy peligroso y que estaba dispuesto a todo. Además, ahora lo consideraban un enemigo del Estado. Sin embargo, las noticias que se podían leer o ver por televisión describían al Asesino del Barroco como un simple criminal en serie cuya patología se basaba en los delirios por el Barroco que lo llevaban a matar.

Las consignas de los *carabinieri* eran claras: aislar al asesino, no dar mucha información sobre él y atraparlo o, en su caso, acabar con su vida.

Adriana había regresado de Palermo mucho más tranquila. El comisario y ella tejieron una nueva línea de investigación, basada más en esa fuerza descomunal que unía asesino y Barroco.

Mientras Totò los llevaba de punta a punta de Sicilia, Adriana le impartía al comisario una lección sobre el Barroco.

Le puso al corriente de los importantes vínculos entre la Iglesia y aquel arte por entonces novedoso. Por eso el asesino también mataba en lugares sagrados como la iglesia y la catedral de Siracusa.

Hasta ese momento no lo había hecho así. Se había limitado a escenificar sus funestas obras en plazas con esculturas barrocas, excepto la de Catania. Adriana interpretó la confusión de esta última ciudad, la fuente no era barroca sino neoclásica, como un indicio de que el asesino tenía mucha prisa. En realidad estaba cometiendo un crimen diario, y en cada uno escribía parte de un mensaje.

Adriana tenía una teoría acerca del significado de este. Carlo Marini insistió en que le dijese qué significaba METAM.

Como Adriana no estaba del todo segura, renunció una y otra vez a explicarse, ante la insistencia del comisario. Le aseguró que si no apresaban al asesino, o tenían la desgracia de que siguiera matando, ella resolvería el mensaje que el asesino estaba escribiendo en los cuerpos de las víctimas.

Adriana también le confesó un temor. El asesino había matado en Roma, Catania y Siracusa. Para la joven historiadora, también había un criterio geográfico a tener en

cuenta. Según ella las dos provincias que deberían estar en alerta eran Palermo y Ragusa.

Cuando pronunció el nombre de la primera ciudad sintió el mismo escalofrío que cuando evocaba su análisis de las conexiones entre la mente enferma del asesino y el Barroco.

Por su parte, Marini omitió contarle a la joven que algunas fuentes importantes como la de la Piazza Pretoria estaban desprotegidas antes de llegar ellos. Durante aquellas horas interminables de vigilancia, al comisario le dio tiempo de informarse a través de su teléfono sobre aquella fuente. Aquello no lo convirtió en un experto sobre el Barroco, pero sí lo llevó a saber que se creó una fuente idéntica que luego acabó en el jardín de un aristócrata español en la localidad cacereña de Abadía. Actualmente solo quedaban unas ruinas.

5

LOS INOCENTES

Cada vez estoy más cerca de donde nací. Del lugar donde me crearon y me convirtieron en el vigente maestro del Barroco. Un lugar lleno de extravagancia, creatividad y alegría. De la destrucción surgió más belleza que en ningún otro lugar. Yo soy la expresión de mi propio cambio vivido, soy la belleza absoluta. Debo crear más obras de arte para que se hable por siempre de estas olvidadas tierras.

Si es necesario sacrificar inocentes en nombre del Barroco, lo haré. La belleza está por encima de las vidas humanas.

* * *

Adriana siempre había escuchado la frase tan común: «El amor viene cuando menos te lo esperas». Y aquel día se dio cuenta que también debería añadirse la coletilla de «y con quien menos te lo habrías imaginado».

Adriana se sentía así. Sorprendentemente enamorada de aquel policía cuyo atractivo era lo último que cualquier mujer valoraría.

Carlo Marini era un tipo vulgar, soez en el uso de sus palabras y desagradable en su trato con la gente. De aspecto físico poco atractivo, desgarbado y poco cuidado. Sus cuarenta años aparentaban muchos más. Su tacto con las mujeres siempre iba acorde con su tono de habitual grosería que rozaba lo insultante.

Adriana supo ver que tras aquella fachada había algo más, e intuyó que infinitamente mejor. Ella misma se dio cuenta de que el comisario la trataba mejor de lo que había tratado a ninguna otra mujer. No era solo que Carlo Marini se sintiese atraído por la joven, cosa que no se le había escapado a ningún policía varón de la comisaría de Montesacro-Talenti. Había algo más. Adriana ejercía una influencia hipnótica en Marini, al tiempo que empezaba a sentir cosas por él. Ambos se estaban enamorando, como si iniciasen un baile juntos, lentamente, al unísono.

Lo sorprendente de aquella situación es que Adriana sucumbiera al poco encanto del comisario. ¿Era necesario encontrar un hombre bello y educado para enamorarse? Adriana se lo preguntó de camino a Catania mientras ambos abordaban nuevas estrategias de investigación.

Totò tardó un día entero llevarlos de punta a punta de la isla. Cuando llegaron a la gran ciudad que duerme bajo las faldas del Etna, tuvieron poco tiempo para avanzar en la investigación. Sin embargo, sus progresos en el terreno personal eran mucho más rápidos.

El Palazzo San Demetrio los recibió cuando el sol emitía sus últimos rayos de luz.

Adriana y el comisario subieron un momento a la habitación poco antes de pensar en la cena, y ella lo sorprendió con un pellizco en el culo nada más atravesar la puerta. Ella le dio una patada con los zapatos de tacón y se abalanzó hacia él.

—Eres un tipo rufián, ruin, soez y mil cosas más. Pero me gustas mucho —le dijo, ante la sorpresa de él, mientras lo empujaba hacia la cama.

Él se quedó inmóvil, espantado, apenas era capaz de mantenerle la mirada y mucho menos cuando se empezó a despojarse de su ropa. Unos zapatos aquí, una ligera blusa estiva allá. Adriana parecía sumergida en un hechizo que la hacía bailar muy lentamente mientras él se había quedado rígido como un palo.

De repente acercó su boca delicada y besó al comisario con pasión. Un segundo después se retiró y lo miró con picardía.

Ya solo la lencería negra más íntima cubría el bello cuerpo de la italiana. Carlo Marini seguía sin reaccionar, allí, sentado en la cama, frente aquella diosa del arte y, pensó él, también del amor.

Un segundo beso más intenso y largo pareció despertar al comisario. La mujer con la que había estado soñando en los últimos días se le estaba ofreciendo. Mientras se prolongaban los besos y las caricias, Adriana iba liberándose despacio de su sujetador. Cuando este ya no le cubría los generosos pechos, los llevó junto a Carlo Marini.

Le sorprendieron por la belleza de la piel y por el tono sonrosado, y los sintió muy cerca de su boca. Marini despertó de golpe. Comenzó a tocarlos, a jugar con ellos, a lamerlos. No recordaba unos pechos así. La intensidad del lazo que se creaba entre ambos fue aumentando, y de ese modo descubrió a la Adriana más salvaje y desconocida. La que era capaz de desnudar a su pareja sin que esta apenas se diera cuenta.

Carlo Marini la cogió de la cintura, le tocó unas nalgas carnosas y redondas, y le quitó su prenda más íntima. Cuando quiso decir algo, ella le tapó la boca, y luego lo volvió a besar, como si no quisiera terminar jamás.

El comisario había visto el sexo depilado y carnoso de la joven y sintió deseos de entrar en él. En cambio, Adriana lo llevó por el camino que le dio la gana. Lo besaba, lo mordisqueaba, se apartaba y esbozaba una sonrisa.

Puso gesto pícaro al descubrir el miembro de él completamente excitado. Lo tocó. Lo manoseó. Carlo Marini hacía esfuerzos por mantenerse y no irse en un segundo.

El ritmo que Adriana le imprimía a aquel encuentro era diabólico, ni rápido ni lento pero lo suficientemente intenso e imprevisible como para hacerlo muy excitante.

Cuando ella decidió que había llegado el momento, cogió el pene del comisario y lo introdujo en lo más profundo de ella misma. Lo hizo despacio, disfrutando con el roce. Una vez dentro de ella, sus movimientos pélvicos fueron acompasados. Ella llevaba el ritmo pero ambos gozaban por igual.

Marini cogió las dos gruesas nalgas de aquella joven bella y delgada. Las apretó.

El culo de ella se movía al mismo ritmo que el miembro de él.

Adriana incrementó la velocidad de sus movimientos. Los jadeos llegaban, y las sonrisas cómplices nacían en los dos. Ella pareció entrar luego en un grado de excitación mayor, ya casi no era capaz de mirar a su amante. Él empezaba a llegar al clímax. Ella gritó. Él notó que iba a fluir toda su pasión en ella.

Adriana le agarró el pecho con las uñas mientras sus gritos eran más salvajes. Él sintió que se iba, y ella notó que recibía en su interior toda aquella pasión loca que ambos estaban sintiendo. Soltó una carcajada mientras seguía montada sobre su cuerpo. Luego lo besó, a medio camino entre la pasión y el amor. Se fundieron en un abrazo. Sus cuerpos sudaban, y sus mentes iban relajándose poco a poco.

* * *

El Ser Imperfecto había ocultado su furgoneta en el exterior de la *Fornace Penna*, justo donde quedaba más disimulada y cercana al mar. Había cambiado la matrícula por otra falsa, que en realidad pertenecía a un vehículo antiguo de su familia. De todas maneras, no le daban ningún miedo, pues imaginaba que por aquel entonces la policía ya tenía indicios de quién era el asesino en serie.

Le daba igual que le siguieran el rastro a través de su familia. Su única preocupación en aquellos momentos era que no descubrieran la furgoneta por la matrícula que había lucido en Roma o que las cámaras de seguridad de cualquier banco de Catania podían haber registrado.

El Ser Imperfecto solo quería ganar algo de tiempo para asegurarse su obra final, y para ello de momento era innegociable ser detenido.

BF389DT. Esa era la nueva matrícula que se podía ver en la furgoneta oscura. Con ella pretendía llevar a cabo un nuevo trabajo, seguramente el más cruel, y también el más reprochable ante la sociedad.

Aunque conocía la zona a la perfección, porque le traía recuerdos de una infancia nada feliz, se pasó horas mirando el mapa para planificar su nueva fechoría. Dado que había cometido la última en Siracusa, que estaba en el este, pensó que lo mejor era buscar alguna pequeña población al oeste de Sampieri, donde quizás no lo estuvieran buscando.

Necesitaba que la población fuera lo suficientemente importante como para albergar al menos un colegio. Llegó a la conclusión de que Marina di Ragusa era el lugar ideal. No era perfecto, consideró que la distancia hasta Sampieri podía ser excesiva y convertirse en la tumba de su plan. Por otro lado, creyó que si despistaba a todo el mundo desde un principio luego sería imposible que nadie lo parase, se perdería por carreteras locales hasta volver a aquel lúgubre lugar que era como un esqueleto de ladrillos que miraban al cielo.

También pensó que el tiempo era muy importante. Esa misma noche tenía que cumplir sus dos planes llenos de maldad. Si dejaba algo para el día siguiente, se

exponía al fracaso.

Arrancó la furgoneta y bordeó la *Fornace Penna* cerciorándose de que no lo hubiera visto ningún lugareño.

Tomó rumbo a su nuevo destino y, cuando faltaba poco para llegar a Marina di Ragusa, volvió a esconderse tras la sudadera con capucha que le cubría el rostro.

Era un colegio como cualquier otro de la escuela elemental del país. No tenía nada especial salvo lo que el Ser Imperfecto quería: niños pequeños.

Vio la entrada principal de la escuela, aparcó la furgoneta en doble fila y dejó el motor en marcha y la puerta trasera abierta. Era la peor hora en la que los niños se podían encontrar con el Ser Imperfecto: la de la salida de clase.

Sabía que no lo iba a ser fácil, pero contaba con el factor sorpresa, su rapidez, su fuerza descomunal y su inteligencia para escoger a los niños más livianos, agarrarlos de dos en dos o, llegado el caso, todos a la vez.

Tenía que ser una maniobra rapidísima. Los niños salieron en tromba y de forma descontrolada. El Ser Imperfecto dio un paso al frente. En ese momento se dio cuenta de que solo tendría una oportunidad y una forma de hacerlo.

Como si hubiera salido del mismísimo infierno, se abalanzó sobre el grupo de niños que salían revoltosos y alegres. Con la mano derecha enganchó a dos niños de unos cinco años, y a otros tantos con la izquierda. Los pescó con tal facilidad que en vez de niños parecían muñecos de trapo. Los levantó por el aire mientras algunos de los padres estaban unos metros más allá, entre el gentío.

Se movió con ellos con una velocidad endiablada hacia el portón abierto de la furgoneta. Los lanzó al interior como si fueran objetos, y fue en busca del volante para darse a la fuga. Cuando iba a cerrar la puerta, un padre alcanzó a llegar hasta allí. Ante la resistencia del padre, el Ser Imperfecto salió del vehículo y le propinó un golpe brutal.

El depravado ser oía los chillidos de la gente a unos metros de él. No se dejó impresionar por aquello. Aceleró la furgoneta mientras veía por el retrovisor como unos padres corrían tras él.

Unos segundos después, las miradas angustiadas de los padres habían perdido de vista la furgoneta. El Ser Imperfecto aceleraba por calles y luego tomó las carreteras locales menos transitadas. Se alejó poco a poco mientras los gritos de los niños pusieron por primera vez nervioso a aquel despiadado ser. Contestó aumentando la velocidad y tomando las curvas de forma tan cerrada que los pequeños querubines se iban dando golpes de un lado a otro.

Son mis angelitos. Mis putti. Voy a hacer una obra de arte con ellos.

Vio la chimenea de la *Fornace Penna* en el horizonte, frente al mar. Había tardado mucho menos que a la ida. Bajó la velocidad para no levantar sospechas en el lugar. No podían descubrirlo allí. Ahora no, quizás más tarde, cuando su obra estuviera completa. Estacionó la furgoneta en el único lugar donde no podía ser vista, en el lado sur de aquella antigua fábrica.

Sacó a los niños a golpes mientras a la vez les aprisionaba la boca con sus dos grandes manos. Como los niños no se callaban ni por esas, decidió que tenía que adelantar sus planes si no quería que los chillidos de los cuatro angelitos lo descubriesen. Los asfixió con la misma fuerza con que los contenía, hasta que poco a poco acabó con sus vidas.

El Ser Imperfecto había llevado a la *Fornace Penna* un tercer objeto: una sierra eléctrica que había sustraído del viejo almacén familiar ya en desuso. No era la primera vez que regresaba a su población natal: ya lo había hecho para llevarse el generador y la motocicleta.

Por arriesgadas que pudieran parecer esas idas y venidas, no tenía miedo de ser descubierto. Había cambiado mucho, era una persona muy diferente y daba por hecho que nadie lo reconocería en el lugar donde pasó toda su infancia.

¿Por qué no entendisteis quién era yo desde que nací? ¿Acaso vuestros ojos estaban tomados por la ceguera, y vuestros pensamientos por unas mentes provincianas? ¿Por qué ni siquiera mi familia comprendió quién era yo? ¿Es que mis palabras no bastaron para que os dierais cuenta de la realidad? Vais a conocer a través de mis obras de arte cómo se expresan la belleza y la realidad de las cosas. Yo he sido dual desde un principio, pero verdaderamente solo he sido uno, un ser, un maestro que con los cambios ha llegado a su etapa final: la perfección. Dentro de poco me contemplaréis entre obras de arte. Yo he sido el maestro que ha esculpido su propia vida, soy también el nuevo mesías del Barroco que ha vuelto a estas tierras mediocres que en otro tiempo fueron una explosión de creatividad, una locura que retorció formas y pensamientos.

Tiró de la sierra eléctrica. Aquel ruido y la visión de sus dientes metálicos eran terroríficos. Los dos niños y las dos niñas yacían sin vida sobre la maleza que cubría el interior de la *Fornace Penna*.

El Ser Imperfecto no tuvo piedad con ellos ni después de haberlos matado.

Necesito cuatro querubines como los que adornan fachadas y balcones. Con sus rostros angelicales me basta. No me interesa el resto de sus cuerpos, pues los separa en dos sexos, solo es motivo de división y conflicto. Solo la dualidad está en mí.

Empezó a separar las cabezas de aquellos inocentes del resto de sus cuerpos de una forma tan fría como los dientes metálicos de la sierra que las cortaba. Luego marcó sus frentes con el mismo puñal que había utilizado en Siracusa. Escribió cuatro letras: R, P, H y O.

La escena macabra para el Ser Imperfecto era como contemplar una obra de arte.

Debo llevarlos a un lugar donde el Barroco creó imágenes así en tiempos remotos.

El asesino de niños cargó aquellas cuatro cabezas en la furgoneta y arrancó el motor. Era ya noche cerrada y el momento de culminar su nueva obra. Tomó las carreteras locales menos transitadas que conocía. Buscaba llegar al punto final de la forma más discreta posible. Si fuera necesario, no le importaba bordear la ciudad

donde iba dejar aquellos rostros de angelitos sin vida.

Si se encontraba con algún control policial a medianoche estaba dispuesto a acelerar al máximo, con todas las consecuencias. Los kilómetros fueron cayendo y vislumbró la ciudad de Ragusa entrando por la nacional SS115.

Entró por Ragua-Ibla, la ciudad antigua que había sufrido el terremoto de 1693. Vista desde el resto de Ragusa, parecía una península unida a un continente, y su istmo era la iglesia barroca de Santa Maria delle Scale.

Dejó esta última atrás, como había hecho también minutos antes con la imponente San Giorgio, cuya cúpula barroca destacaba escondida entre callejuelas palacios barrocos y vecinos que espiaban tras las cortinas de sus casas.

La furgoneta empezó a subir las rampas que llevaban a la nueva ciudad que se construyó después del terremoto. Las cabezas de los niños daban tumbos en el maletero como si fueran tristes objetos. Por fin vio las calles que trazaban una cuadrícula más o menos regular en la parte alta de la ciudad. Buscó una calle por la que subir lo suficiente como para después bajar y estacionar junto a la catedral de San Giovanni Battista. Salió de la furgoneta.

Se permitió el lujo de observar la fachada de la catedral, en cuyos alrededores no había ni un alma a esas horas de la madrugada. Allí también había cundido el pánico por la presencia del Asesino del Barroco en tierras sicilianas.

Respiró hondo, como si el aire viniera de su pasado más atormentado, y regresó a la furgoneta. Enganchó de los pelos las cabezas de aquellas cuatro criaturas. Se fue hacía un lateral de la catedral. Allí había una fuente barroca con forma de concha. En sus bajos había cuatro esculturas de angelitos. Dispuso aquellas cabezas inocentes entre escultura y escultura formando una metáfora macabra que poco tenía que ver con el Barroco.

Estos son mis querubines. Tan barrocos, tan llenos de vida. Yo soy el maestro que los ha creado. No hay obra de arte que se me resista.

Se quedó observando aquella siniestra escena mientras la luz de la luna se reflejaba en el agua verde encharcada.

Luego abandonó el lugar. Subió a la furgoneta e hizo el viaje de vuelta por el mismo trazado que había dibujado su mente enferma. Pensó en la posibilidad de que lo atrapasen en un control de carreteras y, a pesar de que su obra seguía inacabada, tuvo un momento de excitación al imaginarse que lo descubrirían por fin.

* * *

El comando provincial de los *carabinieri* de Ragusa había movilizado todos sus efectivos en las últimas horas. Las emisoras locales y las televisiones de todo el país no dejaban de dar noticias sobre la desaparición de aquellos niños.

Gianni Agosta era el encargado del cuerpo de *carabinieri* en aquella provincia. Había pasado la noche en Marina di Ragusa, donde desaparecieron los niños. Se

pasaba el tiempo dando órdenes a sus subordinados y recibíendolas de la persona al mando al caso del Asesino del Barroco: el *maresciallo* Roberto Grecco.

—¿Sí? —respondió Agosta—. No puede ser —apostilló con tono de derrota—. Vamos para allá. No toquen nada.

Varias dotaciones de los *carabinieri* que habían tomado Marina di Ragusa se dirigían a toda prisa por la recta carretera que la unía con la capital de la provincia. Apenas era una treintena de kilómetros, pero el acceso era difícil: la ciudad se erigía entre peñascos y desfiladeros, y la unían tres puentes que comunicaban la parte más vieja con los edificios del siglo pasado.

«¿Cómo es posible que no hayamos podido atraparlo y haya cometido una brutalidad de tal magnitud?», se preguntaba Gianni Agosta mientras su Alfa Romeo negro con banda roja iba a una velocidad endiablada. En apenas unos minutos llegaron al centro de Ragusa. La policía local había acordonado la catedral de San Giovanni Battista poco después de que un vecino descubriese la cruel escena representada en aquella fuente barroca.

Bajo la concha de piedra esculpida había cuatro querubines y las cabezas de los cuatro niños secuestrados.

—Soy el *maresciallo* Roberto Grecco. ¿Cómo ha podido suceder esta barbaridad en tan pocas horas?

Agosta percibió un tono amenazante en la pregunta.

—Hemos tenido a todos los efectivos trabajando desde que los niños desaparecieron. Por desgracia, en Ragusa apenas disponemos de *carabinieri* desde que el asesino anda suelto por Sicilia.

—¡Eso me suena a disculpa barata! ¡Ustedes no están para excusarse, sino para ofrecer soluciones!

—¡Le repito que movilizamos a todos a partir de las cinco de la tarde! ¡Hoy no ha dormido nadie!

—¡Pues han hecho ustedes un trabajo nefasto! ¡Queda relevado ahora mismo de su cargo en esta operación! Yo asumiré el mando de lo que suceda también en Ragusa. ¡Pero qué carajo, toda Sicilia depende de mí!

—¡Usted es un incompetente! Lleva días tras el asesino, y solo ha conseguido aumentar el número de víctimas. ¡La culpa es suya!

—¡Váyase a la mierda!

La tensión llegó hasta el punto de que ambos oficiales del cuerpo de *carabinieri* estuvieron a punto de llegar a las manos. Mientras tanto, otro furgón bajaba por una de las calles. Totò lo conducía con tranquilidad, Paolini iba en el asiento del copiloto, y detrás se sentaban Adriana y el comisario Carlo Marini.

—No bajes. Quédate donde estás —le dijo este a Adriana.

La discusión proseguía en el espacio abierto que se abría frente a la catedral. Marini se dirigió allí con la intención de informarse.

—Buenos días. Hemos venido corriendo desde Catania —exageró, pues Totò se

lo había tomado con mucha calma—. Hay nuevas víctimas, ¿verdad?

El *maresciallo* Roberto Grecco lo miró con gesto despectivo mientras seguía su discusión y le indicaba al comisario adónde tenía que ir, unos metros más allá. Solo podía verse el lateral de la catedral barroca y había más *carabinieri*. Reparó en que habían precintado la fuente, y entonces descubrió las cabezas infantiles incrustadas en la parte baja de la fuente, junto a las esculturas. No necesitó acercarse más. La escena era tan dantesca que creyó haber acertado al no llevar a Adriana hasta allí.

Un *carabiniere* que estaba custodiando la fuente le dio un papel con las letras marcadas en aquellas frentes angelicales.

—P O H R —leyó, incapaz de entender nada. Se fue de allí sin hacer más preguntas.

—¿Qué ha pasado?! —gritó Adriana al verlo retroceder sobre sus pasos con la mirada perdida.

—¡Cálmate, por dios, o te va a dar algo! Dijiste que te bastaba una letra para entender lo que el asesino está escribiendo. Pues bien, aquí tienes cuatro más.

La voz de Carlo Marini sonó tan falta de tacto como si se hubiera llevado a rastras a Adriana para enseñarle los rostros sin vida de aquellos niños.

—¿Están muertos los niños?! ¡Dime que no!

Marini no pudo responder a aquella pregunta. Le acercó el papel con aquellas letras escritas mientras desviaba la mirada al infinito.

Adriana no entendía nada. Parecía a punto de sufrir una crisis de ansiedad a la que tuvo cuando vio a aquella joven sin vida en Santa Lucia alla Badia.

El papel acabó en manos de Paolini, quien lo recogió del suelo de la furgoneta. Adriana parecía desvanecerse. El comisario la sostuvo y trató de reanimarla. Se había quedado todavía más blanca de lo que era de por sí.

—¡Agua! ¡Traigan agua! —gritó Marini.

Un *carabiniere* que estaba junto a la catedral se acercó:

—¿Le traigo agua de la fuente?

—Pero ¿qué dices, anormal? ¡¿Cómo vas a traer el agua precisamente de ahí?! —respondió el comisario con una mirada asesina.

—Ya voy yo, comisario. Ahora les traigo una botella de agua —terció Totò.

Seguían llegando más dotaciones de *carabinieri* que se iban uniendo a los policías locales. Totò regresó con el agua momentos después.

Por un momento, el comisario le perdonó todas las meteduras de pata a aquel insólito *carabiniere*. Le dio de beber a Adriana y le mojó la cara para que se refrescara y volviera en sí.

* * *

Paolini leyó el contenido de la nota, «P O H R», antes de que Adriana volviera en sí. Seguía desfallecida en el asiento trasero. El joven policía seguía pensando que la

historiadora del arte no debería estar allí, en medio de tanto policía, viviendo en primera persona el descubrimiento de las nuevas víctimas que el Asesino de Barroco iba acumulando. Era demasiado. Adriana acumulaba demasiadas experiencias negativas que no compensaban sus aportaciones al caso. Por eso llevaba peor los últimos crímenes, porque no conseguía detenerlos ni ofrecer pistas más concretas acerca de cómo encontrar a aquel ser malvado que mataba en nombre del arte.

Las nuevas cuatro letras no le aclararon nada al policía, ni combinándolas entre ellas, ni sumándolas a las que el asesino ya había escrito en las pieles de sus víctimas: METAM.

¿Qué querrían decir las primeras cinco letras? Por lo menos, esas estaban ordenadas con arreglo a la cronología en que el asesino iba sumando una muerte a otra.

«¿Por qué deja pistas? ¿Acaso desea que lo capturen?», reflexionó Paolini.

Luego le vino a la memoria la conversación telefónica con el fiscal general del Estado. Le resultaba muy extraño que un alto cargo los llamara con tal premura para que luego estuviesen en Sicilia como convidados de piedra frente a los *carabinieri*. Le pareció una incoherencia tan grande que solo podía explicarla recurriendo a una serie de motivos políticos ocultos que habían desencadenado una cadena de errores de proporciones monumentales. Como Totò. Seguía sin entender qué hacía allí aquel tipo.

«¿En qué momento nos apartaron de la investigación? Cuando salió a la luz el nombre de Gabriella Nifosì. Adriana dio realmente en el clavo: esa tal Gabriella esconde el nombre de la asesina, siempre y cuando no sean dos personas en vez de una.

»Además, apenas sabemos nada de esta persona. Básicamente, de los últimos diez años, en especial de su paso por la Università della Sapienza, donde coincidió con Adriana. Y después va y la secuestra pero no la mata. Incomprensible».

Paolini se prometió a sí mismo que se pondría en contacto con el fiscal general del Estado en cuanto le fuera posible. De ese modo intentaría averiguar cuál fue el motivo real de la urgente llamada telefónica que los llevó a Sicilia en apenas dos horas.

Mientras pensaba en ello reparó en que el agua que trajo Totò había dado sus frutos: la joven historiadora pareció recobrar el color de sus mejillas e incluso parecía más calmada. Sin mediar palabra, le pasó el papel que contenía las letras «P O H R».

Adriana seguía un poco desorientada, de modo que vio las letras como si estuviese jugando con los amigos a algún juego de palabras.

«Esto debe de ser parecido al Scrabble —pensó—. Coloco las letras en su sitio justo y ¡zas!, gano yo».

—Te voy a llevar a otro lugar fuera de aquí —le dijo Marini.

—¿Adónde me vas a llevar? —respondió Adriana, sorprendida.

—Estás demasiado sensible como para seguir en el escenario de otro crimen

macabro de ese asesino. No voy a permitir que pase más —sentenció el comisario con un tono que no admitía réplica.

—En primer lugar, insisto en que quizás sea una asesina. Y en segundo lugar, no tomes decisiones importantes por mí. Pero sí, llévame a otro lugar, porque aquí ya no podemos hacer mucho más. Llévame a la iglesia de San Giorgio.

—¿Y eso dónde queda?

Adriana le señaló con un gesto la parte baja de la ciudad, donde Ragusa-Ibla guardaba uno de sus tesoros arquitectónicos más fascinantes del Barroco.

Totò conducía la furgoneta calle abajo. Tomaron una curva y dejaron a la derecha Santa Maria delle Scale justo antes de entrar en el casco antiguo de la ciudad.

Bordearon Ragusa-Ibla con parsimonia. En un momento se vieron obligados a estacionar la furgoneta negra con banda roja, ya que el casco antiguo era peatonal y con el firme irregular, lleno de callejuelas que despistaban al turista empeñado en encontrar los lugares más visitados.

—¡Mira! Es preciosa. ¡Me encanta el Barroco de mi isla!

La historiadora pareció olvidar el ataque de nervios y lo pálido que se le había quedado rostro.

—Sí, es realmente fantástica —concedió el comisario mientras contemplaba la escalinata que llevaba hasta aquel templo barroco.

—¿Nos invitas a todos a tomar algún refrigerio? —le propuso Adriana al comisario con una sonrisa mientras Totò le devolvía otra llena de ingenuidad.

—Está bien, pero recuerda...

Marini no pudo acabar la frase.

—No te preocupes. Ya sé lo que me estas pidiendo. Lo solucionaré mientras me tomo un refresco de naranja bien frío. ¿Sabes que las naranjas sicilianas pueden dar un jugo tan rojo como la...?

Se abstuvo de pronunciar la palabra «sangre».

Cinco minutos después, Adriana tenía una pajita en la boca mientras absorbía aquella bebida tan propia de su tierra.

«P O H R ¿Qué querrá decir esta combinación de letras tan extraña? ¡Un momento! ¿Y si no están ordenadas cómo deberían?

»Primero he de recordar lo que escribió sobre el cuerpo de las otras víctimas: METAM. Muy bien, sigamos. ¿Cómo coloco estas nuevas letras? Recuerda, Adriana, esto es como el juego de Apalabrados, tienes que recolocar las letras hasta que adquieran algún sentido».

Adriana tuvo presente la analogía con el juego, y ordenó aquellas letras en su fuero interno para formar una palabra definitiva.

«No puedo fallar. Le prometí que sería capaz de interpretar el mensaje si el asesino o asesina volvía a matar».

La letra H le impedía seguir adelante. Era la única de las cuatro nuevas que no tenía sentido.

«Eso es señal de que no sabes leer bien lo que está escribiendo ese ser despreciable», pensó Adriana.

Por un momento trató de abrirse de miras. Contempló la posibilidad de que el asesino estuviera escribiendo cualquier palabra... de cualquier idioma.

Y fue entonces cuando colocó la H en el lugar correcto. Había conseguido leer una palabra que todavía no estaba terminada.

Se echó a reír sola como si estuviese loca, dio un último sorbo con la pajita y se terminó el refresco de naranjas rojas.

—¿Por qué te ríes, si se puede saber? —le preguntó el comisario.

—Pues porque me acabo de ganar este refresco. He dado con la palabra que está escribiendo el asesino. Por cierto, no lo hace en ninguna lengua viva. Escribe en latín y, por desgracia, aún le quedan algunas letras, así que debemos darnos prisa porque no dejará de matar.

—¡Dinos cuál es la palabra, por Dios! —exclamó Marini.

—METAMORPHOSIS.

6

LA ESCALINATA

Adriana estaba convencida de que aquella era la palabra. La letra H la había llevado a perderse si se limitaba a pensar en su idioma.

«Pero se puede escribir en más lenguas, incluso en lenguas muertas. La mejor de ellas es el latín. Es tan bello y tan perfecto, y ha dado origen a muchos idiomas. Además, oí a esa asesina decir una frase en latín. Esa mente perturbada que no pone freno a sus crímenes ¿será realmente una excompañera de facultad?

»Lo que lleva escrito hasta ahora es “METAMORPH”. No ha sido tan difícil descubrirlo. Bastaba con hacer combinaciones de letras. Eso es lo mío: las letras y, por supuesto, el arte.

»Sin duda, la palabra es “METAMORPHOSIS”. Es una palabra muy interesante; barroca, incluso. En el contexto de este arte que tanto amo, la “metamorfosis” sin la H latina es una metáfora en sí misma.

»El Barroco es una nueva forma de concebir las artes visuales, un cambio, un nacimiento, una metamorfosis.

»Pero cuando quien mata emplea el término “metamorfosis”, cabe una interpretación tan voluble como enferma y cambiante debe de ser su mente.

»Tengo que averiguar lo antes qué quiere decir con esta palabra que escribe brutalmente en las pieles de sus víctimas, o de lo contrario seguirá. Tengo que llegar hasta el origen y los motivos que tiene para actuar de esa manera.

»¿Estará la asesina en un proceso de cambio? ¿Cómo el de una larva que acaba convirtiéndose en mariposa? ¿Será el cambio el motivo por el cual mata? Por usar la terminología de Carlo, ¿qué frustraciones ha podido acumular una persona para cometer tales atrocidades? ¿El asesino realmente está enfermo o tan solo ha desencadenado su furia asesina porque le ha llegado su momento? ¿Es un psicópata entonces? ¿Su violencia cruel es una venganza personal?

»¿La metamorfosis, el cambio, es un paso, una licencia que le permite por fin matar? ¿Sus asesinatos son un fin en sí mismo?

»¿Qué tiene que ver todo esto con el Barroco? El arte que tanto admiro es fuente de belleza, de cambio hacia un nuevo orden. ¿Este tipo o esta estudiante se cree un nuevo maestro del Barroco gracias a sus obras aberrantes?

»Sé que la palabra es “METAMORPHOSIS”, pero sigo sin entender qué nos lleva a esta sangría a la que no conseguimos poner fin».

* * *

Con el paso del tiempo me convertí en una persona más bella que la criatura aberrante que dio a luz mi madre. Yo he ido esculpiendo este cuerpo hasta convertirlo en una belleza, yo soy mi propio maestro.

Nadie escuchó todo aquello que grité de pequeño, todo aquello que oculta mi verdadero ser. Yo sí sé quién soy y en qué me he convertido. Me vengaré de quienes negaron la evidencia, de quienes al ver mi cuerpo se imaginaron que estaban con otra persona. Yo ahora soy dual, he llegado a la perfección absoluta, he sufrido una metamorfosis.

* * *

—Comisario, ¿se ha dado cuenta de una cosa? —le soltó Paolini a su superior mientras regresaban a Catania.

—No, Paolini, pero estoy seguro de que tú sí.

Su tono sonó tan falso que no convenció ni al tonto de Totò, quien conducía pero no perdía detalle de lo que decían a su espalda.

—La investigación no ha avanzado prácticamente nada desde que estamos Sicilia. Solo nos comentan o nos dicen tonterías para acallarnos. Estamos fuera. Podemos investigar todo lo que queramos por nuestra cuenta y riesgo, pero la línea oficial la tienen ellos.

—No hay que ser muy inteligente para darse cuenta de ello, Paolini, pero no nos han prohibido que indagemos en este caso. Por lo que a mí respecta, estamos dentro del caso, por muy mal que le sepa a Grecco. Y desde hoy mismo estoy seguro de que sabemos al menos una cosa que ellos ignoran: la palabra que está escribiendo el asesino mientras mata es «METAMORPHOSIS». ¿Verdad que sí, Adriana?

—Desde luego. Por cierto, ¿volvemos a Catania para quedarnos allí? —respondió ella.

—Sí. Ese es nuestro cuartel general, querida.

A Marini se le escapó un adjetivo demasiado cariñoso.

—Pues me parece que seguiremos acumulando errores. No creo que el asesino se deje ver más por Catania. En cada lugar donde mata hay arte barroco, pero las ciudades son cada vez más pequeñas. Es como si estuviera haciendo una macabra ruta del Barroco. De más a menos.

—¿Y dónde volverá a actuar?

—Eso no lo sé. Pero descarto Catania por completo.

—¿Descartas Palermo también?

La pregunta pareció hacerle daño a Adriana.

—No. Pero me gustaría eliminarla de la lista. No quiero que mi familia corra los mismos riesgos que yo.

—Pero en Palermo también hay arte barroco, ¿verdad?

Por supuesto, la pregunta del comisario era retórica.

—Sí. Pero no es solo mi deseo de que allí no actúe. Tengo la intuición que no lo hará jamás. ¿Podríamos establecer nuestro nuevo cuartel en Ragusa capital?

—¿Me aseguras que actuará allí otra vez?

—Puede ser. O quizás cerca también los alrededores. ¿No tenéis la sensación de que nos estamos acercando al asesino?

—No, señorita. Todo lo contrario —contestó Paolini—. Siento que cada vez nos alejamos más del caso y, por supuesto, del asesino. Por cierto, cuando llegemos a Catania necesito que me recordéis que debo efectuar una llamada importante.

—¿Acaso estas tan ajetreado que lo olvidarás al llegar?

—No. Pero quiero haceros partícipe de ello. No quiero que luego se diga que trabajo por mi cuenta —dijo, en franca alusión al comisario y su última bronca telefónica.

* * *

El fiscal general del Estado era un hombre tan entrado en la cincuentena que a veces le costaba recordar cuándo había comenzado esta. Le pareció que este decenio de su vida era una verdadera mierda. Había acumulado un divorcio traumático que, en vez de llevarlo a una serena paz, lo condujo a otra relación todavía más destructiva.

«No sé elegir bien a las mujeres», solía decirse en aquellos años. Tanto si esa generalización era cierta como si no, lo cierto es que se había quedado solo en la vida.

Apenas veía a sus hijos adolescentes, y cuando lo hacía era consciente de que solo les movía el interés económico.

En el trabajo le pasaba tres cuartos de lo mismo.

«Cuanto más y mejor intento hacer mi labor, más solo me voy quedando. ¿Seré de las pocas personas honradas que quedan en este país y por ello me siento cada vez más arrinconado?», pensaba mientras volvía a casa después de una larguísima jornada de trabajo.

Aquella casa opulenta en la que se recluía nada más acabar con su deber era lo único que había conservado de su divorcio. Las demás casas, locales, dinero y productos financieros habían pasado a otras manos.

No obstante, mantenía un hilo de felicidad cuando entraba en aquella mansión con jardín donde podían verse réplicas de estatuas famosas, tanto barrocas como renacentistas o clásicas. La acumulación de todas ellas dejaba un regusto desagradable en cualquier entendido de arte.

¿Qué hacía una réplica del David de Miguel Ángel junto la copia de la griega de *Laocoonte y sus hijos*?

Pero el tipo era feliz viendo aquello. Pensaba que, por lo menos, las estatuas no le traicionarían. Cuando el caso del Asesino del Barroco salió a la luz, él se había

interesado por el tema. Había movido hilos y tocado teclas, quizás demasiadas. No era un funcionario políticamente correcto, y no obstante lo cual tenía el mérito de mantenerse en su puesto. Ni la corrupción ni los escándalos habían ensuciado su carrera, pero tenía un gran fallo: apenas contaba con algunos amigos, y en ningún caso eran de los que conservas toda una vida desde la más tierna infancia.

Estaba completamente huérfano de los apoyos políticos necesarios para ostentar un cargo de su nivel. Era consciente de ello, aunque siempre pensó que, si hacía bien su trabajo, las cosas no tenían por qué irle mal. Pero en un país como Italia te cavabas tu propia tumba si empezabas a hacer demasiadas preguntas incómodas.

Así pues, el fiscal general del Estado Italiano, falto de apoyos y alicientes en su vida había invertido demasiados esfuerzos en solucionar aquel caso, que de todos modos era competencia o bien de la policía, o bien de los *carabinieri*. Eran ellos quienes debían solucionar aquello.

En cualquier caso, y aun siendo fiscal, su puesto tenía más connotaciones políticas de lo que cabía esperar. Pero no era consciente de ello: se sentía como un fiscal con derecho a castigar y perseguir al margen de lo que pensarán los demás. En aquel caso del Asesino del Barroco llegó a sentirse incluso comisario de policía. Él y solo él había urdido el plan que consistía en meter a los verdaderos protagonistas de las investigaciones en un avión militar rumbo a Catania.

Obró así porque ya no contaba con apoyos, y porque se había descubierto un asunto tan oculto como peligroso que ponía a otras personas en situación de alerta máxima. El fiscal general del Estado Italiano, bastante desconectado de la realidad, se había metido en terreno pantanoso.

Estaba claro que había tomado decisiones equivocadas, pero además se dio cuenta de lo que ocultaba realmente aquel caso. Y entonces tuvo miedo, pero ya era tarde, porque volver a casa con temor era como dirigirse hacia su propio fin.

Hacía rato que había oscurecido cuando el fiscal entró a su casa. Nada más traspasar la puerta, dos tipos se le abalanzaron y lo tiraron al suelo. Una vez allí, lo molieron a palos con un bate de béisbol como harían unos delincuentes comunes. Le reventaron la cabeza a golpes y murió allí mismo mientras la sangre se abría camino lentamente sobre el frío mármol.

Los dos asesinos se aseguraron del éxito de la misión que los había llevado allí, y acto seguido empezaron a destrozar la casa para simular un robo. Se llevaron dinero en efectivo y algunas joyas que habían sobrevivido a su divorcio. Mientras los cajones y todo tipo de objetos rodaban por la casa, sonó el teléfono fijo. Era Paolini, que había conseguido el número y llamaba desde Catania.

Los dos asesinos frenaron en seco y se hicieron un gesto cómplice para irse de allí. El trabajo estaba hecho y la tapadera para encubrir el asesinato también. Aquel fiscal no iba a molestar más.

* * *

El *maresciallo* Roberto Grecco había recibido por teléfono la noticia del asesinato del fiscal general.

«Esto se está poniendo muy feo, y yo en medio de toda esta mierda. Como no lo solucione rápido, el próximo en desaparecer seré yo», pensó en las primeras horas de aquella madrugada que lo había llevado a Ragusa.

—Vamos a cortar todas las carreteras que podamos. Si es necesario, nadie se moverá sin que yo tenga conocimiento de ello. Necesito atrapar a esa furgoneta y al asesino que anda suelto —le dijo a uno de los oficiales que estaban a su cargo.

Mientras tanto, el Ser Imperfecto seguía oculto en la *Fornace Penna*, escondiendo su furgoneta. Creyó que ya no era necesario utilizarla, porque seguramente levantaría demasiadas sospechas. Alcanzaría sus siguientes objetivos o bien en motocicleta, o bien a pie y a cara descubierta. Así no despertaría tantos recelos.

No obstante, la motocicleta suponía una limitación importante: debía cometer los siguientes asesinatos en los mismos escenarios donde aquella mente desequilibrada imaginaba sus obras de arte. Y estas eran cada vez menos planificadas y elaboradas, solo respondían a algo que su mente no acababa de aceptar: el comportamiento típico de un asesino en serie. Por mucho que se esforzase, nadie podría ver nuevas obras de un Barroco renacido. Creía ser Perfecto, un nuevo maestro de aquel arte que se había extinguido a finales siglo XVIII. Sin embargo, solo era un Ser Imperfecto, un vulgar asesino que mataba en nombre del arte.

A pesar de sus alteraciones psíquicas era capaz de intuir que la policía lo estaba cercando.

Se acercan. Menos es más. No necesito más y mejores obras. Noto que mi capacidad creativa está disminuyendo. No importa. Crearé las que sean necesarias y el mundo podrá contemplarlas. Luego se maravillarán al ver la gran belleza en la que me he convertido. Soy una obra de arte viva. La primera que ha existido, la única que jamás existirá. La expondré al mundo, y luego descansaré.

* * *

Llegaron al Palazzo San Demetrio al mismo tiempo que asesinaban al fiscal general. Mientras Paolini hacía aquella llamada sin respuesta a Roma, Adriana y Marini volvían a la habitación anaranjada que con un poco de imaginación llevaba a sus huéspedes a tiempos del Barroco.

—¿Cómo te imaginas nuestra relación después de que toda esta locura se haya acabado? —preguntó Adriana, muy seria.

—No lo sé. Lo único que siento es la necesidad de estar a tu lado. Me cautivaste desde el momento en que te vi. Si pudiera escoger, te elegiría para siempre. Eres esa parte de mí que se siente vacía, y la llenas con tu mera presencia de mujer maravillosa.

—Gracias. Tú eres el tipo de hombre que siempre he deseado tener a mi lado, aunque nunca lo he confesado en voz alta. Tu lado oscuro y villano me hace descubrir tu lado más fantástico y benévolo. Es una suerte poder descubrirlo. Así tendré la posibilidad de estar a tu lado, si tú quieres.

—Dime una cosa, Adriana. ¿Por qué el asesino está escribiendo la palabra «METAMORPHOSIS»?

—No lo sé a ciencia cierta. Sin duda se trata de un cambio, o al menos es así como debería interpretarse de manera literal. ¿Un cambio dentro de la propia mente del asesino? ¿Un cambio en su cuerpo? ¿Una transformación de cuerpos de inocentes en supuestas obras de arte? ¿El nacimiento de un nuevo arte en la mente enferma del asesino?

—¿Dónde crees que volverá matar?

—Donde menos lo busquemos. Donde las obras de arte sean cada vez de menor entidad. Tiene prisa y utiliza el Barroco a su antojo. Matará allí donde el Barroco haya dejado huella, aunque sea de forma testimonial y desconocida. Ya no necesita a maestros como Bernini. Creo que ese ser malvado se cree el nuevo impulsor de un arte Barroco que en realidad solo existe en su mente.

—¿Incluso un balcón cualquiera con retorcidas formas barrocas le serviría?

—Me temo que sí. Todavía necesita cuatro obras más para terminar la palabra.

—¿Y luego?

—¿La «metamorfosis» habrá terminado? Probablemente. Pero no acabo de entender lo que busca. Perdóname, Carlo. Te dije que cuando hubiera una nueva letra escrita sobre la piel de esos inocentes habría descubierto el objetivo que busca el asesino. Pero no es así. Cierto es que he averiguado cuál es la palabra que está escribiendo, pero no puedo decirte mucho más. Lo siento de verdad —se disculpó Adriana con voz triste y cansada.

—No te preocupes. Hoy tengo la sensación de que hemos avanzado más que ningún otro día. Los *carabinieri* ni se imaginan la palabra que todavía está escribiendo ese criminal. Pero al mismo tiempo, me temo que ellos saben otras cosas que nosotros desconocemos.

—Perdona mi ignorancia, Carlo. ¿Cuál es la diferencia entre ambos cuerpos?

—¡Ah! Gran pregunta. Nosotros dependemos del Ministerio del Interior, y ellos, del de Defensa. Son un cuerpo militarizado, e incluso pueden llevar a cabo operaciones en el extranjero.

—¿Para perseguir asesinos en serie se necesita tanto?

—No. Pero ellos también pueden actuar y, si reciben órdenes desde más arriba, con más razón.

—Eso es lo que pienso yo. Esto se está convirtiendo en algo cada día más gordo, y nosotros en medio no somos capaces de dar en el clavo. ¿Paolini ha ido a llamar al fiscal general?

—Sí.

—Eso es que teme que todo sea más complicado de lo que imaginamos.

—Puede ser. Paolini sigue pensando en la voz del fiscal general, un personaje entre funcionario y político que nos ha traído aquí con tanta prisa. ¿Para qué? ¿Para que los *carabinieri* nos cortaran el paso cada vez que diéramos uno adelante? No tiene sentido. ¿Me dejas que lo llame a su habitación?

—Por supuesto. Mientras, me quitaré la ropa y descansaré. Puedes dormir a mi lado aunque estemos estrechos en una sola cama.

—De acuerdo.

Marini llamó a su subordinado. La respuesta fue escueta. No había podido hablar con el fiscal, nadie le había cogido el teléfono a aquella hora.

No le dio importancia. Decidió acostarse junto a su nueva amante, y no porque fuera la siguiente de una larga lista, sino porque para él aquello era una novedad.

* * *

A la motocicleta no le costó nada superar los kilómetros que separaban Sampieri y la ciudad donde quería mostrarle al mundo su nueva obra: Modica.

Aunque había crecido hasta alcanzar los cincuenta mil habitantes y desbordarse por las laderas de las montañas y por el altiplano que la circundaba, Modica conservaba la apariencia de un gran pueblo. Pero el cartel que leyó el Ser Imperfecto decía lo contrario: *Città di Modica*.

El Ser Imperfecto seguía desafiando al mundo, no solo por el hecho de conducir aquella moto sin casco, sino porque al hacerlo a cara descubierta mostraba a todos su rostro. Pero ¿quién conocía realmente aquella cara femenina de rasgos suaves y melena de color castaño y reflejos rubios?

Seguramente nadie que viese una foto de sus años de facultad sería capaz de asociarla con aquel ser que conducía con parsimonia por Modica y que a esas alturas arrastraba un breve pero intenso historial delictivo.

Vio que los *carabinieri* habían apostado controles de entrada a la ciudad. Pero los pasó sin problemas.

Bajó por una de las laderas de la montaña cuyas calles descendían y serpenteaban hasta lo más bajo. Una vez hubo llegado al otro lado del valle comenzó a ascender.

El Ser Imperfecto sabía muy bien adónde se dirigía, y tomaba las rectas y las curvas con tranquilidad, lentamente, como si fuera un lugareño y no tuviera ninguna prisa. A media altura de la montaña que estaba subiendo tomó por otra calle que cambió de sentido y volvió a descender suavemente por las entrañas de Modica.

Tras una curva cerrada, el Ser Imperfecto aminoró la marcha, detuvo el motor y contempló una de las grandes bellezas del Barroco tardío: La catedral de San Giorgio.

Ascendió uno a uno los ciento sesenta y cuatro escalones ante la imponente fachada joya del Barroco. El Ser Imperfecto respiró hondo varias veces mientras subía, no porque el sol que daba de pleno le afectara, sino porque parecía estar

cogiendo fuerzas, se le aceleraba el pulso y estaba alcanzando el grado de excitación que precedía a su nueva forma de experimentar: el asesinato.

Cruzó la entrada principal y descubrió las cinco naves que sustentaban la catedral. Empezó a pasear por entre la bancada.

En una zona del pavimento en piedra, cerca del altar, vio el diseño de una línea meridiana posterior a la construcción de la catedral. El Ser Imperfecto desconocía de su existencia.

Los rayos del sol que entraban del exterior, desde lo alto y a la derecha, marcaban sobre aquella línea meridiana el mediodía local. En el extremo izquierdo de aquella línea pudo ver una lápida con las coordenadas geográficas de la iglesia, y por tanto de la misma ciudad de Modica.

Siguió por el pasillo central en dirección a la puerta de entrada. Se quedó mirando hacia arriba mientras contemplaba las decoraciones barrocas de la bóveda. Tomó aire como si no fuera a respirar nunca más. Notó que el instinto asesino que había desarrollado lo llamaba.

A unos metros había una mujer mayor vestida completamente de negro. Se abalanzó sobre ella en un segundo y la agarró por detrás. Sacó el puñal que llevaba escondido y empezó a hacerle cortes horizontales en el gáznate, uno tras otro. Mientras, la mujer iba perdiendo sangre y las pocas fuerzas que le quedaban. Su cuerpo se rindió y se venció hacia atrás.

El Ser Imperfecto evitó que cayera. Aún la tenía cogida por el torso con la mano izquierda. Por último, marcó una O en la mejilla de la anciana con la mano derecha.

Sin más dilación, la arrastró hacia la puerta principal. Un sol poderoso iluminaba aquella fachada, y el Ser Imperfecto bajó aquel cuerpo sin vida por la escalinata y lo dejó a medio camino.

Con los cortes horizontales y mortales quería representar la escalinata de una de las maravillas del Barroco siciliano: San Giorgio di Modica.

Y antes de irse para que no lo detuvieran, dijo una frase:

—*Et lux in tenebris lucet.*

Y la luz seguía brillando entre las tinieblas de sus actos horrendos.

Mientras acababa de bajar la larga escalinata se oían ya los primeros gritos junto a la puerta principal. La motocicleta arrancó justo entonces. Hubo quien señaló el camino por donde se había escapado aquel ser demoníaco. Ni en la catedral ni en sus alrededores había ningún *carabiniere*.

Antes de que los pocos agentes que custodiaban Modica se enterasen, el Ser Imperfecto ya había pasado de vuelta por un cartel que decía: «*Modica. Città Barocca*».

* * *

—¡Te lo dije! —exclamó Adriana mientras (ahora sí) Totò conducía a toda

velocidad por la carretera nacional que unía Catania y Ragusa.

—¡Sé lo que dijiste! ¡Pero no especificaste dónde volvería a actuar, porque ni tú ni nadie lo sabe! —le respondió Carlo Marini.

Siguieron discutiendo. Parecía más bien su primera bronca de pareja, porque acabaron llevando el asunto al terreno de lo personal que no tenía que ver con lo ocurrido en Modica.

De repente sonó el teléfono móvil de Paolini. Giorgia Mirante lo llamaba desde Roma.

—Dime, Giorgia, dime.

Se hizo un prolongado silencio. Paolini se limitaba a escuchar. A cada segundo que pasaba, su cara daba paso a la incredulidad.

Paolini se despidió de su compañera de trabajo sin apenas añadir nada, y apagó el móvil.

—Joder, Paolini, ¿qué pasa?

—Anoche asesinaron al fiscal general. Justo ayer, mientras lo llamaba a su casa y no respondía nadie.

A Paolini le pareció que sus labios se helaban en pleno mes de junio.

—¡Coño! ¡El que tenía tanta prisa para mandarnos aquí! ¡A ver si vamos a acabar todos de la misma manera!

—Do... *Dottore* —tartamudeó Totò como de costumbre mientras no le perdía ojo a la carretera—. No les va a pasar nada a ustedes. Se lo prometo.

Y cruzó ambos índices, se los llevó a los labios y los besó.

El comisario se acordó de la payasada de creer ver que el asesino se persignaba después de haber matado a su primera víctima. Pero cada vez comprendía mejor a aquel *carabiniere* rechoncho y Adriana le había trasvasado parte de la empatía que sentía hacia él, de modo que no fue cruel:

—Gracias, Totò. Pero ahora límitate a conducir bien, que vas más deprisa de lo habitual y no sé si eso es bueno.

—No se preocupe, *Dottore*. Los voy a llevar hasta Modica en persona personalmente.

—¿Cómo has dicho?

—No le hagas caso. Ya le he oído esa frase alguna vez. No solo se traba con las palabras, sino también con las ideas que quiere expresar —le susurró Adriana.

En el horizonte vieron la ciudad de Ragusa. La bordearon a través de las innumerables rotondas que la comunicaban. Tomaron otra carretera. Cuando quisieron darse cuenta estaban atravesando uno de los puentes más altos de Europa, y a su izquierda se veía Modica.

Al llegar a la parte baja pudieron ver a su derecha la Chiesa di San Pietro coronada con un típico campanario barroco. La furgoneta negra con banda roja fue subiendo por la montaña hasta llegar a medio camino. Allí lucía la que para algunos era la séptima maravilla del Barroco: Il Duomo di San Giorgio.

Los *carabinieri* tenían la mala costumbre de aparecer siempre que aquel ser nefasto había actuado, iban un paso por detrás o, mejor dicho, unas horas tarde.

—¡Han vuelto a fracasar! —le gritó el comisario al *maresciallo* Grecco.

—¡A mí no me hable de fracaso o pido permiso al Ministro de Defensa para que lo meta en el mismo avión de vuelta!

—¿Por qué no le pide ese mismo permiso al fiscal general? —terció Paolini.

—No sé de qué narices me habla.

—Anoche lo asesinaron brutalmente en su domicilio.

—Sí, eso he oído, unos delincuentes comunes entraron a robar en su casa.

El *maresciallo* pareció desviar la mirada.

—Yo creo que lo asesinaron a sangre fría. Sabía demasiado y lo mataron.

—¿Ah, sí? Entonces ya sabe más que yo. —Grecco seguía rehuyendo el tema.

Marini parecía estar cogiendo fuerzas para otra embestida dialéctica:

—¡Háganos el favor de explicarnos todo lo que saben! Si no me lo quiere decir a mí, dígaselo a Totò. Para eso está, ¿no?

Totò pareció alegrarse al adquirir protagonismo en aquella riña.

—Una víctima más. Eso es todo. ¿Es que acaso no ha venido por esto? —le contestó el *maresciallo*.

—Y lleva marcada en la piel la letra O, ¿me equivoco? —añadió Adriana con voz segura y tranquila.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Grecco con cara de pocos amigos.

—Lo sé, del mismo modo que ustedes se reservan información que desconozco. ¿Está dispuesto a compartirla, *maresciallo*?

—No tengo nada que compartir. Si hay alguna nueva información, se la contaré a Totò. Esos fueron los términos en que aceptamos que el fiscal general los enviara aquí. Ahora tengo dudas de si el trato sigue vigente...

Grecco entró en la catedral de San Giorgio a hablar con sus hombres. Ya le había dedicado demasiado tiempo a aquel grupo de ineptos, pero se fue con el resquemor que le produjo Adriana al saber que nueva letra había marcado el asesino. ¿Sabría ella más que los propios *carabinieri*?

El grupo se quedó hablando en voz baja junto a la furgoneta.

—No podía ni imaginarme que este tipo fuera así de imbécil —dijo el comisario—. Cuando tuve la oportunidad de colaborar con él en Roma hace unos años parecía más eficiente. A no ser que...

—¿A no ser que nos esté ocultando algo? —sugirió Paolini.

—Yo no he dicho eso.

—Venga, comisario. Usted mismo intuye que esta gente dispone de información que no quiere compartir. La cuestión es qué y por qué.

—Sí —convino Adriana—. Estoy de acuerdo. Si no nos lo dicen, tendremos que averiguarlo o guiarnos por la intuición. Tú no sabrás nada de esto, ¿verdad, Totò?

El *carabiniere* se puso tan nervioso que ni siquiera tartamudeó. A juzgar por la

cara que puso, pareció como si fuera a explotar. Denotaba la total ingenuidad que el resto del grupo había demostrado durante aquellos días. Totò no les estaba mintiendo.

«Simplemente es tonto», pensó Paolini, pero guardó silencio porque Totò estaba a su lado.

«Una O más —pensó Adriana—. Ya tenemos escrito “METAMORPHO”. No voy desencaminada. La palabra es “metamorphosis”».

—¿Buscamos un nuevo alojamiento? —propuso Adriana.

—¿Dónde? —Marini no estaba seguro de cuáles eran las preferencias de Adriana.

—Aquí. O, mejor aún, en Ragusa.

Volvieron a Ragusa y enseguida encontraron donde dormir: Un austero hotel llamado La Dimora di Piazza Carmine. Dejaron las cosas en sus respectivas habitaciones y se reunieron en el *hall*.

Comenzaron a desentrañar aquel caso. En el mostrador de recepción había un hombre que no perdía detalle de la conversación mientras ponía una cara de pocos amigos.

Consciente de ello, Adriana bajó la voz y evitó que la conversación se le fuera de las manos. Totò seguía con ellos también allí, escuchando y abriendo mucho los ojos, como casi siempre.

—Para mí está claro. Gabriella Nifosì es la persona a quien buscamos. El problema es que disponemos de muy poca información sobre ella. Ni siquiera yo la recuerdo de mi época en la facultad.

—Tampoco tenemos manera de acceder a ella. Alguien ha borrado sus primeros... ¿veinte años? Y han sido ellos. Los mismos que no están dispuestos a compartir nada. Y ayer matan al fiscal general, que estaba interesado en solucionar todo esto.

—Yo sigo diciendo que es un hombre —sentenció Marini—. Esa forma de actuar tan brutal no es propia de una mujer.

—Pero fíjese en una cosa, comisario. Cuando Adriana dio con el nombre de esa mujer, dejaron de barajarse otros posibles nombres de sospechosos. Y uno o dos días después estábamos aquí. ¿Fuimos nosotros quienes tomamos esa decisión?

—No. Fue el fiscal general.

—Sí. Pero los *carabinieri* ya la estaban buscando aquí. Cuando llegamos a Catania, esto estaba lleno de esos malditos *sbirri*.

—No es una mujer. Olvidáis que en el primer asesinato hubo una violación, y en el tercero también.

—Pero no hallaron restos de semen, comisario —adujo Paolini—. Pudieron haber forzado a las víctimas con cualquier objeto.

—Existe otra posibilidad.

Y Adriana guardó un silencio interminable porque no se atrevía a decir lo que realmente pensaba desde hacía días.

—¿Qué posibilidad, Adriana? Me vas a volver loco con tus intrigas —se

desahogó Carlo Marini.

—A ver... Retrocedamos un poco. O bastante. Intentemos viajar en el tiempo a través de la vida de esa persona a quien apenas conocemos. Desde el presente hasta una supuesta infancia. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, incluido Totò, quien movió la cabeza con gesto nervioso y aturdido.

—Muy bien. Gabriella Nifosì estudia Historia del Arte con brillantes calificaciones, en especial en Latín y en Arte Barroco. Insisto en que no la recuerdo de la facultad, ¿de acuerdo?

»Si es la misma persona que ha cometido todos esos asesinatos, ello se debe a que a través de la contemplación del arte barroco da rienda suelta a los demonios que la dominan.

»Yo imagino a una persona completamente obsesionada con la belleza y con el cuerpo humano. Sacia sus traumas matando. Y esos traumas tienen que venir de un pasado del que no sabemos nada.

»Mientras lo hace, va escribiendo letras en las pieles de sus víctimas. La palabra que va construyendo es “METAMORPHOSIS”. Y te engañé, querido Carlo. Sí creo saber a qué se refiere con eso.

—¿A un cambio? —propuso el comisario sin mucha convicción.

—Exacto. Ahora bien, ¿qué tipo de cambio? Quizás me equivoque pero los problemas de Gabriella Nifosì nacieron con ella. Los arrastró en su infancia y en su juventud. Ya ha llevado a cabo la metamorfosis. Eso puede explicar asimismo las violaciones y esa fuerza sobrenatural que parece tener. No hay dos asesinos, como alguno de nosotros ha querido creer en algún momento.

—Entonces, ¿de qué se trata, Adriana? —soltó Paolini, ansioso por descubrir el gran secreto que la historiadora estaba a punto de desvelar.

—Creo que el asesino nació en un cuerpo de hombre pero se siente mujer. Es un hermafrodita. Con los años ha ido cambiando, esculpiendo su cuerpo en función de la belleza que busca. Quizás se haya operado los pechos y se haya practicado también otros retoques en el rostro, y tal vez haya tomado hormonas.

»La cuestión es que nació mujer pero en un cuerpo de hombre. Y ahora está liberando esos traumas. Por desgracia, lo hace con inocentes que no tienen la menor culpa.

Todos se quedaron boquiabiertos al oír su explicación.

EL SACERDOTE

Iré tal como soy al pueblo que me vio nacer. Desde aquel día supe que era una mujer atada a un cuerpo de hombre. Nadie escuchó mis quejas, ni mi familia estuvo a mi lado. Y sí, tú también te equivocaste cuando abusaste de mí. No viste más allá de lo que tus ojos y tu lujuria te invitaron a profanar.

Con el paso del tiempo no solo no te he perdonado sino que me he convertido en un ser dual. Toda la belleza posible está en mí. Dos cuerpos y dos mentes fundidos en uno solo. Soy perfecto, hoy sabrás cual es mi secreto y recibirás el castigo que merecen los cobardes, los que se esconden tras las apariencias engañosas.

Yo soy el nuevo maestro del Barroco y haré contigo una obra incomparable.

Rezaré por tu alma después de acabar con tu cuerpo. Hoy es tu último día, Satanás.

* * *

El comisario llevaba horas sin salir de su asombro. Su amante le había descrito al asesino como un transexual.

Para su mentalidad, bastante conservadora de por sí, el individuo a quien buscaban era un monstruo, un enfermo social, un asesino obsesionado con la identidad sexual.

Pero el Ser Imperfecto era otra cosa: un ser que habitaba un cuerpo que no sentía como suyo, y por ello había desarrollado una psique tan traumatizada como ciertos episodios de su infancia y adolescencia. Por lo demás era como el resto de la gente, imperfecto, y no un ser tocado por lo divino o una belleza perfecta y dual, un maestro de nuevas artes.

Todo aquello existía solo en su mente delirante, a la que había ayudado un pasado condicionado, socialmente represivo y dañino.

«No sé cómo calificar exactamente al ser a quien buscamos, si hombre o mujer. Adriana habla de hermafrodita. ¿Eso es lo mismo que transexual? ¡Pero si los transexuales no existen! ¡O se es hombre o se es mujer! Eso ya me lo enseñó mi madre, que en paz descanse.

»Todo lo demás es jugar a cambiar de sexo. Además de asesinar... ¡es un degenerado!

»¡Qué ganas tengo de cogerlo y volarle los sesos! ¡Pero es que cuando mata no se contenta con eso, hace verdaderas atrocidades!

»¡Todos estos que no se sienten bien con su cuerpo son un peligro! ¡Por no hablar

de los julandrones! ¡El hombre está hecho para amar a la mujer y viceversa! ¡Todo lo demás es vicio puro!».

El comisario se calentaba la cabeza solo de pensar en esas cosas. El que Adriana soltase lo que llevaba pensando los últimos días quizás no ayudara tanto a la investigación; al menos, no con comisarios así. ¿En qué iban a cambiar las cosas a partir de aquel momento? Posiblemente solo Adriana era capaz de seguir la investigación por aquella línea tan fina y complicada que había comenzado a descubrirse. Nada más ella podría entender la mente del hermafrodita, saber qué quería, por qué y dónde.

¿Sabrían los *carabinieri* a qué tipo de asesino se estaban enfrentando?

* * *

El *maresciallo* Roberto Grecco había instalado también su centro de mando a la ciudad de Ragusa, unas cuantas manzanas más arriba, muy cerca de la catedral donde aquellos angelitos fueron expuestos después de ser decapitados.

Los primeros informes forenses sobre aquel asesinato múltiple indicaban que los niños habían muerto antes de que los decapitaran con una sierra eléctrica.

¿Quién poseía algo así y dónde lo había hecho? Lo que más traía de cabeza a los *carabinieri* era la movilidad del asesino. ¿Cuál era la lógica de sus continuos cambios de escenarios? ¿Criterios geográficos? ¿Cambios de escenarios para eludir los controles policiales? A pesar de que todo el mundo lo conocía como el Asesino del Barroco, el cuerpo de los *carabinieri* había dejado a un lado cualquier vinculación entre el asesino y el arte.

Sin embargo poseían, unas informaciones secretas que no podían compartir con nadie más, tan solo entre ellos, y eso sin dar demasiadas explicaciones.

Los *carabinieri* lo sabían todo acerca de Gabriella Nifosì, o comoquiera que se llamase antes de cambiarse el nombre. Se llevaron tal sorpresa cuando salió a colación aquel nombre que tuvieron de detener la investigación, ya que se habían topado con un pasado delicado y un presente que podría ser mucho más amenazante.

Los *carabinieri* querían darle carpetazo al asunto no sin antes tapar muchas cosas, atarlo y rematarlo sin que nadie hiciera preguntas, sin que nadie supiera la verdad.

—Traigan más hombres desde Catania hasta Ragusa, los necesitamos aquí. No tardaré ni dos días en solucionar esto —aseguró el *maresciallo* mientras les daba órdenes a sus oficiales.

* * *

Aquella motocicleta le estaba permitiendo una movilidad mucho mayor que la aparatosa furgoneta. Fue así como llegó a Scicli, su pueblo natal, no muy lejos de

Sampieri.

Se detuvo en un comercio en el que vendían casi de todo. Compró una nueva mochila más femenina, un perfume de mujer, unas gafas de sol y un vestido ancho y vaporoso. Pagó al contado como había hecho en los últimos meses usando la cuenta corriente resultado del generoso fideicomiso que había establecido la única persona de su familia que realmente le entendió: su difunto abuelo.

Volvió a dar vueltas por el pueblo sin que nadie lo reconociera. La arquitectura barroca era omnipresente allí, era imposible no verla.

Aparcó la motocicleta junto a la Chiesa del Carmine y luego se dirigió a pie a una de las calles más conocidas, donde también estaba la sede del ayuntamiento.

Su primera extravagancia, previa al instante tan atroz que se acercaba, fue rociarse con aquel perfume femenino. Con ello pretendía resaltar su condición de mujer pese a tener órganos genitales masculinos.

Una vez hecho eso, el Ser Imperfecto ya estaba preparado para subir por la Via Francesco Mormino Penna, un sugente espacio urbano que la Unesco había incluido en la lista de Bienes Patrimonio de la Humanidad.

Mormino Penna, como la Fornace Penna. Todo encaja casi sin buscarlo.

Y sonrió por un momento.

En aquella calle convivían en perfecta armonía las arquitecturas barroca, modernista y neoclásica. Enseguida vio a su izquierda la Antica Farmacia Cartia, un bello ejemplo de arquitectura en cuya fachada estaba esculpido un querubín que descansaba sobre el arco de la entrada. El Ser Imperfecto recordó algunos momentos de su infancia. De cuando su madre, que murió joven, lo llevaba allí para encontrar un remedio para uno de los problemas de su hijo: se sentía a disgusto con su cuerpo y decía ser mujer. Mientras en aquella farmacia le procuraban ungüentos y bálsamos ineficaces, aquel niño soñaba con meterse hormonas en su cuerpo.

Cuánto mal me hicisteis aquí también. No tengo tiempo para vengarme también de vosotros, pero os juro que recordareis mi nuevo nombre para siempre. Yo he renacido y me he convertido en un ser perfecto, dual.

Siguió caminando. A su derecha vio la fachada del Palazzo Spadaro, de un estilo y gusto rococó sobrio y elegante. Unos metros más a su izquierda llegó a la escalinata ovalada de San Giovanni Evangelista.

El sol iluminaba la fachada de la iglesia y le confería un falso color rosáceo. Parejas de columnas barrocas sustentaban la entrada y, sobre ella, un bello balcón curvo con balaustrada de hierro de formas geométricas.

El Ser Imperfecto entró en aquella formidable iglesia barroca. Cuando estuvo dentro miró desde lejos el ábside y se persignó.

Primero me han de perdonar por todo lo que he hecho. Luego seguiré mi obra.

Fue dando pasos al frente, con decisión, sin que los nervios lo traicionaran ni la compasión le produjera remordimientos. El Ser Imperfecto estaba buscando justo a la persona que apareció al fondo de la iglesia: el padre Giovanni.

La transformación a que había sometido su cuerpo a base de cirugía, hormonas y maquillaje, unida al paso de los años, hizo que aquel sacerdote solo viera una mujer. Por eso no sintió ni inquietud ni desconfianza por la persona que acababa de entrar.

—Buenas tardes —dijo el padre Giovanni a modo de bienvenida.

El Ser Imperfecto tomó una bocanada de aire, se aceleró el ritmo cardíaco y mostró un rostro lleno de tensión, pero no contestó. Se quedó mirando la bóveda de la iglesia y su exagerada decoración.

—No hay misa hasta las ocho de la tarde, falta una hora. Hoy espero que vengan muchos feligreses, es San Juan y espero que la iglesia esté llena.

Lo sé. Sé cómo te llamas, y qué día es hoy. Pero no he venido solo por esas extrañas casualidades ni porque estemos en una iglesia con el mismo nombre. He venido a por ti. Pero primero quiero que me confieses.

El sacerdote siguió hablando solo. Un momento de intranquilidad vino a perturbar su paz mientras intentaba reconocer aquella cara: era imposible. No había visto aquel rostro de mujer.

—Quiero confesarme, padre —dijo directamente el Ser Imperfecto.

—Muy bien. Vamos al confesionario.

—No, padre. Prefiero confesarme en la pequeña capilla que tiene usted en el interior.

Semejante conocimiento de los secretos de aquella iglesia por parte de una persona a quien no había visto en la vida descolocó al sacerdote.

Se fueron por un lateral de la iglesia caminando en silencio. Enseguida el Ser Imperfecto pudo ver la capilla que el sexagenario cura tenía para su uso exclusivo. Con los años había conseguido ser el dueño de aquella iglesia. Había creado a su antojo una capilla dedicada a san Juan, cargada de cirios, vírgenes y una enorme estatua del santo al que veneraba.

El Ser Imperfecto la vio tal como la recordaba de muchos años atrás. Fea, vulgar y mundana.

Nunca has sabido crear arte. Solo eres un generador del mal y del gusto por lo chabacano. Déjame confesarme y sabrás de mí.

El padre Giovanni se tocó los cabellos grises y le dio la espalda a la capilla dispuesto a recibir la confesión de aquel ser deleznable. El Ser Imperfecto se arrodilló y apoyó codos y cabeza sobre una banqueta.

—Dime, hermana. ¿Qué te ha traído aquí para que te confieses ante nuestro señor Jesucristo? ¿Cuáles han sido tus pecados?

El Ser Imperfecto respiró hondo por última vez antes de hablar. Los músculos de la cara estaban aún más tensos.

—Padre, he pecado. No he dejado de hacerlo desde que hui de este pueblo que me vio nacer. He desobedecido casi todos los mandamientos del Señor.

»Dejé de amar a Dios ya desde muy pequeño, cuando me sentí abandonado por Él. He tomado su nombre en vano, creyéndome ser yo también un dios. —El Ser

Imperfecto parecía retomar la cordura por momentos.

»Deshonré a mis padres, sobre todo a mi madre, que fue la única persona que me amó. Mi padre, en cambio, siempre ha sido un lobo entre corderos, jamás me amó ni entendió la esencia de mi ser. No merece ni la deshonra.

»He mentido, he dado falsos testimonios. He cometido actos impuros, he violentado a personas inocentes —la cordura parecía volverle por segundos—, he actuado contra natura, y he sometido mi cuerpo a una metamorfosis.

»He robado, he cometido maldades mundanas. Y por último, padre, he matado. He cometido innumerables crímenes en nombre del arte Barroco y en el mío propio.

»¿Sabe padre? —Y el Ser Imperfecto retomó sus delirios megalómanos—. Yo soy el nuevo maestro del Barroco. He tenido que sacrificar vidas en su nombre. Crear obras de arte para ensalzar la vida, la belleza. Yo mismo me he convertido en un ser dual lleno de perfección y de belleza. Nadie está por encima de mí. Solo Dios. Le pido a Él que a través de su clemencia me perdone por lo que hice.

El padre Giovanni se quedó helado cuando oyó aquello. Tardó unos segundos en reaccionar.

—*Ego te absolvo* —dijo con voz temerosa, y sintió como si estuviese perdonando al mismísimo diablo.

—Gracias, padre.

—Bienvenida a la casa del Señor. Estás de vuelta y perdonada. ¿Cómo te llamas?

—Soy Enrico. ¿No me recuerda, padre? —Y al Ser Imperfecto le cayó una sola lágrima, pero no de tristeza sino de rabia.

—¿Enrico?

—Sí, padre. —Y el Ser Imperfecto alzó la cara—. ¿Tanto he cambiado que no me reconoce?

—No —respondió el sacerdote, asustado.

—¿Recuerda entonces haberse confesado ante Dios por lo que me hizo? ¿O ni siquiera fue capaz de reconocer sus pecados?

—Pero ¿de qué me estás hablando, alma de Dios?

—Mi madre se empeñó en que usted me llevaría por el camino correcto. Que así no desearía más volver a sentirme mujer. Pero ya ve, padre, aquí estoy, soy hombre pero también mujer. Acabo de confesar mis pecados. ¿Por qué abusó de mí cuando apenas era un niño? —Esta vez, la voz del Ser Imperfecto sonó colérica.

—¿Eres... Enrico Amato?

—Sí. Qué ironía de apellido, ¿verdad? Pero también soy Gabriella Nifosì, para honrar el apellido de mi santa madre, que fue la única que me amó.

Mientras en esta iglesia se predica el amor, cuando todos habláis de él, yo, en cambio, solo imagino mil formas de mataros, pensaba su mente enferma.

—Odio a mi padre, pero más le odio a usted, por haberme violado tantas veces sin que él me creyera. ¿Se arrepiente, padre?

La pregunta era tan incómoda y la formuló con tanto resentimiento que el cura no

pudo ni responder.

El Ser Imperfecto se levantó. Acercó el cuerpo al de aquel cura diminuto que empezó a temblar.

—Yo... Lo siento mucho —acertó a decir. Se sentía contra las cuerdas.

—Es tarde, padre. Ni se ha arrepentido jamás ni merece el perdón de Dios. Yo soy el maestro del Barroco y, además de ser un creador, imparto justicia. Padre, no tenga miedo. Su destino estuvo marcado hace tiempo, igual que el mío. Y recuerde, me llamo Gabriella Nifosì, he sufrido una metamorfosis total, soy mujer pero también hombre. Soy lo que no me dejaron ser, soy único, no descansaré hasta haber acabado mi obra.

El Ser Imperfecto cogió al padre Giovanni por el cuello y comenzó a arrastrarlo. La sotana de la que tiraba aquel perturbado estaba asfixiando al padre Giovanni, pero no lo suficiente como para que dejara de respirar. Se iba dando goles por las paredes y luego por los escalones. Lo quería llevar hasta el piso superior, donde la balconada se abría a la calle barroca.

Cuando llegaron allí, cogió en vilo al cura con sus fuertes brazos. El padre no se sostenía de pie, pues entre el miedo y los golpes había perdido todas las fuerzas.

—¡Pagarás por tus pecados! ¡No hay redención posible para ti! —le gritó.

Lo cogió por los sobacos y lo levantó más. Lo sostuvo así un par de segundos. Luego lo golpeó con violencia sobre la barandilla de hierro forjado. De manera premeditada, consiguió que al padre Giovanni se le incrustase por el gárgame una de las afiladas puntas de forma triangular.

Quedó clavado allí. El hierro había perforado su garganta y la sangre salía a borbotones. El cura violador estaba agonizando, los ojos se le hinchaban y la lengua se le salió completamente de la boca.

El corazón dejó de latirle apenas un par de minutos después. El Ser Imperfecto sacó de su nueva mochila el cuchillo con el que había matado a otras personas. Rasgó la parte trasera de la sotana del padre Giovanni, y marcó sobre su piel una enorme S.

Lo dejó así, parecía uno de aquellos *putti*, un querubín con rostro burlesco sacando la lengua sobre la balconada de una iglesia barroca.

—*Ecce homo!* —gritó el Ser Imperfecto. Era la misma frase que había pronunciado Pilatos al mostrar a Cristo torturado, la misma que los pintores religiosos ponían bajo la imagen de la crucifixión.

No quiso perder más tiempo. Dejó su nueva obra macabra para que el mundo la contemplase y bajó rápido aquellos escalones. Poco después se alejó de la fachada de San Giovanni Evangelista y tomó la calle en dirección norte para coger la Via Nazionale.

Caminaba con prisa y tardó un suspiro en llegar a la Chiesa del Carmine. Quiso hacer una última gran obra en su pueblo, pero la urgencia del momento lo llevó a improvisar.

Vio la fachada de aquella iglesia barroca con tres niveles y un bello portal. Había

un amplio ventanal en el segundo nivel, y algunas estatuas sobre pedestales.

Quiso entrar, pero reparó en la presencia de un *carabiniere* cerca del acceso. No obstante, se acercó a él sin miedo. Aquel *carabiniere* parecía a punto de jubilarse. Era rechoncho y de cabellos grises ocultos bajo el sombrero.

—Buenas tardes —lo saludó el agente.

—¿Me deja entrar?

—Un momento. Yo a usted la conozco...

Sin embargo, no acababa de asociar aquella cara con sus recuerdos.

—No creo que nos conozcamos. No soy de aquí. Insisto, ¿me deja pasar?

—Usted es... ¡Un momento! —Y por un instante, aquel *carabiniere* que había trabajado en el pueblo y en sus alrededores pareció reconocer la cara de Enrico Amato.

De poco le sirvió reconocerlo. El Ser Imperfecto cogió el puñal y le atravesó el corazón. Luego lo sacó y, mientras se desplomaba, le abrió la cara de arriba abajo y le marcó una I.

El *carabiniere* no llegaría a jubilarse, igual que le había sucedido al forense Ciro Capuccio.

Se encaminó hacia la motocicleta y huyó a toda prisa. Unas ancianas empezaron a gritar, lo mismo que otras que venían de la Via Nazionale y acababan de ver al cura muerto con la cabeza incrustada en la balconada de hierro.

Salir de Scicli en motocicleta le resultó a Gabriella Nifosì casi tan fácil como matar personas en nombre del Barroco. Se sentía satisfecha con el trabajo realizado hasta el momento.

Ahora debo llevar a cabo la obra quizás más difícil. Luego descansaré, pensó mientras huía.

Tomó una carretera, y luego otras, y finalmente la misma autopista que unos días antes. Esta vez su destino estaba un poco más al norte: Augusta.

Mientras Scicli se reponía del doble crimen y los *carabinieri* y policías empezaban a llegar allí, el Ser Imperfecto ya veía la península donde se emplazaba la ciudad de Augusta, que parecía nacer en el mar y aferrarse a tierra por un hilo invisible.

Cuando llegó a la zona del puerto, una embarcación de tamaño mediano y de gran velocidad lo estaba esperando para partir.

El Ser Imperfecto había pagado lo suficiente para que lo esperasen y nadie hiciera preguntas sobre el destino de aquel barco: Marsella.

* * *

Todos acabaron en Scicli un par de horas después, frente a la Chiesa del Carmine. Aquel era el primer *carabiniere* que sucumbía al Asesino del Barroco, y el *maresciallo* Roberto Grecco parecía a la vez enfurecido y hundido por no haber sido

capaz de evitarlo.

—También ha asesinado a uno de los párrocos de Sicli, don Giovanni Tumino — dijo el *maresciallo*.

—¡Dos más! —gritó Adriana—, y le puedo decir qué letras ha escrito.

—Ya está usted otra vez con ese cuento de las letras.

—Una S y una I, en ese orden.

—Muy bien, tiene usted razón. ¿Y eso qué quiere decir?

—Que solo le queda una letra más por escribir. Una obra macabra más. Si no la evitan, habrán fracasado ustedes al cien por cien.

Ese «una más» inquietó a Roberto Grecco más que la manera en que le había echado en cara sus reveses en las investigaciones.

—¿Y qué está escribiendo el asesino?

—¡Por favor! Se lo dije el otro día en Siracusa... —Pero no era del todo cierto, ya que entonces la historiadora aún no había dado con la palabra completa—.

«METAMORPHOSIS».

—Ah, muy bien. ¿Y eso qué significa?

—Significa «cambio», «transformación». No sé exactamente ni en qué sentido ni cómo interpreta el asesino el término —mintió, reservándose algo de información, si bien es cierto que basada solo en elucubraciones suyas.

—Desde luego. El asesino era una cosa hace tiempo y ahora es otra —se le escapó al *maresciallo*.

—¿Cómo? ¡Es la primera vez que suelta información, cabrón! —le recriminó de mala manera Carlo Marini.

Estuvieron a punto de llegar a las manos. Paolini tuvo que separarlos.

—Explique eso, por favor —le rogó Adriana de forma más calmada.

El *maresciallo* se los llevó a una de sus furgonetas. Entraron. Allí empezó a contarles todo lo que estaba dispuesto a admitir, que fue mucho más de lo que le habría gustado. Tenía órdenes directas de no difundir el pasado de la persona a quien buscaban desde hacía días, pero estaba empezando a desobedecerlas.

Les habló de Gabriella Nifosì. No era un nombre nuevo para ellos. Pero se encontraron con una novedad al descubrir qué le había sucedido a quien tenía todas las papeletas para ser el asesino en serie que buscaban.

Gabriella Nifosì no había nacido con ese nombre. El apellido que usaba era el de su madre. La persona a quien buscaban se llamaba Enrico Amato.

Se pusieron en guardia. Pero ¿por qué, si era un apellido muy común en Italia?

Enrico Amato había nacido en el mismo pueblo donde se hallaban en aquel momento: Sicli. De niño había frecuentado iglesias como la de San Giovanni Evangelista.

Según el *maresciallo*, el niño nació con un grave trastorno. Ni el mismo *carabiniere* sabía decir si era físico o mental. La única certeza que tenían era que aquel niño les había dado muchos problemas a sus padres. Parecía no sentirse a gusto

con su cuerpo, y decía ser una niña.

En su entorno más cercano solo le comprendió su abuelo, un potentado de la región que estableció un fideicomiso para que su nieto lo disfrutase cuando él muriera.

La madre, aun no entendiendo los problemas de su hijo, era la persona que más lo amó, pero murió joven sin haber llegado a disfrutar la adolescencia de su hijo.

El padre de Enrico Amato estaba tan centrado en su trabajo que desatendió a su hijo y le escatimó el tiempo y cariño que necesitaba, a pesar de que nunca le faltó nada.

Sospechaban que había sufrido abusos sexuales de pequeño, pero no sabían quién se los había infligido. Luego de ver al padre Giovanni asesinado con la lengua fuera mostrándose grotescamente al mundo, casi se podía confirmar la autoría de aquellos hechos y adjudicársela a él.

La infancia y adolescencia de Enrico Amato transcurrió marcada por la obsesión de que era una mujer. Cuando su padre se fue a Roma por motivos de trabajo, él pudo liberarse de su yugo opresor y comenzó a improvisar los pasos que daba.

Las investigaciones realizadas en los últimos días confirmaban que se había sometido a operaciones estéticas de implante de pechos, y que había tomado hormonas femeninas. Poco a poco cambió de aspecto, mientras sentía un gran odio por su padre y por la sociedad en general que no le comprendía.

Se matriculó para estudiar una de sus grandes pasiones: el arte. Al alcanzar la mayoría de edad había obtenido la independencia económica gracias al fideicomiso, y lo siguiente que hizo fue cambiarse el nombre y apellido en el registro.

Durante los años previos a los asesinatos, la persona que ahora se llamaba Gabriella Nifosì había desarrollado tal obsesión por la belleza que no solo le cambió el cuerpo sino también la mente.

Algún trastorno de personalidad debió de evolucionar en paralelo con sus cambios físicos. Además, el olor de la venganza se había apoderado de su ser.

Descubrieron este último punto hablando con algunos compañeros de la Facultad de Historia en la que coincidió con Adriana, quien puso cara de sorpresa, pues jamás se relacionó con la tal Gabriella, ni mucho menos podía explicar las conductas pasadas de esta.

Cuando Carlo Marini escuchó todas aquellas explicaciones, pretextó que no eran suficientes para que los apartaran de la investigación. ¿Qué mano negra había ocultado el pasado del supuesto asesino, y por qué? ¿A quién perjudicaba? ¿Por qué el fiscal general había puesto tanto interés en llevarlos hasta Sicilia y ahora estaba muerto?

La última pregunta era una línea roja que Grecco no podía contestar.

Pero quien formuló la pregunta clave fue Adriana: ¿quién era el padre de aquella mente atormentada que mataba en nombre del Barroco?

El *maresciallo* Roberto Grecco hizo una pausa y contestó de forma seca: Pietro

Amato, el primer ministro italiano.

EL SER IMPERFECTO

Pietro Amato no había nacido en una familia rica como la que su suegro le procuró a su esposa ni a su hijo con aquel fideicomiso del cual los *carabinieri* ya tenían conocimiento. Sin embargo, sí poseía una gran ambición por el poder.

De joven se hizo *carabiniere* y compaginó el trabajo con su gran afición: la política.

A los veintidós años conoció a la que sería su mujer. Dejó el cuerpo de los *carabinieri* para ingresar en las filas de la Democracia Cristiana, partido en el que militó hasta su desaparición. Luego se afilió a otros partidos hasta que finalmente empezó una larga carrera política en Forza Italia, donde fue subiendo progresivamente hasta ser el número uno del partido en la isla, lo que suponía tener buenas relaciones con la Cosa Nostra.

Las victorias de Forza Italia en Sicilia estaban aseguradas; no así el bienestar de su familia, a la que tenía muy olvidada.

Su hijo Enrico nació poco después. En los primeros años de vida de su hijo, Pietro Amato desconocía por completo el origen de sus problemas de identidad. Lo veía tan poco que era un extraño para él, y no podía entender que Enrico se sintiera mujer desde el nacimiento.

Fue su madre quien tuvo que recurrir a lo que más a mano tenía para solucionar un asunto que le provocaba una amargura insoportable; más, incluso, que las ausencias de su marido por motivos de trabajo o por las relaciones con amantes que ella fingía desconocer.

Fue así como Enrico acabó en manos de un cura depredador sin que su madre lo supiera. La ingenua madre pensó que si llevaba a su hijo por la senda de la disciplina cristiana, borraría de su mente aquellos pensamientos que consideraba demoníacos.

La carrera política de Pietro Amato despegó de una manera tan fulgurante como la enfermedad mortal que consumió la vida de su esposa en apenas un año.

Este hecho terminó de trastocar la ya de por sí desequilibrada mente de su hijo, justo cuando llegó a la adolescencia y su identidad sexual se confundía con su cuerpo: era una mujer dentro de un cuerpo de hombre.

Después de la muerte de su madre, padre e hijo se mudaron a Roma porque la política estaba llamando a las puertas de Pietro Amato con mucha fuerza.

Durante unos años fue diputado en el Parlamento de la República Italiana. Durante ese tiempo se produjo el cambio de nombre de su hijo por el de Gabriella Nifosì. La relación entre ambas personas era ya entonces inexistente.

Pietro Amato dio otro gran paso adelante cuando lo nombraron ministro de

Defensa. Por aquel entonces contó con el apoyo de amistades importantes en Forza Italia, con el Cuerpo de los *Carabinieri* y, de forma velada, de importantes capos de la Cosa Nostra.

Desde el ministerio ejerció un gran poder, no solo en el ejército y en los *carabinieri*, sino también en las altas esferas de la política del país.

Entonces se produjo una grave crisis de gobierno en Italia y, sin que trascendiera a la opinión pública, muchos dirigentes propusieron a Pietro Amato para el cargo de presidente del Consejo de Ministros.

Así se convirtió en primer ministro sin haber sido antes refrendado por unas elecciones, como había sucedido con Mario Monti y otros tantos. Pero llevaba más de dos años en el poder, y con unos índices de popularidad bastante altos.

Cuando saltó a la palestra el caso del Asesino del Barroco, nadie habría imaginado que sería el hijo del presidente del gobierno. Y todo había salido a colación gracias a una historiadora del arte que obtuvo ese nombre de los archivos de una universidad.

Ese nombre llegó luego hasta los *carabinieri*, que dieron la información justa y abortaron todos los intentos de que la verdad se supiera. El fiscal general del Estado Italiano andaba tras ella, y estaba tan cerca de averiguarla que ello supuso su final. No lo habían asesinado unos delincuentes comunes: las órdenes de liquidarlo venían de más arriba.

Una doble preocupación tenía en jaque a las altas instancias del cuerpo de los *carabinieri*: primero, que se supiera la verdad, y segundo, que el hijo quisiera atentarse contra el padre, cosa que cada vez veían más probable a pesar de todas las precauciones que estaban tomando.

* * *

Me voy de mi tierra feliz de todas las obras maestras que dejé allí para que el mundo las contemple. Me dirijo a realizar mi obra final, y luego descansaré como cualquier dios creador de belleza, en domingo, como me enseñó quien ahora pende de un balcón barroco con la lengua fuera. Soy perfecto en un 99,99 por ciento.

* * *

Las campanas de la Chiesa del Carmine dieron las doce de la noche. A esa hora, la plaza seguía tomada por los *carabinieri*. No paraban de sonar sirenas de nuevos vehículos que se añadían a los que estaban allí o partían en otras direcciones en busca del Ser Imperfecto.

El *maresciallo* Roberto Grecco estaba empezando a perder los nervios, y no dejaba de gritar a los suyos.

Totò ponía cara de susto y de no saber qué hacer, si seguir las instrucciones de aquel oficial o quedarse pegado al grupo de Adriana, que parecía ser la persona que más sabía del asesino.

—¡Quiero controles en todas las carreteras de la provincia! ¡Y en las limítrofes también! —añadió Grecco.

—¿Siguen buscando la furgoneta oscura? —preguntó Paolini.

—No vino hasta aquí con esa furgoneta. Lo vieron escapar con una motocicleta. Debe de ser la misma que utilizó en Siracusa, y en Modica. ¿Y dijo usted que solo le faltaba cometer un crimen más? —preguntó a Adriana.

—Lo que quise decir es que solo le falta una letra para conformar la palabra que está escribiendo.

—Entonces...

El *maresciallo* sintió un repentino sudor frío, cogió su teléfono y se dirigió al otro extremo de la plaza a hacer una llamada delicada.

Volvió al cabo de cinco minutos con la cara más pálida.

—¿Cómo puede ser que el asesino sea hijo del presidente del gobierno y hayamos tardado tanto en enterarnos?

Grecco se puso más tenso aún por la pregunta del comisario.

—Mire... Desde que sabemos quién se esconde tras el nombre de Gabriella Nifosì, todo ha cambiado. Se ha convertido en un caso de seguridad nacional.

—¿Es que teme que vaya a atentar contra el primer ministro? —preguntó Adriana.

—Eso también. Pero, sobre todo, no podemos permitir que una noticia de tal magnitud se haga pública. Tenemos que capturar ya a ese asesino en serie. ¿Alguna sugerencia, señorita? —le preguntó con retintín.

—No me imagino al asesino atentando contra el presidente. Además, todos sus crímenes están relacionados con el arte. ¿No recuerda que todo el mundo lo llama el Asesino del Barroco?

—Sí, señorita. Pero usted piensa solo como una historiadora del arte, y yo debo hacerlo como lo que soy, un militar.

Carlo Marini lo miró con gesto despectivo.

—¿Y cómo atentaría contra el presidente? —inquirió Paolini—. Estamos en Sicilia. ¿Está el presidente aquí?

—No. Por suerte no está, pero mañana realiza un viaje importante.

El *maresciallo* no dio más explicaciones.

La radio de una de las furgonetas no paraba de sonar. Uno de los *carabinieri* cogió la llamada. Un minuto después, Roberto Grecco estaba pegado al auricular con cara de sorpresa.

El *maresciallo* colgó y dio órdenes de que varias dotaciones de los *carabinieri* tomaran rumbo hacia un nuevo lugar: Augusta.

En uno de aquellos furgones iba Totò al frente de aquel grupito peculiar.

—¿De verdad que no sabías nada, Totò? —le preguntó el comisario mientras conducía con algo más de velocidad que en otras ocasiones.

—De verdad verdaderamente —le contestó con su lenguaje peculiar mientras se besaba dos dedos entrecruzados.

—No te creo. Nos has estado ocultando algo. Cuando acabe esto, ajustaremos cuentas tú y yo.

—Do... *Dottore*. ¡Yo no hice nada malo! —Y dio un gritito en la oscuridad de la noche.

—Deja de atormentarlo, Carlo —interpeló Adriana—, ¿no ves que es una alma cándida?

Las luces del puerto de Augusta brillaban junto al mar. En muy poco tiempo, el estrecho brazo portuario que unía Augusta con tierra se llenó de furgonetas de *carabinieri*, tantas que se colapsaron entre ellas en un atasco monumental.

—¡Apartad esa furgonetas de en medio! —ordenó Grecco dando alaridos.

Un oficial de menor rango se le acercó con voz temblorosa:

—Me temo que tendrá que bajar aquí. Hemos bloqueado el acceso sin quererlo.

Y aguardó una reprimenda que no llegó.

Innumerables *carabinieri* fueron bajando de los vehículos. Lo mismo hicieron el comisario, Adriana, y hasta Totò, quien soltó el volante que agarraba con fuerza debido a la tensión del momento.

Todos se dirigieron unos metros más allá, a un lugar donde un tumulto de *carabinieri* alzaba la voz.

El *maresciallo* Roberto Grecco, preso de la cólera, se fue abriendo paso.

—¿Qué pasa aquí? —gritó para demostrar su autoridad.

Uno de los *carabinieri* que llevaba más de una hora allí le señaló una motocicleta que habían requisado.

—¿Es la del asesino? —preguntó el *maresciallo*.

—Me temo que sí —respondió el mismo *carabiniere*—, y hemos detenido al hombre que ayudó a fugarse a la joven.

—¿Estáis seguros?

—Hemos comprobado la matrícula. Pertenece a la familia de... —y no pudo acabar la frase.

—No me digas de quién, porque ya lo sé. ¿Cómo se ha podido escapar por mar?

—Ese hombre la ayudó a huir.

Y de entre un bosque de *carabinieri* apareció la figura de un hombre con cabellos blancos.

—Traédmelo aquí. Vamos a ver qué sabe ese cabrón.

Dos *carabinieri* llevaban esposado al hombre. No solo no parecía asustado, sino que además lucía una cara de bellaco y traidor.

—¿Por qué ayudó al asesino a escapar y adónde iba la nave que partió?

El hombre seguía con cara desafiante y sin soltar prenda. El *maresciallo* sintió

que estaba perdiendo los nervios y el tiempo. Le propinó tal golpe en la cara a aquel mercader de actividades delictivas que lo mandó al suelo.

Cuando el tipo vio sus labios ensangrentados comprendió que aquello iba en serio.

—Me pagó muy bien y contrató los servicios de mi embarcación.

—¿Adónde ha ido? —preguntó el *maresciallo*, recreándose en cada una de sus palabras.

—A Marsella.

—¡Suban todos a la furgonetas! ¡Llévense a este hombre detenido! —gritó Roberto Grecco.

El tráfico se despejó a medida que los vehículos salían del puerto deportivo.

El *maresciallo* dio órdenes de ir hasta el aeropuerto de Catania. Por el camino intentó hacer unas llamadas sin éxito. Sin embargo, consiguió permiso para entrar en una zona alejada de la pista central de aterrizaje. Allí estacionaron cinco furgones, más el que conducía Totò.

—¡Si tiene que despertarlo, hágalo ya! —vociferó el *maresciallo* al teléfono.

Mientras, Adriana, el comisario Paolini y Totò estaban sobre la pista del Aeropuerto de FontanaRossa hablando en voz baja.

—¿Adónde piensa llevarnos este hombre? —susurró Adriana.

—Me temo que a Francia. Los *carabinieri* pueden desempeñar operaciones en el extranjero. Imagino a quién estará llamando a estas horas.

—¿A quién? —preguntó Adriana, completamente perdida.

—Al ministro de Defensa, que es su autoridad superior.

Adriana puso cara de asombro. Totò hizo otro tanto, a lo que añadió un punto de miedo, pues se imaginaba volando de nuevo.

—Nos vamos, señores —les dijo el *maresciallo*.

—¿Adónde? —preguntó Adriana.

—A París.

—Pero ¿se ha vuelto loco? —le recriminó ella.

—No hay tiempo de explicaciones. Ya hablaremos durante el vuelo. Vayamos a ese hangar.

Todos se pusieron a correr como locos. Totò se quedó rezagado porque el viento se llevó su sombrero. Desde lejos, Adriana lo apremiaba y Carlo Marini lo abroncaba.

Por el hangar vieron aparecer el mismo avión en el que Totò había descubierto lo que era volar. La rampa posterior se abrió y subieron varios *carabinieri*. Adriana contó diez, más el *maresciallo* y su grupo.

Totò subió, a trompicones pero con el sombrero en su sitio, justo cuando estaban a punto de alzar la rampa.

«¿Qué piensa el *maresciallo*? ¿Que el asesino pretende matar a su padre, quien, además, es el presidente del gobierno? No puede ser... ¡Un momento!».

Mientras pensaba eso, Adriana echó mano del *smartphone* para consultar internet.

Una voz conocida que venía de delante le volvió a recordar que apagase el teléfono.

El ruido de los motores fue en aumento, cogió la pista central y aceleró. Totò se iba persignando mientras por la ventanilla veía luces en medio de la oscuridad de la noche.

Cuando el avión se elevó y dejó tierra, Totò profirió un grito descomunal. El comisario le dio un cachete que lo hizo callarse al momento.

El avión fue tomando altura hasta estabilizarse. Con el ambiente un poco más calmado, el *maresciallo* habló:

—Son más o menos las tres de la mañana. Esperamos tomar tierra en el aeropuerto de París-Orly sobre las cinco.

—¿Espera encontrar allí al asesino? —preguntó Carlo Marini.

—Espero no encontrarlo; pero, si es así, no voy a permitir que actúe de nuevo. Vamos a proteger al presidente del Consejo de Ministros, que mañana se reúne con el presidente de la República Francesa en el Palacio del Elíseo.

—¿Piensa que el hijo va a atentar contra el padre? —preguntó el comisario.

—Espero que no, pero me parece muy sospechoso que haya tomado rumbo a Francia en barco. Cuando lleguemos a París, seguro que ese asesino ya habrá puesto el pie en Francia.

—No estoy de acuerdo —dijo Adriana.

—No le he pedido su opinión, señorita. Esto ya es cosa de militares. Su opinión importa poco.

—¡Y una mierda! Voy a seguir diciendo lo que pienso cuando me dé la gana.

—Señor comisario, a ver si la tiene un poco calmadita, no sea que nos vaya a dar problemas.

—¡El asesino no va a actuar en el Palacio del Elíseo! No solo es una locura, sino que además tal palacio no tiene nada que ver con el Barroco. ¡Se está equivocando otra vez! —gritó Adriana.

Como seguía sin callarse, el *maresciallo* optó por hacerle caso omiso. Mientras, el comisario tenía la mano preparada cada vez que entraban en zona de turbulencias y Totò parecía sucumbir al pánico.

—Una cosa, *maresciallo*. ¿Tenemos Paolini y yo permiso para actuar en Paris? —preguntó Carlo Marini con voz seria.

—No, porque son policías. Así que no se alejen de ninguno de mis hombres, y de ese modo podrán pasar por *carabinieri* auténticos.

Aquello no le pareció difícil al comisario. Si no se despegaba de Totò, bien podía parecer ser un *carabiniere* más.

El vuelo fue más placido y rápido de lo que Totò se había imaginado, y pudieron ver la silueta de París con la Torre Eiffel iluminada a aquellas intempestivas horas con los colores de la bandera italiana.

«¿Tan importante es la reunión de mañana que esos gabachos se dignan a

iluminar su torre con nuestro colores? ¿Qué me he perdido yo en estos días para que pase algo así?», pensaba Carlo Marini, estupefacto.

El avión militar se posó con suavidad sobre la pista de aterrizaje del aeropuerto, que estaba desierto a aquellas horas.

Fue girando a un lado y a otro de una zona restringida a vuelos comerciales hasta que paró.

Totò sonreía mientras vio por la ventanilla las luces intermitentes de los vehículos de la gendarmería francesa.

—*Bonne nuit* —los saludó un oficial al verlos bajar por la rampa.

* * *

El Ser Imperfecto estaba llegando a París en un tren de alta velocidad. Eran más de las seis de la mañana. Conectó su *smartphone* a la red wi-fi del tren y buscó la página del siguiente lugar adonde quería ir, un sitio público.

No le importaba que hubiera gente, tan solo deseaba realizar su última obra y descansar. Se perdió por aquella extensa web que tenía delante. Aquel edificio era tan grande y tan antiguo que sin ayuda no podía llevar a cabo su siguiente obra.

Buscó la entrada, las diversas plantas y los pasillos infinitos. Escribió algo en un espacio en blanco para hacer búsquedas. La web lo envió a una de sus innumerables páginas. Entonces vio cómo se le mostraba la planta cero de aquel inmenso edificio, y un punto resaltaba en el mapa.

El Ser Imperfecto sonrió: ya sabía adónde ir exactamente. Apagó el móvil y se reclinó más sobre su butaca mientras el tren perdía velocidad y se divisaba la periferia de París.

* * *

La fraternidad entre los gendarmes y los *carabinieri* parecía haber absorbido la atmósfera de camaradería que envolvía por unas horas a la cumbre franco-italiana.

Pietro Amato, presidente del Consejo de Ministros, acudía a firmar el mayor acuerdo político-económico de la historia entre ambas naciones.

Prácticamente no habría diferencias entre un país y el otro, ni a nivel fiscal ni laboral. Salvo que ambos países conservarían su propia soberanía y sus idiomas, los dos parecían fundirse en uno solo a partir de aquella cumbre histórica.

La reunión estaba prevista para las nueve de la mañana en el Palacio del Elíseo.

Los gendarmes condujeron a Roberto Grecco, los diez *carabinieri*, Adriana y su grupo inseparable hasta las inmediaciones del lugar donde se iba a celebrar la cumbre.

—*Merci* —volvió a decir el oficial de la *Gendarmerie* por la ayuda tan rauda

recibida.

El *maresciallo* Roberto Grecco ordenó a cinco de sus *carabinieri* que se adentraran en el Palacio del Elíseo. Los otros cinco permanecerían con él en un patio interior. Y después, pidió un plano de aquel gigantesco edificio público.

Existía una entrada principal por donde entrarían los dos mandatarios. Justo enfrente ya empezaban a verse periodistas que portaban grandes cámaras y zums todavía más imponentes. Un reloj marcaba las siete de la mañana.

El *maresciallo* se exprimía el coco pensando cómo aquel asesino podía atentar contra el presidente del gobierno de su país.

«Es imposible. Esto está lleno de gendarmes, y además estamos nosotros. Tengo que seguir mirando el plano».

De repente vio que el plano les mostraba un punto vulnerable. Le preguntó al jefe de los gendarmes por aquella forma dibujada en el papel que semejaba un acceso.

—Es la entrada del personal de servicio —le respondió el gendarme.

El *maresciallo* Roberto Grecco se puso alerta al ver que el acceso daba a un pasillo muy largo que comunicaba con las salas por donde iba a pasar el presidente del gobierno italiano.

—¡El asesino tiene que estar ya aquí! ¿Controlan ustedes ese acceso?

—Desde fuera, seguramente no. Pero dentro tenemos a muchos gendarmes, no se preocupe.

—¡¿Qué no me preocupe?!

El *maresciallo* mandó a dos de sus hombres a aquel punto para protegerlo desde el exterior.

Más gendarmes se unieron a los que ya había, además de los *carabinieri*. Mientras tanto, Adriana parecía sumida en sus propios pensamientos.

«No entiendo cómo pueden pensar que el asesino va a venir aquí para acabar con su padre, es una locura Ni siquiera la mente enferma de Gabriella Nifosì contempla tal posibilidad».

Y un momento de duda le acometió al recordar las innumerables atrocidades que aquel ser había perpetrado en pocos días.

Pero Adriana se guiaba por su intuición, y esta presagiaba un final muy diferente al que el *maresciallo* les había anticipado en las últimas horas.

En aquel mismo momento, un avión de las Fuerzas Armadas Italianas aterrizaba en el aeropuerto París-Charles de Gaulle. Lo esperaban muchos gendarmes.

Adriana seguía pensando, pero no conseguía dar con ninguna solución alternativa a aquella alarma generalizada.

«¿Y si el asesino ni siquiera estuviera en París? Quizás solo huyó a Francia. Pero entonces, ¿qué hacemos con esa última letra que todavía no ha escrito? “METAMORPHOSIS”: esa es la solución, lo tengo claro. Pero ¿cómo puedo reinterpretarlo? Enrico Amato ya ha experimentado su propia metamorfosis, y ahora es Gabriella Nifosì. Entonces no se trata de él. ¿Quizás se trate de una metamorfosis

en el arte?

»En cada lugar del crimen había una obra de arte. Es un asunto que obsesiona al asesino.

»A ver... Perpetró su primera obra en la Fontana del Tritone, donde Bernini hizo su primera fuente para que la contemplara el mundo».

Adriana no paraba de pensar, y descartaba posibilidades mientras su mente le daba vueltas a unos pocos términos: metamorfosis, cambio, Bernini, hermafrodita, Barroco, imitación...

Se acordó también de que en *Las metamorfosis* de Ovidio se contaba la historia de Hermafrodito, el hijo de los dioses Hermes y Afrodita. Pero pensó que la literatura latina no tenía nada que ver con el Barroco. De repente cambió de idea, y recordó algo que parecía olvidado en su mente.

—¡Mierda, no tengo conexión a internet en el móvil!

Dicho eso, se acercó al gendarme y le pidió ayuda.

Este la miró con cara rara. Sin embargo, comprendió la necesidad de la historiadora. A pesar de que estaba ocupado, se ofreció a manipular el móvil de ella y lo conectó a la red wi-fi de la *Gendarmerie* francesa.

Adriana consultó lo más deprisa posible la duda que acababa de asaltar sus pensamientos. Mientras tanto, el Ser Imperfecto accedía al edificio, no sin haber dejado antes su puñal para que no lo descubriera el detector de metales.

Por los bulevares ya se oían las sirenas de los gendarmes que habían escoltado al primer ministro italiano desde el aeropuerto.

Y Adriana dio entonces con lo que buscaba:

—¡Dios mío! ¡Tenía yo razón! ¡No va a atentar contra el presidente del gobierno, pero sí...! ¡Carlo, debemos irnos de aquí!

—¿Cómo? —respondió él.

Adriana le mostró una imagen sacada del móvil: era el lugar adonde tenían que ir.

—¿Estás segura? —le preguntó, sin demasiada convicción.

—¡Sí! Démonos prisa.

—*Maresciallo!* —gritó el comisario—. Necesitamos un vehículo ya.

—Veré qué puedo hacer.

—¡He dicho ya! —vociferó Marini como un energúmeno.

Aquellas palabras llegaron al oído del gendarme que controlaba toda la operación de seguridad.

—Dispongan de esa furgoneta nuestra, y de uno de nuestros conductores. ¿Van muy lejos, señorita?

—Luego le cuento.

El grupo subió al completo y la furgoneta aceleró mientras se perdía en paralelo al Sena.

El Ser Imperfecto entró en unos de los baños de mujeres. Se quitó toda la ropa y, antes de ponerse aquel vestido veraniego, se clavó las uñas por el torso y zigzagueó

entre los pechos y el vientre para dejar la marca de una enorme S.

Su piel empezó a sangrar ligeramente mientras la cubría con aquella tela fina y casi transparente que le llegaba hasta las rodillas y dejaba los hombros al descubierto.

La furgoneta pudo ver la forma de pirámide acristalada hacia la que se dirigían. Un minuto después aparcaron mientras la sirena seguía sonando.

El gendarme que conducía se bajó y le ordenó a todo el mundo que se apartara. Totò lo imitaba con gestos ridículos.

El Ser Imperfecto salió del baño y se dirigió hacia uno de los pasillos flanqueado por enormes columnas. Entonces la vio. Se colocó junto a la estatua. El Ser Imperfecto se liberó totalmente de su vestido, que cayó a sus pies.

Se tumbó sobre el frío mármol del pasillo. Apoyó la cabeza sobre el brazo derecho dejando ver su rostro femenino. Por el otro lado podía verse su enorme falo masculino. Respiró hondo y se sintió feliz por haber culminado su obra.

Todo era igual que la estatua que tenía a su lado, *El hermafrodita*, una copia romana de un original griego en la que se veía a un ser medio hombre y medio mujer, desnudo con pechos y pene. Bernini le había esculpido un colchón en piedra sobre el que descansaba desde hacía cuatro siglos.

Adriana gritaba como una loca tratando de averiguar dónde estaba la sección dedicada a las antigüedades romanas. Cuando les proporcionaron la información, se dirigieron a toda prisa por innumerables pasillos de la planta cero del Museo del Louvre.

Llegaron al cabo de dos minutos. El Ser Imperfecto seguía allí, imitando aquella escultura romana a la que el maestro Bernini le había añadido su arte por encargo del cardenal Borghese.

Se le acercó primero el gendarme, y luego el grupo de cuatro, encabezado por un Totò asustadísimo.

Empezaron a llegar más policías y agentes de seguridad del museo. Los turistas que estaban cerca huían despavoridos, sin saber qué pasaba.

El Ser Imperfecto seguía allí, inmóvil, mostrando también la última letra de la palabra que llevaba escribiendo durante días: «METAMORPHOSIS».

Varios gendarmes se acercaron a él, encañonándolo con sus pistolas. En ese preciso instante el primer ministro italiano subía las escaleras del Elíseo y lo recibía el presidente de la República Francesa sin saber lo que acababa de hacer su hijo Enrico a un par de kilómetros de donde estaba.

Adriana suspiró tranquila al ver a aquel asesino preso que ya no volvería a matar. Los gendarmes lo cubrieron de nuevo con sus telas vaporosas y se lo llevaron esposado. El Ser no opuso resistencia.

Adriana comenzó a sollozar mientras decía:

—¿Sabes qué, Carlo?

—Dime, querida.

—A partir de ahora voy a amar más y mejor. Todo lo demás solo nos lleva al

dolor y al caos.